

La celebración de los dos siglos del nacimiento de la Madre Rafols reavivó en la Congregación de Santa Ana algo que había sembrado el Vaticano II: el afán por reencontrar sus raíces, por revivir el carisma original del que nacieron. Este libro quiere ser parte de ese reencuentro gozoso. Deja de lado las polémicas, se olvida de las utilidades que quisieron hacerse de esta figura, trata de describir con sencillez lo que sabemos de la verdadera raíz. Y calla allí donde no tiene datos suficientemente serios. Tampoco tiene pretensiones investigadoras o históricas: en realidad, es un simple resumen y de vulgarización de lo investigado por J. I. Tellechea, casi auténtico autor de sus páginas. Si se escribió, fue sólo para ayudar a quienes no tienen el coraje de enfrentarse con los siempre más áridos documentos.

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO (Madrirdejos, Toledo, 1930 - Madrid, 1991), sacerdote, periodista y escritor, completó sus estudios de Historia y Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Desarrolló una prolífica producción literaria que abarcó tanto el ensayo como la novela, el teatro, la poesía y el cuento.

BACbiografías



JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

El verdadero rostro de **María Rafols**



BACbiografías



El verdadero rostro de

María Rafols



Busto de M. María Rafols (1969),
Pablo Serrano (Casa General)

José Luis Martín Descalzo

El verdadero rostro de

María Rafols

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2015

Ediciones anteriores: septiembre de 1993.
Primera edición en BAC Biografías: marzo de 2015.

Con licencia eclesiástica (Madrid, septiembre de 1981)

© Congregación Hermanas de la Caridad de Santa Ana, Zaragoza 1993
© Biblioteca de Autores Cristianos, 2015
Añastro, l. 28033 Madrid
www.bac-editorial.com

Depósito legal: M-6003-2015
ISBN: 978-84-220-1799-8

Preimpresión: BAC
Impreso en España por CLM Artes Gráficas, Eduardo Marconi, 3,
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain

Diseño de cubierta: BAC

¿Necesita utilizar un fragmento
de alguna de nuestras obras?
Diríjase a:



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice general

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN IMPRESCINDIBLE	VII
CAPÍTULO I. En un mundo que gira	3
El hundimiento de una cristiandad.....	5
Una España del viejo régimen.....	8
Una Iglesia cómplice, bienintencionada e ingenua	11
Una religiosidad popular pobre, pero honda.....	14
CAPÍTULO II. El misterio de la infancia	19
CAPÍTULO III. Los años oscuros	31
Nacimiento de las «Hermandades» de Cataluña.....	35
CAPÍTULO IV. Un gigante llamado Juan	43
CAPÍTULO V. La casa de los enfermos de la ciudad y del mundo	51
CAPÍTULO VI. A la sombra del Pilar	65
CAPÍTULO VII. Retrato de una alma	73
La vida humilde de cada día.....	85
CAPÍTULO VIII. La heroína de los Sitios	89
Una guerra santa.....	93
La gran prueba.....	95
¿Florecillas o historia?.....	103
El incendio del Hospital.....	103
La paz, más dura que la guerra.....	108
El segundo sitio.....	112
CAPÍTULO IX. El viento de la ingratitud	106

Págs.

CAPÍTULO X. La guerra interior	131
Las nuevas Constituciones	135
La batalla contra el P. Juan.....	145
La Hermandad, en peligro.....	150
Flores en la sacristía.....	152
CAPÍTULO XI. Un paraíso con espinas	155
CAPÍTULO XII. La luz bajo el celemin	165
Las agitaciones de la política	166
Problemas con la Sitiada.....	170
La crisis interna.....	172
CAPÍTULO XIII. Brilla el sol	177
Al frente de la Hermandad.....	183
Una superiora dulce y exigente.....	187
La muerte del P. Juan.....	189
CAPÍTULO XIV. ... Y fue contada entre los malechores	193
El refugio de Huesca.....	201
CAPÍTULO XV. «Veo mucha gente de blanco»	207
CAPÍTULO XVI. Buen olor de Cristo	219
CAPÍTULO XVII. ... Y el árbol se llenó de pájaros	229
Nota bibliográfica	235

Introducción imprescindible

A petición del Excelentísimo y Reverendísimo Señor Don Elías Yanes Álvarez, arzobispo de Zaragoza en España, y siendo relator el abajo firmante Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, en la audiencia que le fue concedida el día 4 de diciembre de 1980, el Sumo Pontífice Juan Pablo II, atendiendo a lo expuesto en el folleto de súplica, así como a las peticiones de muchos otros Ordinarios en España, se ha dignado benignamente revocar el «Dilata» o suspensión del camino de la Causa de la referida Sierva de Dios que fuera decretada el 28 de enero de 1944 por el papa Pío XII, de manera que esta causa pueda seguir adelante, sin que nada obste en contrario.

Con esta carta —que el mismo 4 de diciembre de 1980 firmaba el cardenal Palazzini— se cerraba definitivamente el segundo acto —¿o se abría el tercero?— de una de las más hermosas, dramáticas y apasionantes historias que haya conocido la Iglesia en los últimos siglos: la historia de la Madre María Rafols, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, de Zaragoza; una historia que se apresta a cumplir los dos siglos a la hora en que este libro se publica.

Comienza esta enorme aventura del espíritu con un primer acto que tiene todo él como escenario a Zaragoza y se prolonga a lo largo de cuarenta y nueve años, y

es la parte más hermosa e importante —aunque la menos conocida— de la historia. Corresponde al tiempo del invierno, un largo invierno en el que Dios, que suele escribir derecho con renglones torcidísimos y a veces muy dolorosos, parece que quisiera envolver en la dura oscuridad a los protagonistas del drama. Son estos una pequeña comunidad de mujeres que, bajo la dirección de dos personajes gigantescos —un sacerdote, el P. Bonal, y una religiosa, María Rafols— viven en una entrega tan apasionada a Cristo y a los enfermos, que apenas tienen tiempo para detenerse y descubrir la enormidad de lo que están viviendo y comenzando. Menos tiempo tienen aún para construirse el pedestal. Doce inicialmente, no muchas más en los años que siguen, entregan sus vidas a Dios y a la férrea dirección que les impondrán los dirigentes del Real Hospital de Zaragoza, con todas las oscilaciones y cambios que éste atraviesa. Conocerán el hambre diaria, el espanto de los Sitios de Zaragoza, las persecuciones, la cárcel, el destierro. Verán no pocas veces en vilo la misma existencia de la pequeña fundación. Pequeña sobre todo porque «el tiesto no deja crecer a la planta». Verán mil veces frenados sus deseos de expansión. Conocerán, en cambio, la dureza de las muertes anónimas en plena juventud. Del heroísmo lo tendrán todo menos el brillo. De la santidad, todo menos el fulgor. De la humildad, de la pobreza, del silencio [...], todo, absolutamente todo.

Al contrario de lo que es normal en la mayor parte de las congregaciones —que viven un primer estallido de crecimiento con el impulso ardiente de las primeras horas, para conocer luego la crisis, las divisiones, tal vez el desmedulamiento—, la de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana no recibirá de Dios ese caramelo que

nunca se niega a quienes inician su camino. Se diría que Dios hubiera «condenado» a esta hija suya a la más total oscuridad y la hubiera destinado a vivir una fe entendida en el más desnudo de los sentidos: creer en aquello que nunca verá en este mundo.

Ni siquiera tendrá la Madre Rafols, como Moisés, el gozo de ver —o presentir— en lontananza la tierra prometida. Morirá sin llegar a saber si el esqueje que ella ha plantado está destinado a agostarse en los calores del primer día de verano, a permanecer eternamente diminuto como esos árboles que la jardinería japonesa fuerza a vivir siempre en una maceta, o, por el contrario, si un día crecerá y se multiplicará para dar cobijo a miles y miles de almas.

Creo que puede afirmarse sin miedo a exagerar que ninguna otra alma fue obligada a vivir tan radicalmente de la fe como ella, en este inacabable invierno de seiscientos meses. Un invierno que se inicia en 1804 con una comunidad de 12 hermanas y concluye en 1853 siendo, a la muerte de la fundadora, 16 las hermanas que la forman.

Pero —aunque nunca sabremos por qué Dios le negó a ella el conocerla— la primavera vino. Casi se diría que la Providencia estuvo esperando a que concluyera ese «maratón de fe» de la Fundadora para iniciar el despegue de la fundación. Esta primavera —que conocería espantosas tormentas al llegar el verano— forma como el segundo acto del gran drama de esta historia.

Un acto que estalla de alegría y actividad en toda su primera parte y que no decaerá de actividad —aunque sí conocerá los nubarrones— en la segunda. Ahora aquel pequeño esqueje podrá salir de la planta y la Congregación de las Anas (como se la conocerá popularmente) vivirá un impresionante «despegue». Cual el grano de

mostaza, pronto se hará tan grande o mayor que los más de los arbustos de la Iglesia de finales del XIX y del XX. La primera superiora general tras la muerte de la Fundadora (la madre Magdalena Hecho, 1851-1877) verá realizadas 12 fundaciones nuevas; su sucesora (la madre Dolores Marín, 1878-1889) llevará a cabo 20; en los años de superiorato de Martina Balaguer (1889-1894) serán 23 más. En los largos años de superiorato de la que ha sido considerada como la segunda fundadora, la madre Pabla Bescós (1894-1929), se sumarán otras 47 fundaciones, ahora ya con carácter de universalidad en numerosos países. En 1926 serán ya más de 2.000 las religiosas de Santa Ana esparcidas por 118 fundaciones. Es la hora de la gloria y de la luz. En 1898 se recibirá la aprobación pontificia del Instituto. En 1904 se recibirá la definitiva aprobación de las Constituciones. El centenario del Instituto y los centenarios de los Sitios de Zaragoza serán como un redescubrimiento de la perla oculta de la Madre Rafols, convertida ya en una de las grandes heroínas religiosas y civiles de la ciudad. Se multiplican los homenajes y los monumentos. No sólo en el interior de la Congregación, sino en la comunidad cristiana de Zaragoza y de España toda, comienza a «redescubrirse» el rostro oculto y casi desconocido. Sus restos —junto a los del P. Bonal— son llevados en triunfo a su nuevo sepulcro.

Y surge —¿cómo no?— el lógico deseo de que esta admiración, que siente ya la multitud hacia las virtudes de la Madre Rafols, sea oficialmente reconocida por la Iglesia. Y en 1926 se abre su Proceso de Beatificación. Las gracias concedidas por Dios a través de la intercesión de la Sierva de Dios se multiplican. Su sepulcro se convierte en centro de peregrinaciones. Todos cuantos

visitan Zaragoza saben que, después de la visita al Pilar, es obligada esa otra oración ante un sepulcro que parece irradiar los favores de Dios.

Ha llegado el verano: todo lo que en vida fue negado a la Madre Rafols parece contrapesado ahora con superabundancia. Su fama se multiplica. Los periódicos de la época hablan de ella y no acaban.

Y en este momento estalla la gran tormenta, una página que no podríamos ocultar ni sobrevolar si no queremos falsear la historia. Una página amarga y aun oscura, pero que es también ella parte de los —a veces desconcertantes— caminos de Dios.

El comienzo del Proceso de Beatificación presenta dos datos aparentemente opuestos, tiene, por un lado, todo el enorme respaldo de la veneración popular y la admiración de cuantos han conocido al árbol por los frutos de una magnífica congregación religiosa. Las cartas postulatorias para la beatificación las firman, encabezados por el rey Alfonso XIII, los cuatro cardenales españoles de la época —Segura, Vidal y Barraquer, Ilundáin y Casanova—, todos los arzobispos de la nación, 49 obispos y una interminable lista de 265 personalidades civiles y religiosas.

Pero muestra, por otro lado, un grave y difícil problema. Han pasado setenta y tres años desde la muerte de la Fundadora. Prácticamente no existen ya testigos que hubieran convivido íntimamente con ella. Todos los que aparecen en los interrogatorios previos al proceso son personas que hablan de segunda mano, contando lo que han oído contar. Las razones por las que tardó tanto en iniciarse el proceso son claras —la enorme pobreza en que la Congregación vivió durante muchos años, la misma sencillez y estilo oculto que la Madre Rafols impuso

a su vida—, pero es evidente que esta lejanía dificulta el conocimiento necesario.

Un segundo hecho agrava la dificultad: son también muy pocos los documentos entonces conocidos que sirven para aclarar su figura. El incendio y destrucción del primer hospital hizo desaparecer casi todos los fundacionales. El hecho de la falta de autonomía de la comunidad —siempre a las órdenes de las Juntas de la Sitiada— no ha permitido que en los archivos de la comunidad haya una amplia documentación. El hecho de que durante la vida de la Fundadora no hubiera más casa que la de Zaragoza (salvo la excepción de la casi independiente fundación de Huesca) hace que no exista —como sucede en otras fundadoras— una correspondencia entre las distintas comunidades o las habituales cartas de dirección o de espiritualidad que una superiora general envía a las otras casas de la orden. Así es como —en este 1926 en que el proceso se va a iniciar— apenas tenemos de la Madre Rafols otros textos escritos que pequeños recibos, facturas, alguna carta o instancia de no mucha importancia. ¿Para qué escribir si todas sus hijas vivían en un puño de convivencia diaria?

La dificultad es grave y algunos se preguntan si con tan cortos materiales y con referencias de segunda mano podrá aportarse el suficiente material histórico que lógicamente la Congregación Romana exigirá. Pero —se piensa— la superabundancia de favores atribuidos a la Madre podrá compensar lo que los datos históricos dejaron en penumbra, en la misma penumbra en que toda la vida de la Fundadora tuvo lugar.

Y es en este momento cuando algo se produce, «algo» que parece que ayudará definitivamente a enca-

minar ese barco hacia la beatificación deseada. Una muy fervorosa religiosa de Santa Ana se entrega en cuerpo y alma, por encargo superior, a revolver archivos. Y en 1926 —como guiada por una llamada sobrenatural— encuentra unas primeras cartas de la Fundadora. Cartas que parecen auténticas, con papel y tinta que se estiman de la época, con una caligrafía que responde a los otros evidentemente auténticos escritos de la santa, en los recibos y facturas antes aludidos. No son estas primeras cartas especialmente sustanciosas, pero sí mucho más que las anteriormente conocidas. Y se reciben con el lógico júbilo del hallazgo. Y pasan a incorporarse a las actas del proceso en curso.

No han pasado muchos meses y los hallazgos se repiten y multiplican. Ahora ya no son sólo breves cartas, sino auténticos cuadernillos de espiritualidad, apuntes casi de autobiografía que vienen a confirmar o a completar muchas de las cosas que más o menos, por tradición de la comunidad, se conocían. Hay en estos «hallazgos» aspectos extraños: todos ellos parecen surgir de una llamada misteriosa de Dios. Y en lugares muchas veces inverosímiles, en cajones en los que se ha buscado mil veces, aparecen ahora fácilmente escritos que habrían permanecido allí sin que nadie los viera en todo un siglo.

Son 15 los «hallazgos» que se producen entre 1926 y 1931. A su luz todo gira. Hay en ellos datos casi suficientes para trazar una autobiografía de la Sierva de Dios. Tenemos textos que le han sido dictados directamente por el Sagrado Corazón, consejos espirituales, una especie de testamento espiritual, una larga y minuciosísima relación de su muerte escrita y firmada por quien fue su confesor, mosén Agustín Oliver.

La repercusión de estos textos es impresionante, sobre todo cuando en los últimos (los «hallados» en 1931 y 1932) aparecen unas sorprendentes dotes proféticas en la autora de los escritos que en los comienzos del siglo XIX habría anunciado muchos hechos ocurridos en los años inmediatamente anteriores a su hallazgo y publicación: la institución de la fiesta de Cristo Rey «por mi amado hijo Pío XI», la disolución de la Compañía de Jesús, la persecución religiosa iniciada por la República, la Consagración oficial de España al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles...

Estos anuncios proféticos, y un cierto tono apocalíptico que ha ido creciendo progresivamente en los documentos tal y como han ido encontrándose, producen dos efectos contrapuestos: el entusiasmo de grupos de partidarios que —sin preguntarse siquiera si no estarán con ello deformando el verdadero rostro de la Madre Rafols— la convierten en una inflamada profetisa que pudiera servir de estandarte a los católicos españoles que atravesaban momentos oscuros; y, enfrente, las desconfianzas primero y el odio encarnizado después de quienes veían en tales escritos una superchería blasfema y sacrílega y pedían poco menos que la quema en la plaza pública de los responsables. Las circunstancias políticas iban a añadir mucha leña a este fuego. En algunos sectores de alta militancia derechista comenzó a verse en los «escritos» de la Madre Rafols un arma contra la República, especialmente cuando en algunas líneas de los mismos quiso verse el anuncio de un Caudillo que llegaría para «purificar a España de las inmundicias».

Que en los años de nuestra guerra civil y, sobre todo, en la primera posguerra se «utilizase» políticamente a la Sierva de Dios, era ya casi inevitable. Se multiplica-

ron las ediciones de sus «profecías», de sus «promesas». Y esta imagen —politizada y batallera— es la que los hombres que hoy tienen en España entre los cincuenta y los setenta años poseen de la Madre Rafols. Una imagen que ¿coincidirá en algo con el auténtico rostro de la mujer que vivió tan largamente en la oscura tiniebla de la fe y que conoció sobre todo el heroísmo de la caridad de cada día?

En 1944 llegó el gran dolor. La Santa Sede, que inicialmente había recibido benévolamente los «escritos» de la Madre y que, incluso, los había dado por buenos en un primer y no muy serio examen, alarmada quizá por su multiplicación y por el cariz que progresivamente habían ido tomando, realizó un largo y minucioso análisis —tanto material como interior— de los mismos, y en 1944 publicó sus resultados: eran todos ellos fruto de una paciente y minuciosa falsificación.

Y a la dureza de esta conclusión se sumó la dureza adoptada, en consecuencia, por la Santa Sede: el papa Pío XII firmó el «Dilata» con el que se frenaba —¡casi para cuarenta años!— el Proceso de Beatificación y se dio a la Congregación de las Anas la consigna de que no se hablara más de ese asunto.

Es fácil imaginar lo que estas decisiones supusieron para cuantos amaban a la Madre Rafols y a su Congregación. Aquello era una inimaginada y tremenda catástrofe. Y lo era doblemente porque no se entendía. Si aquellos escritos eran una falsificación, ¿de dónde provenía ésta?, ¿quién o quiénes la habían preparado?

Desgraciadamente, hoy, a cuarenta años de la historia, hay que decir que, fueran las que fueran las raíces de la falsificación, sus resultados no han podido ser más catastróficos: no sólo se perdieron cuarenta años en el

camino de la beatificación de la Madre Rafols, sino que su imagen quedó falsificada, retorizada, histerizada casi para una generación que supo mucho más de sus supuestas profecías que de sus auténticas virtudes. Pero hay algo peor: la vida de la Madre quedó convertida en un laberinto para los historiadores.

Consta, por de pronto, que se destruyeron documentos auténticos. Probablemente no eran más importantes que los auténticos que permanecen. Y lo más seguro es que varios de los aparecidos sean copias de textos originales inflados por interpolaciones que los hacían más «interesantes». Pero ¿cómo distinguir hoy lo auténtico de lo interpolado? ¿Y qué valor dar a las narraciones de tipo autobiográfico? Las más de ellas muestran una total coincidencia con los recuerdos que, por tradición, existían en la Congregación y así fueron reflejados en las declaraciones hechas por algunos testigos en el Proceso de Beatificación. El autor o autora seguramente se limitó a dar forma literaria y a poner en primera persona esa tradición oral. Pero ¿cómo distinguir hoy lo que hay en todo ello de auténtico y de pura creación fervorosa y literaria?

Mas si todo este cúmulo de daños es importante, mayor fue el dolor producido en la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Trances parecidos a estos han sido sufridos por algunas otras congregaciones religiosas en la historia de la Iglesia. Pero pocos tan agudos y que hirieran una médula tan querida.

Hay que proclamar aquí —y la Santa Sede lo ha reconocido— que la reacción del Instituto fue absolutamente ejemplar, casi «demasiado» ejemplar. El tema se cerró con siete candados. Las religiosas se dejaron insultar y enlodar. Entraron en un silencio que, este sí, era reflejo

riguroso de la verdadera vida de la Madre Rafols. Nunca probablemente en toda su historia se había parecido tanto el Instituto a su Fundadora.

Pero he escrito que la obediencia de la Congregación fue «casi demasiado ejemplar» por dos razones: porque ese silencio total, esa ciega fidelidad a las órdenes de Roma, ha dejado sin clarificar (al menos que nosotros sepamos hoy) el trasfondo de todo aquel problema, que, aun dejando de lado culpabilidades y errores, era necesario dilucidar para ese redescubrimiento del verdadero rostro de la Fundadora.

Y queda una segunda razón: la obediencia de las Anas fue tan total que no sólo dejaron de hablar del problema de los escritos, sino que empezaron a tener como una especie de «complejo» en hablar de su origen. Que la Madre Rafols ninguna culpa tenía de que alguien o algunos utilizaran su nombre un siglo después, era evidente. Pero los hombres tendemos a desconfiar de la calidad de un vino que nos ha sido servido en una botella deformada.

Confieso que me ha impresionado hablar ahora con no pocas religiosas Anas de las que entraron en la Congregación por aquellos años y oírles contar cómo en su noviciado, en sus primeros años, apenas oyeron hablar de su Fundadora, y cómo es ahora cuando, jubilosamente, están redescubriendo sus propias raíces y enterándose de cuán orgullosas deben estar de ellas.

Porque, para mayor asombro y como un juego más de esa Providencia que no deja de actuar en esta historia, aquellos años, en los que un terrible viento de fronda sacudió el árbol de la Congregación hasta amenazar desarraigarlo, no sólo no fueron años de crisis vocacional sino que, por el contrario, vieron un nuevo y más impetuoso florecimiento. La oscuridad, las luchas,

las calumnias, no sólo no cortaron la curva de las vocaciones y las fundaciones, sino que vinieron, incluso, a fortalecerlas y multiplicarlas: como si Dios quisiera probar que eran los hombres —y no El— quienes estaban sacudiendo aquel árbol; como si tuviera El mismo prisa en premiar aquel gesto impresionante de obediencia de la Congregación entera a las órdenes de Roma. Así es como vemos que en los años de superiorato de la madre Felisa Guerri (1929-1953), que coinciden con la tempestad, el número de nuevas fundaciones se eleva a 100, a las que hay que sumar otras 66 bajo la dirección de la madre Eladia Magaña (1953-1965) y otras 66 en los doce años de superiorato de la madre Encarnación Vilas (1965-1977).

Pero también por parte de la historia se reservaban algunas alegrías para la Congregación. Y llegaban por el camino de la humildad. Las Anas no han recusado nunca los más pequeños y oscuros trabajos. Y uno de ellos es el de encargarse de la cocina de varios seminarios españoles. La vocación de sirvientas, que hoy recusan las féminas que quieren «liberarse» porque la consideran opresora e indigna de la mujer, ha sido asumida por ellas con la alegre naturalidad de siempre, esa alegre naturalidad que les llega directamente desde las manos de la Madre Rafols.

Pues bien, en el seminario de Vitoria conoció a las Anas un seminarista que sería, con el paso de los años, uno de los más importantes historiadores de la Iglesia con que ha contado España en los últimos siglos, José Ignacio Tellechea. Y no todos los seminaristas que hayan pasado por aquel claustro habrán sabido agradecer el oscuro sacrificio de las mujeres que se preocuparon de su comida y de su limpieza en los años de estudiante.

José Ignacio tiene, afortunadamente, además de una tremenda capacidad de análisis de investigador, un corazón sensible de hombre bueno. Y bastó con que alguien en Roma —el P. Antonelli— le comentara con preocupación la tristeza de lo ocurrido con el Proceso de Beatificación de la Madre Rafols, para que él sintiera —en 1953— la obligación de devolver, en trabajo, algo del amor que, desde la oscura cocina, habían derramado sobre él y sus compañeros del seminario de Vitoria unas religiosas más o menos anónimas. Y comenzó a trabajar. Desde la oscuridad, que es como trabajan los santos y los auténticos historiadores.

Su planteamiento era muy sencillo: si hay en un tema unos materiales que parecen con toda probabilidad espurios, no debe perderse el tiempo en discutir sobre si son o no auténticos o sobre cómo se produjo la falsificación. Esto puede servir para la polémica, no para la búsqueda de la verdad histórica. Habrá que buscar si existen «otras» fuentes que sean indiscutibles, incluso aunque sean menos ubérrimas.

En todo caso, no deben volcarse sobre la Madre Rafols las culpas o responsabilidades de una polémica posterior. Este tipo de falsificaciones han existido, por lo demás, en torno a muchos auténticos santos. Existieron, incluso, en torno a la figura y vida de Jesús. Ahí están todos los evangelios apócrifos. Cristianos emotivos y sentimentales de los primeros siglos tampoco se sentían satisfechos con los cortos materiales que ofrecían los evangelios canónicos; encontraban en ellos vacíos, huecos, faltas de información. Y pensaron que ayudarían a Cristo llenando esos huecos con su imaginación o con variantes literarias de tradiciones con mayor o menor fundamento. Esta fue la raíz de los evangelios apócrifos.

fos, que ofrecen una evidente —pero también ingenua y bienintencionada en los más de los casos— falsificación de la realidad de Jesús.

Ahora bien, ¿obraría cuerdamente la Iglesia despreciando los evangelios auténticos porque en torno a ellos hubieran surgido las falsificaciones? Es claro que no. El verdadero rostro de Jesús no queda manchado por las dulces imaginaciones de algunos de sus seguidores. La Iglesia tendría, pues, que analizar cuidadosamente cuáles eran los textos que hablaban del auténtico Jesús y dejar sencillamente de lado, sin más polémicas, los apócrifos, que pasarían a la historia como una simple curiosidad o como una fuente que, pudiendo tener algo de verdad, se había visto contagiada por la fantasía.

De estos estudios de J. I. Tellechea han surgido, hasta el momento, cinco volúmenes fundamentales de documentación, referidos dos de ellos al P. Bonal y tres a las fundaciones de Zaragoza y de Huesca y al origen de las primeras Constituciones de la Congregación. Son estos documentos fríos —en lo que a la Madre Rafols se refiere—, ya que la fuente fundamental son los 50 tomos de Actas de la Sitiada que aún hoy se conservan, actas que alguien escribe «muy desde arriba» y en las que sólo muy incidentalmente se referirán a las «pobrecitas» que allá abajo trabajan. Son documentos oficiales, escritos sin amor y sin literaturas y que nos ofrecerán, en todo caso, migajas del gran banquete de la caridad que aquellas religiosas vivieron a lo largo de cincuenta largos años. Tienen, en cambio, la estupenda garantía de la objetividad: aquí no hay un testigo apasionado que trate de ensalzar al héroe. Todo lo contrario: las más de las veces son textos firmados por enemigos o, cuando menos, hostiles.

Está también el volumen de las Actas de Beatificación con las declaraciones de los testigos. Sería ingenuo dar valor absoluto a todas estas declaraciones, guiadas sin duda por el amor y el entusiasmo. Pero sería igualmente injusto despreciarlas en bloque o colocar todas las afirmaciones en el mismo rasero. Una lectura atenta y cuidadosa de las mismas nos permitirá descubrir sus grandes zonas de verdad, sobre todo en aquellos casos en que coincidan con los fríos documentos de las Actas oficiales de la época.

Sobre estas dos fuentes se construye este libro. Dentro de pocos meses se celebrarán los dos siglos del nacimiento de la Madre Rafols. Y esta proximidad ha reavivado en la Congregación de Santa Ana algo que había sembrado el Vaticano II: el afán por reencontrar sus raíces, por revivir el carisma original del que nacieron. Al haber vivido muchas de las actuales religiosas aquellos años de «silencio tras la tempestad» es mucho mayor su deseo de conocer lo que, por una interpretación demasiado a rajatabla de la obediencia, se les medio ocultó durante sus noviciados. Y es éste un reencuentro gozoso. Han empezado a descubrir que «sin retóricas es mucho mejor», que conocían de la Fundadora algunos aspectos más folclóricos, pero quizá menos hondos; que sus raíces de santidad son mucho más vivas, más modernas incluso, de lo que se imaginaban.

Este libro quisiera ser parte de ese reencuentro gozoso. Dejará de lado las polémicas, se olvidará de las utilidades que quisieron hacerse de esta figura, tratará de describir con sencillez lo que sabemos de la verdadera raíz. Y callará allí donde no tenga datos suficientemente serios. No tiene tampoco este libro pretensiones investigadoras o históricas: en realidad, es un simple resumen

y de vulgarización de lo investigado por J. I. Tellechea, casi auténtico autor de las páginas que siguen. Si se escribe este libro, es sólo para ayudar a quienes no tendrían el coraje de enfrentarse con los siempre más áridos documentos.

«Cuando bebas agua acuérdate de la fuente», dice un viejo refrán chino. Eso quiere ser este libro: un retorno a las fuentes, un reencuentro con el manantial del que surgió ese gran río que es hoy la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana.

Es un descenso alegre. Lo ha sido antes para quien escribe estas páginas. Yo había oído hablar —como casi todos los españoles de mi generación— de la Madre Rafols con una serie de tintas políticas o belicosas que podían hacértela más o menos simpática, según compartieras o no ese tipo de «ideales» patriótico-políticos, pero que no empujaban precisamente a una imitación por los caminos de la santidad. Recuerdo, incluso, haber leído hace no pocos años un drama, de cuyo nombre prefiero olvidarme, en el que la Madre Rafols ofrecía un personaje medio retórico, medio histérico, llamado a arrancar los aplausos de los retóricos y de los histéricos, pero que a mí me parecía que encajaba mucho más en Agustina de Aragón que en una religiosa. El heroísmo es admirable; la santidad es «otra cosa». Y es esa «otra cosa» la que yo no veía en aquel personaje teatral al que su autor había vestido de religiosa y bañado de sentimentalismo.

Por eso he sido yo el primer sorprendido al descender a esa gruta de oscura y verdadera santidad que se encuentra en los orígenes del Instituto de las Anas. Siempre será mejor la frescura de una fuente que los gorgoritos de los fuegos artificiales. Ni Dios ni sus santos precisan hojarasca. Les basta la verdad.

El verdadero rostro de

María Rafols

Capítulo I

EN UN MUNDO QUE GIRA

El 5 de noviembre de 1781, en el molino de Rovira, a 64 kilómetros de Barcelona y a 1 de Vilafranca del Penedés, nació una niña que dos días más tarde sería bautizada con los nombres de María Josefa Rosa. Sus padres se llamaban Cristóbal Rafols y Margarita Bruna y eran pobres y sencillos campesinos.

Aquí podría concluir la historia de una infancia que fue tan simple como este nacimiento. No hubo divinos esplendores, voces celestes, mágicos anuncios. La recién nacida era un «sol» para su madre y para todas las vecinas y no faltó en su bautizo —como no falta en ninguno— esa viejecita que anuncia que el neófito está llamado a hacer girar el mundo. Y cuantos lo oyeron sonrieron —como siempre— benévolo y comentaron que «sí, abuela, y usted que lo vea», con esa dulce ironía con la que comentamos todo aquello que no creemos.

Sin embargo, esta vez esa «profecía» de todos los bautismos iba a tener mucho de cierto: aquella niña iba a capitanear una gran aventura que haría girar muchas cosas, que se anticiparía a algunos de los movimientos más vivos de la Iglesia en el siglo que ya estaba casi a las puertas. Aquella niña —no porque estuviera hecha de esa especial madera de la que, por lo visto, hacen a los santos, sino porque sabría responder a todas esas llamadas de Dios que los mediocres desperdiciamos— iba a asumir una de las tareas más difíciles que a un creyente pueden encomendársele: arder y no brillar; caminar sin

avanzar; construir arduamente unos hondos cimientos y no llegar a ver jamás el edificio que sobre ellos se construirá.

Afortunadamente, oscuridad no es infertilidad: y ésta es la razón por la que doscientos años después vuelve a ser importante aquel 5 de noviembre. a pesar de que la humana sea una raza de tan corta memoria que acostumbre a comer el pan sin preguntarse nunca por la oscura semilla de la que nació ese trigo que lo forma y los agrios inviernos y tremendos vendavales que la semilla tuvo que atravesar.

Tremendos vendavales, sí. Porque la historia no es uniforme: junto a siglos pacíficos, tranquilos, en los que los años parecen correr mansos y sin prisa, hay épocas en las que la historia parece acelerarse y despeñarse incluso, obligando a quienes en estos tiempos viven a tener el alma en vilo, como si se navegara entre despeñaderos. Son estos los que llamamos «tiempos de transición», en los que el hombre tiene más preguntas que respuestas y usa más la brújula que la butaca. Quienes vivimos hoy lo entendemos. Y tal vez, por ello, seamos nosotros quienes mejor podamos entender aquel otro siglo en que vivió María Rafols, horas de mutaciones como las nuestras, días de búsqueda de nuevos caminos, tiempos de angustia en los que las mejores barcas amenazan naufragar.

¡Qué diferente habría sido la vida de María Rafols de haber vivido en los ochenta primeros años de su siglo! Pero, nacida en 1781 y muerta en 1853, fue testigo presencial de uno de los giros más intensos que haya dado la humanidad en su historia. El mundo que la acogió a finales del siglo XVIII poco tenía que ver —en las ideas que lo regían, en las grandes estructuras sociales, en la misma problemática de la fe— con el que setenta años

más tarde la despediría. Tendremos, pues, que detenernos a conocer ese marco en el que se movió, porque, si los cristianos nacen «para» acercar el mundo a Dios, mal podremos entender sus afanes si no conocemos los problemas y realidades a los que respondían.

El hundimiento de una cristiandad

Ese tremendo giro se resume en muy pocas palabras: el hundimiento de un estilo de vida que hasta entonces se había definido como «cristiandad» y que muchos confundían con la misma Iglesia. Es ésta ciertamente la crisis más aguda atravesada por el cristianismo, más que la misma de las persecuciones. No es ya —como en los tiempos de Lutero— que individuos o grupos más o menos numerosos levanten guerra contra la Iglesia o contra Roma; ahora es la sociedad entera —aunque, como es lógico, con distintos niveles y con diverso ritmo— la que lucha por desembarazarse de la fe. En estas décadas asistimos a la rotura de un sistema de creencias y valores que hasta entonces habían cimentado la vida del hombre occidental. En lo político es la muerte del absolutismo; en lo social, la primera gran quiebra del sistema de clases heredado del Medioevo; en lo jurídico, el nacimiento de un nuevo derecho que poco tiene que ver con el anterior; en lo moral, el nacimiento de otra moral diversa a la tradicional; en el ordenamiento de la vida cotidiana, los súbditos se convierten en ciudadanos; y parece nacer una nueva religiosidad natural, deísta, ajena a la predicada por Jesús, mientras sube a los cielos, canonizada, la diosa razón, que parece ser enemiga frontal de la fe. «El hombre sale de su minoría de edad», según Kant.

«Los hombres, al seguir la razón, se convierten en dioses», que diría C. Gilbert. Es como un retorno al paraíso o como una salida definitiva de él. Todo ello bien envuelto y rebozado en sangre.

Este tremendo despertar (o este estallido de locura, según se pinte) podíamos dibujarlo al estilo de una película de buenos y malos, tal y como era frecuente entre los eclesiásticos de hace cincuenta o más años: los malos atacaban a la buena Iglesia. Pero ese dibujo no carecería de ingenuidad. Mucho más certero —por doloroso que sea— es el diagnóstico con el que Rogier abre el volumen correspondiente en su *Nueva historia de la Iglesia*:

Conocida es la parábola del hombre malvado que vino de noche a sembrar mala hierba entre el trigo. Muy edificante, pero no tiene aplicación en el caso de las relaciones entre la Ilustración y la fe. La situación histórica no presentaba una colectividad fervorosa de fieles, por un lado, y por otro, unos audaces asaltantes atacándola desde fuera: Voltaire con su consigna de aplastar a la infame, Diderot y la Enciclopedia, D'Holbach, Helvetius. La Metrie y Volney, que declaraban quimérica toda religión. De hecho, todos esos hombres salieron de su propio seno; crecieron en su atmósfera como alumnos todos ellos de los jesuitas. No atacaron por sorpresa a la comunidad cristiana del siglo XVIII; procedían de ella y hasta podían creerse intérpretes suyos. Los libros no descristianizaron a Francia y a los restantes países de Occidente; la descristianización tomó forma en los libros, pero lo que estos sacaron a plena luz se había venido propagando en la sombra desde hacía mucho tiempo. Incluso antes de que finalizara el siglo XVIII era ya perceptible un enfriamiento progresivo de la vida de fe. Para muchos, en el siglo XVIII, la religión, más que en unas convicciones, consistía en una sumisión a los poderes unidos de la Iglesia y el Estado, en la conformidad con un conjunto de tradiciones, de normas, de

convencionalismos que evitaban la quiebra del orden social [...].

Durante el siglo XVIII la vida cristiana no produce una impresión de heroísmo, ni siquiera de fervor. Ocurría como si en ese siglo se hubiera suprimido cualquier impulso en el catolicismo: por temor al quietismo se suprime toda mística; para no caer en el rigorismo, la vida se desliza hacia el laxismo. Es la devoción del justo medio y de las pequeñas obligaciones. Semejante devoción no podía ofrecer nada a quienes, como decía Santa Teresa, están hechos para algo grande en el odio o en el amor, para ser grandes pecadores o grandes santos. Entre los obispos y otros eclesiásticos de posición elevada, la práctica religiosa tenía el aspecto de un convencionalismo vacío. Las órdenes monásticas ofrecen durante el siglo XVIII una impresión general de estancamiento y desánimo. Ciertos autores culpan a los «filósofos» de esta tibieza religiosa. Parece que con ello no se hace otra cosa que jugar con palabras. En efecto: cuando se atenúa el entusiasmo de la práctica religiosa, cuando se enfría el fuego que caldeaba los corazones, se han sentado las condiciones propicias para un deísmo vacío, fe sin altura ni profundidad, tan tolerante como difusa.

Duro es este diagnóstico y probablemente exagerado, sobre todo por lo que tiene de generalizador (ya que de hecho en la Iglesia del XVIII —como en la de todos los siglos— existían simultáneamente muy diversas temperaturas), pero puede aceptarse como sustancialmente válido en su presentación de uno de los siglos más tristes, en los que una Iglesia anémica tuvo que enfrentarse con un giro que, sólo con un siglo de retraso, está logrando asimilar.

Y dura realidad para los cristianos que tuvieron que vivirla. Es precisamente esta realidad la que hace doble-

mente meritoria la aventura cristiana de quienes la vivieron. Cuánto más simple y cuánto más brillante habría resultado todo para María Rafols de haber vivido en la hora ardiente del xvi español de Teresa de Jesús, o, simplemente, en el Renacimiento que medio siglo después que ella vivirían Antonio María Claret y la estupenda cadena de santas fundadoras que esmaltó la segunda mitad del xix: María Micaela del Santísimo Sacramento, María Molas, Soledad Torres Acosta, Vicenta López y Vicuña, Teresa Jornet, Rafaela del Sagrado Corazón y varias otras. A María Rafols le tocó literalmente «la peor parte»: nacer en un invierno y florecer en un desierto. No son los hombres quienes eligen cuándo y dónde han de nacer. Y es tal vez eso lo que hace más importante la labor de los pioneros y los portaestandartes. Aunque las más de las veces no sean ellos quienes disfrutan del gozo de la victoria.

Una España del viejo régimen

Todo este fenómeno de descomposición, por una parte, y de fermentos revolucionarios que estallarían en Francia pocos años después del nacimiento de María Rafols, llegaron a España con algunas décadas de retraso y no se produjo entre nosotros un estallido como el francés, sino una más larga —y, por tanto, más sangrienta— revolución que, en realidad, duró casi todo un siglo. Cuando nuestra protagonista nació, España era típicamente lo que se ha dado en llamar «un país del viejo régimen»: una nación eminentemente agraria, dominada absolutamente por un rey y una nobleza que todo lo poseen y todo lo deciden.

Políticamente llegaba el país a los finales del siglo cansado de los reinados de Carlos III y Carlos IV y con un personaje tan desastroso para la nación como Godoy, válido más de la reina María Luisa que del propio rey. En torno a la Corte pululaba la alta nobleza de los grandes propietarios de la tierra: los duques de Alba, de Osuna, del Infantado, de Medinaceli, de San Carlos, etc., hasta un total de 119 grandes de España y 535 títulos de Castilla. En sus manos estaba toda la riqueza y todo el abandono del país. De los 37 millones de hectáreas cultivables, sólo ocho y medio se cultivaban de hecho. Doce millones se dedicaban al pasto, pero las más no conocían otro ganado que el cruce una vez al año de los rebaños de la Mesta. De esos 37 millones de hectáreas, diecisiete eran propiedad de 1.323 grandes familias, mientras otros diez pertenecían a 390.034 «hidalgos». El resto correspondía —por así decir— a los diez millones de españoles con que entonces contaba el país. La población activa se calculaba en 6.650.000 personas, de las cuales 5.615.000 (¡el 85 por 100!) se dedicaban a la agricultura, mientras eran muy pocos los entregados a la naciente industria.

Para mayor tragedia, los ricos no sólo eran propietarios de las tierras, sino también de los hombres, como un residuo medieval. La nobleza «poseía» 15 ciudades, 2.286 villas, 4.267 lugares, 671 aldeas. Y muchas veces existían en ellas verdaderas relaciones de vasallaje. En sus tierras y ciudades de señorío, los nobles tenían derecho a nombrar corregidores, alcaldes mayores, justicias, bailíos, regidores y demás funcionarios municipales. Había lugares, como Baza, en los que los señores eran aún denominados «de horca y cuchillo». Y gozaban del monopolio de hornos, molinos, cobraban el 10 por 100 de las ventas de inmuebles, un porcentaje sobre las reco-

lecciones, tributos especiales de siega y vendimia y derecho de tránsito de los ganados. Es fácil —como señala Tuñón de Lara— deducir de todos estos datos cuál era la estructura social de España en este final del XVIII y entender los fermentos de cambio que en ella tenían que bullir.

Además —como las desgracias nunca vienen solas—, el país iba a embarcarse en este período en cinco guerras —Independencia, América, Marruecos y las dos carlistas—, con la tremenda sangría en hombres y en dineros que supondrían. Suele hoy calcularse que la guerra de la Independencia costó 12.000 millones de reales, que las larguísimas guerras carlistas costaban al país 60 millones de reales cada mes y que la pérdida de las colonias americanas se llevó consigo el 50 por 100 de los ingresos de la metrópoli.

Bastan estos datos para entender hechos tan terribles como que un tercio de los españoles está durante toda esta época habitualmente subalimentado, en las condiciones que pueden estar hoy los países de África; que el nivel de esperanza de vida de los obreros de la época se calculara en torno a los 24 (¡veinticuatro!) años; que, aunque la alimentación devorara el 80 por 100 de sus ingresos, esta se redujera a pan, legumbres y bacalao, mientras la carne aparecía sólo en la alimentación del 12 por 100 de los españoles —naturalmente, los ricos—; que la situación sanitaria fuera tan desastrosa que cualquier epidemia contaba las muertes por cientos de miles (la de 1833 ocasionó 300.000; el cólera de 1855 llevó a la muerte a 236.774 personas); que el analfabetismo fuera ley y norma del país, puesto que al iniciarse el siglo XIX sabían leer y escribir muy poco más del 5 por 100 de los españoles; que las condiciones laborales eran infames: un obrero industrial de principios de siglo ha de

trabajar 12 horas para ganar 11 reales; y un obrero agrícola que trabaja de «sol a sol» —16 horas en verano— cobraba en los meses de recogida 12 reales, para bajar a 2 en el invierno.

Esta es la España real en la que María Rafols va a moverse. Esa es la vida que vivió en su infancia. Esos son los hombres que van a acudir a los hospitales en que trabajará. Tal vez a la luz de esas cifras empecemos a entender que murieran jóvenes la mayor parte de las religiosas que la acompañaban, que ellas y sus enfermos carecieran prácticamente de todo, que en un mes de su trabajo en la inclusa viera ingresar 42 niños ¡y morir 39 de ellos! Era la espantosa España del subdesarrollo, el hambre y la injusticia. La España que hacía más urgente e hirviente el despertar de la caridad.

Una Iglesia cómplice, bienintencionada e ingenua

Frente a esta tremenda situación de injusticia es doloroso añadir que la Iglesia jugaba un papel de cómplice ingenuo y que los seguidores de un Evangelio de caridad y fraternidad eran las excepciones.

Por de pronto, nos encontramos con un número excepcionalmente alto de «personal de Iglesia». Contamos con cifras bastante serias, referidas a los principios del siglo XIX, que nos dicen que eclesiásticos, frailes y monjas se acercaban a las 200.000 personas en España, uno de cada cincuenta españoles, el doble proporcionalmente que los que entonces tenía Italia, el triple de los que contaba Francia, siete veces más proporcionalmente de los que tiene hoy España. El clero secular superaba los 85.000. Los religiosos eran 70.000. Las monjas, 30.000.

Los oficiales de la Inquisición, 8.000. ¿Vocaciones auténticas todas ellas? Evidentemente, no. Para muchos campesinos el acceso al sacerdocio era la única manera de huir del arado. El régimen de mayorazgo hacía que muchos nobles destinasen a la tonsura clerical a los hijos menores. Y en no pocos casos se fundaba una capellanía —exenta de impuestos— para conseguir por poco dinero «colocar» a un hijo.

Aparte de la problemática moral que este exceso suponía, el país vivía en una «inflación» clerical que explica muchos anticlericalismos. Piénsese en una ciudad como Toledo en 1820: para 12.000 habitantes tenía 27 parroquias, 15 monasterios de varones, 23 de mujeres y más de la mitad de los inmuebles de la ciudad eran de propiedad eclesiástica.

Porque junto al número iba la riqueza institucional. También entonces —y más que nunca— se producía ese doble fenómeno que junta la pobreza real de una mayoría de clérigos de pueblo y la casi miseria de muchos con la impresión —y también la realidad— de una aplastante riqueza de la Iglesia institucional. Los obispos eran nobles entre los nobles. Los mismos superiores de las grandes órdenes ofrecían la estampa de verdaderos potentados: el general de los franciscanos (¡asombro!) tenía rango de Grande de España y recibía por donde pasaba los honores correspondientes a un comandante en jefe.

Y estaba ahí el dinero contante y sonante. Cálculos que no parecen exagerados señalan que los ingresos anuales de la Iglesia ascendían, a principios de siglo, a 1.042 millones de reales (600 millones provenientes de rentas de propiedades rústicas y urbanas, 324 de diezmos y primicias, 118 de derechos de estola y pie de altar). Y aunque esta cifra no es muy alta si se divide por

el número de eclesiásticos (13 reales diarios, un sueldo de obreros), sí lo es vista en su globalidad. Como lo es el hecho de que quienes eran el 2 por 100 de la población poseyeran el 12 por 100 de los bienes inmuebles de la nación.

Pero más graves que las mismas posesiones materiales eran sus consecuencias: mientras la mayor parte del clero vivía cerca de la gente y compartía su pobreza «la Iglesia visible» estaba situada entre la nobleza, pensaba como ella, compartía su moral, su injusta distribución de los derechos humanos, su sentido de clase.

En lo político, el maridaje Iglesia-Trono era total. Iglesia y Estado se apoyaban mutuamente, se ayudaban, se utilizaban, se dominaban, sin que resultara muy fácil decir quién dominaba a quién.

Los obispos españoles del XVIII eran no sé si «hombres de fe» u «hombres de buena fe»; más lo segundo, tal vez, que lo primero. Hombres de costumbres sencillas, que personalmente vivían como pobres, pero refugiados en la distante soledad de la autoridad. Científicamente su nivel fue sólo mediano, surgidos como eran de un tiempo teológicamente pobrísimo. Las facultades teológicas atravesaban un largo estiaje. Los seminarios no servían otra comida que un tomismo barato y remasticado. No es de extrañar que la irrupción de las nuevas ideas les sorprendiera y que no supieran contraponer a la ola del racionalismo más que una apologética sentimental o las excomuniones. Es también comprensible que políticamente se aliaran siempre con la derecha y que ante los ataques del liberalismo se mostraran casi todos partidarios del carlismo.

Una religiosidad popular pobre, pero honda

Tendremos que hacer ahora un cierto giro ideológico, porque vamos a hablar de la religiosidad popular de la época. Y si es normal que en todos los momentos históricos coexistan varias Iglesias, también en estos finales del XVIII coexistía esa Iglesia dormida en las alturas que ya hemos dibujado con otra Iglesia empobrecida, pero auténtica y honda en el mundo rural.

El siglo > mí fue el siglo mejor para la religiosidad popular española y su rescoldo se prolongó hasta principios del XIX. Los esfuerzos reformadores del siglo XVI calaron muy hondos en España. Su proyección catequística, las misiones populares, el buen clero medio de la época, el fervor de un grupo muy numeroso de santos, crearon en España un clima de fe y costumbres cristianas de la mejor raigambre. En los pueblos se rezaba, y se rezaba bien. Se respetaban los preceptos de la Iglesia, las costumbres eran sanas y sobrias. Había, naturalmente, fallos y sombras, pero estos se reconocían como tales y se buscaba constantemente la mejoría. Era una piedad barroca, individualista, con defectos —que luego señalaremos—, pero una piedad auténtica y de limpias raíces.

A lo largo de todo el siglo XVIII esa fe se fue resquebrajando en las clases altas y aburguesando en grandes sectores de la clerecía. Pero el contagio no llegó al pueblo fiel hasta muy pasada la guerra de la Independencia, que tuvo —precisamente por eso— un carácter de cruzada espiritual y religiosa.

Leamos la descripción de Baldomero Jiménez Duque:

En estos comienzos de siglo, la vida española está aún muy impregnada de cristianismo. Con todas las manifestaciones sociales correspondientes. Las campanas de los templos señalan todavía la distribución de los quehaceres, digamos de la vida, sobre todo en los pueblos. Sus toques son la señal para todo: las avemarías (tres veces: mañana, mediodía, anochecer) enmarcan la jornada. Toques de ánimas, de queda, de fiestas, de peligros (a rebato); todo [...]. Es, si se quiere, un residuo, pero todavía harto exponencial. Los serenos, cuando se crean a mediados de siglo, dan las horas saludando con el avemaría. Las prácticas de misa dominical, de cumplir con Pascua, de recibir los sacramentos del bautismo, confirmación, matrimonio, de preparación para la muerte, etc., son casi unánimes. Las excepciones son eso, excepciones, y se señalan con el dedo por todos. Los ayunos y las abstinencias se observan bastante bien. Se toma la bula de cruzada casi masivamente. La Navidad, la Cuaresma y la Semana Santa, las fiestas patronales, son algo ambiental que impacta a todos. Las cofradías numerosas, con más o menos vida o languidez, siguen enrolando a una gran mayoría de gentes. Cierto que se limitan a algunos cultos y, en ocasiones, a alguna ayuda material a los asociados, resto de los antiguos gremios, que solían acompañarlas. Todo ello, convengamos, tenía mucho de tradicional, de establecido, de ambiente social recibido, pero mantenía la fe y las costumbres cristianas de los españoles.

Más bucólico es aún el panorama que nos presenta otro historiador más próximo a los hechos. He aquí el retrato de los pueblos de la época en la pluma de Vicente de la Fuente:

El contagio de la inmoralidad e impiedad de los cortesanos y de la grandeza, durante el siglo XVIII, no trascendió a la generalidad del pueblo español. Este permaneció devoto, religioso y ferviente católico has-

lógicamente, todo aspecto comunitario, litúrgico, eclesial, en sus planteamientos.

— Era una piedad profundamente «devocional», que no buscaba tanto el encuentro con Dios como la acumulación de prácticas realizadas. Las devociones pasan a ser el centro más que un camino hacia el amor.

— Romántica. Como consecuencia de la pobreza ideológica, la piedad es predominantemente sentimental, emotiva, afectiva, blanda. Las oraciones se plagan de adjetivos, se inundan de exclamaciones. Los sermones buscan el hacer llorar más que el convencer. La cima de la perfección se sitúa en los fervores sensibles.

— Activa. Aunque ya hemos dicho que le falta a la religiosidad de la época todo lo que pueda sonar a compromiso social, a posturas revolucionarias ante unas estructuras tan radicalmente injustas, no estamos ante una piedad inactiva o estéril. La actividad piadosa, benéfica; los apostolados de la palabra o de la enseñanza, serán el complemento de las prácticas religiosas. Será, pues, la caridad el portillo por el que las almas mejores de este tiempo subirán a volar alejándose de la rutina ambiente.

Esta es la cara y cruz de la España en que nació María Rafols; esta la tierra en que plantó su árbol; estas las necesidades a las que trató de responder; estos los hombres que a ella acudieron. Todos los hombres de Iglesia —incluso sus mayores santos— son hijos de sus siglos. María Rafols lo fue. Fue la suya una fe popular y sencilla como la que le transmitieron unos campesinos del siglo XVIII. Fue la suya una religiosidad como la de su tiempo, cuidadosamente sublimada. Fueron las luchas de esas dos Españas —una que agonizaba y otra que nacía— las que tantas veces desgarraron su alma. Pero eso es lo que nos contarán los capítulos que siguen.

Capítulo II

EL MISTERIO DE LA INFANCIA

Toda infancia es misteriosa. Pero, normalmente, el verdadero misterio de la infancia está en su propia sencillez. Y esta es la razón por la que siempre, en las biografías de aquellos cuya obra de adultos admiramos, nos ponemos a buscar tres pies al gato: como si lo extraordinario, lo prodigioso, fueran lo único importante; como si una infancia sin milagros o milagrerías no fuera suficientemente profunda.

Esa es la tendencia que llevó a los evangelistas apócrifos a llenar de absurdos prodigios la infancia de Jesús. Y ése es el desconcierto que nos crea el que los evangelistas auténticos tuvieran la suficiente grandeza para enfrentarnos con el misterio de una «infancia normal» en Jesús. En todas las biografías de santos o de grandes creyentes nos ronda el mismo peligro: si no descubrimos que su ascética era tan profunda que les llevara, ya de bebés, a no mamar los viernes o si no encontramos que en el día de su bautismo se posaron blancas palomas sobre sus cabezas, no nos sentimos satisfechos. Como si la santidad sólo estuviera allí donde hay milagrerías.

También en torno a la infancia de María Rafols ha trabajado este afán de las milagrerías: tradiciones populares nos cuentan que —gracias a esta niña— los campos de sus padres daban mayores cosechas que los de los vecinos, que las tormentas afectaban a todos los sembrados menos —precisamente— a los suyos, que... Olvidémoslo. La

gracia de Dios no debe confundirse con la habilidad del malabarista. Y los datos históricos nos muestran que su infancia no se vivió en un invernadero, con un Dios protegiéndola de toda herida. Vivió —muy al contrario— en la oscuridad de la pobreza herida muy de cerca por los rayos de la muerte, protegida —eso sí— por el clima de una familia cristiana que realizó su cristianismo en la lucha por el pan de cada día.

Tal vez sería más exacto hablar de dos familias cristianas y no sólo de una: porque los Rafols y los Bruna vivieron muy cerca y unidos, como, por lo demás, era normal en las aldeas de la época.

Rafols era un apellido extendido en la comarca. Proveniente de La Granada (Barcelona) había llegado en 1700 uno de los antepasados de nuestra protagonista, José Rafols, para casarse con Cecilia Farrán e instalarse en la casa Rosell de la Costa de Santa Margarita del Panadés, pueblo conocido con el nombre de Monjos, que tiene hoy estación de ferrocarril, en la línea Barcelona-Tarragona y distante de Villafranca del Panadés 4 kilómetros. Hoy tiene el pueblo no pequeña importancia gracias a las fábricas de cemento que allí se instalaron hace medio siglo, pero contaba con muy pocas casas en los finales del siglo XVIII. El paisaje hubiera sido realmente hermoso y pintoresco de no haber escondido tremendos problemas de paludismo a causa de la humedad del terreno, enfermedad que estaría en el origen de tantas muertes en edad juvenil, como pronto vamos a encontrarnos.

Uno de los hijos del emigrante José Rafols era Cristóbal Rafols Farrán, abuelo de María Rafols y gran patriarca de la familia. El comenzaría la doméstica tradición de molineros al hacerse cargo del molino de l'Abadal, en el

que nacería Cristóbal Rafols Cunillera, séptimo de sus hijos y padre de María Rafols.

Sobre el estilo de vida cristiana de esta familia Rafols tenemos un precioso documento en el testimonio dado por don Juan Badía, deán de Villafranca, que escribe:

Que la familia Rafols del Molí de l'Abadal era muy piadosa y profundamente cristiana, no se puede poner en duda, por todos los documentos que obran en el Archivo Parroquial de Santa María del Panadés. Allí queda consignada, para memoria de los tiempos venideros, la religiosidad de todos los individuos de aquella familia en los acontecimientos de su vida. Aunque no nos fijáramos más que en las partidas de defunción, al ver cómo consta en ellas que en la última enfermedad y, sobre todo, a la hora de la muerte eran asistidos y confortados por religiosos dominicos y franciscanos de la comarca, tendríamos ya un dato importante para afirmar sus creencias y su conducta verdaderamente ejemplar. Ni podía ser de otra manera, colocado el Molino a la sombra del convento de los dominicos, antigua casa de los Peñafort, de la cual salió el que es gloria de Villafranca y su comarca, el glorioso patrono de la misma, San Raimundo.

Los religiosos de dicho convento, como los del convento de San Francisco de Villafranca, tenían una influencia considerable en la comarca, debida a sus virtudes y a su celo por la gloria de Dios y al bien espiritual y material de los habitantes del Panadés, a los cuales prestaban generosamente no sólo su dirección espiritual, sino su apoyo más decidido en los asuntos que miraban al bienestar material. A la sombra, pues, de esta bienhechora influencia, la familia Rafols era profunda y enteramente cristiana y piadosa, y sus individuos formaban todos parte de las congregaciones y cofradías de la parroquia de Santa Margarita y del convento de Santo Domingo, y los hombres figuraban

también en la hermandad establecida en el convento de San Francisco de Villafranca, cumpliendo exactamente todos los de la familia Rafols con las cargas y obligaciones que semanal y mensualmente les imponía el reglamento de dichas asociaciones piadosas.

Tenemos una familia-tipo de las que eran frecuentes en el mundo rural del XVIII: gente sencilla que se ganaba el pan de cada día, nacidos en la fe y en la fe educados, y con la enorme fortuna de que, en su caso, vivieran a la sombra de un convento realmente abierto a las necesidades de las buenas gentes y preocupado no sólo por ayudarles a morir, sino también por ayudarles a vivir a través, sobre todo, de la escuelita que el convento de dominicos tenía abierta. A ello deberemos, sin duda, el que en una España que contaba entonces con un 95 por 100 de analfabetos y en el que esta cifra era aún más alta para las mujeres, podamos encontrarnos con que María Rafols será capaz de enfrentarse en su juventud a un difícil examen de Flebotomía y a resolverlo con mayor brillantez que los hombres que con ella se presentaban al mismo.

Si cristiana era la familia Rafols, no lo era menos la familia Bruna, cuyo cabeza, Juan Bruna, es llamado por algunos documentos «Ostaler dels monjos», hostelero o posadero de los monjes, y que vivía en el «Hostal dels Monjos», que en tiempos había pertenecido a los monjes cistercienses y era en este tiempo una dependencia del convento de Santo Domingo.

De la unión de estas dos familias surgirá la que iba a dar acogida a María Rafols, al casarse, el 30 de junio de 1771, Cristóbal Rafols Cunillera con Margarita Bruna Brugal. Él tenía al hacerlo veintiocho años, ella veinte recién cumplidos. Y, aparte de su amor, ni uno ni otro te-

nían más riquezas que el cielo y sus manos. Vivirán, por ello, durante casi dos años en casa de los Bruna, donde en octubre del 72 nacerá el primero de sus hijos, Juan.

En 1773 la familia Alcover, de Villafranca del Panadés, gente distinguida y propietaria de muchas de las tierras de la comarca, ofrecerá a Cristóbal Rafols el cargo de molinero en el Molino de Rovira, de su propiedad. Y allí se trasladará feliz la naciente familia. Esta casa-molino que aún hoy se conserva —y en la que nacerá María Rafols— está situada a sólo un kilómetro de Villafranca y está rodeada de hermosas huertas y regada por las aguas de un modesto riachuelo, el Milió. Buen escenario este para una infancia sencilla y feliz. Un paraje pintoresco plantado en el silencio que apenas turba el revolar de las palomas, en el que se asienta una típica casa de payés catalán, rodeada de viñas y huertos y coronada con varias hileras de pinos. Propiedad hoy de las religiosas de la Caridad de Santa Ana, la casa sigue oliendo a sencillez y claridad.

Allí nacería en 1774 el segundo hijo del matrimonio y en 1776 la tercera, pero ambos morirían sin llegar a cumplir los dos años el primero y los dos meses la segunda. En 1778 nacería una niña llamada Margarita, como la madre. Otro niño nacería y moriría a los pocos días en 1779. Y el 5 de noviembre de 1781 nacería —sexta de los nacidos, tercera de los que sobrevivirían— una niña que sería bautizada dos días más tarde con los nombres de María Josefa Rosa, la protagonista de nuestra historia.

«EN AQUESTA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE VIL·LAFRANCA
FOU FETA CRISTIANA LO DIA 7 DE NOVEMBRE DE 1781
SOR MARÍA RAFOLS
FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓ DE GERMANES

DE LA CARITAT DE SANTA ANA
 DONA INSIGNE EN ALLEUGERIR LES MISERIES HUMANES
 Y QUE, ARMADA AB LA CARITAT,
 DOMINA LO FUROR BELICH DELS SITIADORS DE ÇARAGOÇA
 DEL ANY 1808.
 VILLAFRANCA LI DEDICA AQUESTA MEMORIA
 EN LO PRIMER ANIVERSARI SECULAR
 DELS GLORIOSOS SITIS»

Esta es la lápida que en la parroquia de Villafranca recuerda aquel día de su bautismo. Necesitó el mundo ciento veintisiete años para enterarse de la trascendencia de aquella fecha. No se habían enterado en 1881 y tuvieron que venir las celebraciones civiles del centenario de los Sitios para descubrirlo. Pero en la vida de María Rafols fue mucho más hondo y trascendental aquel 7 de noviembre de 1781 de su bautismo que todos los hechos heroicos de todas las guerras imaginables juntas.

No mucho después del nacimiento de la pequeña María, el matrimonio Rafols-Bruna cambia nuevamente de domicilio, para hacerse cargo ahora del Molino de Mascaró, en la Bleda, cuatro kilómetros al oeste de Villafranca. ¿Problemas de paludismo en la anterior residencia? ¿Búsqueda de un sueldo mejor? No lo sabemos. Esta vez se trata de un cuerpo de edificio que tiene en su planta baja un molino y una segunda planta en la que viven los molineros. Adjunta tiene una segunda edificación destinada a pajar, en la que, según tradición, pasaban la noche cuantos pobres vivían o cruzaban por el pueblo. En este sencillo y bucólico paisaje pasará María Rafols siete años de su mejor infancia. Y aquí crecerá la familia con otras tres niñas más: Lucía —que moriría a los tres meses—, Josefa y Antonia.

¿Cómo fue aquella infancia? El único dato documental con que contamos es el de su confirmación, recibida a los cuatro años (junto a sus hermanitas Margarita y Josefa, esta de dos meses de edad) de manos del obispo de Barcelona don Gabino Valladares, en el convento de las Carmelitas Calzadas de Villafranca. Siguiendo la costumbre de la época, el prelado barcelonés confirmó aquel día a todos los niños de la comarca [cuarenta], incluyendo prácticamente hasta a los recién nacidos. María, con sus cuatro añitos, tuvo más fortuna y pudo, sin duda, entender algo del gozo del sacramento que recibía.

Al margen de este dato, contamos también con algunos de los testimonios presentados en el Proceso de Beatificación y conservados en las actas. Son, es cierto, testimonios de segunda mano y tienen ese tono de exaltación con que contamos las infancias de aquellos a quienes amamos, pero hay sin duda detalles suficientes —y algunos muy significativos— para permitir que nos asomemos, aunque sea de lejos, al misterio de esa infancia.

Con motivo de la colocación de la lápida que antes transcribimos, la superiora general de las Anas, Felisa Guerri, y la madre María Naya son hospedadas en casa de don Enrique Alcober, sobrino de Juan Pablo Alcober, que fuera padrino de bautismo de la Madre Rafols. Y he aquí la transcripción de lo que el anciano refirió sobre cuanto había oído contar de aquella niña nacida en la casa de su familia:

Con profunda emoción y llorando, este señor nos contaba que la Sierva de Dios ya desde pequeñísima destacaba entre todas sus coetáneas por su piedad, su fervor y su recogimiento: cuando oía tocar a misa, corría en seguida hacia su madre para que la llevase y

producía admiración su recogimiento, porque estaba siempre de rodillas hasta que su madre le mandaba sentarse; nos decía que, si veía a algún pobre, corría a pedir una limosna para dársela, y cuando aún era de tierna edad se la encontraba separada, encerrada en su cuartito, rezando; y cuando a la tarde venía su madre para acostarla, se oponía a hacerlo hasta que, llegado su padre, se rezaba el rosario.

En términos parecidos informa en el mismo proceso don Juan Badía, párroco de Villafranca:

De tradición que existe en la familia Alcober, me consta que la niña María correspondió fielmente a la preocupación religiosa de sus padres, destacando desde los primeros años por su agudeza y precocidad de ingenio, pero especialmente por su piedad, que todos consideraban extraordinaria, señalándose entre las muchachas de su pueblo por su candor, su inocencia y por el ejercicio de las amables virtudes de la infancia, principalmente por la modestia, la humildad, la caridad, que añadían a la fascinación natural de la edad infantil los esplendores de una gracia sobrenatural que era como presagio y preanuncio de su santidad. Como confirmación se aducía el hecho de que en una ocasión, al oír una palabra indecente, comenzó a llorar amargamente mientras se abrazaba fuertemente a su madre.

El abogado Santiago Abella y Battle, recogiendo la tradición mil veces oída a sus compaisanos, ofrece estos datos:

También de tradición continua sé que la Sierva de Dios era, desde sus primeros años, devotísima de la Santísima Virgen: todas las tardes se despertaba contentísima para recitar junto a sus padres el rosario, dirigiendo ella misma el piadoso rezo apenas tuvo la edad suficiente para hacerlo [...] Era también muy amante de la soledad, huyendo de la compañía de sus compañeros

y buscando la de su madre; y era tan caritativa hacia los pobres que, apenas veía algún mendigo, corría presurosa hacia su madre para que le diera algo que ofrecer al pobre como limosna. Era tan grande su amor al Señor que, siendo aún niña, lloraba amargamente siempre que oía una blasfemia. Y como confirmación de esto, puedo añadir que un día que oyó blasfemar a un pastor prorrumpió en amargo llanto.

Como fácilmente puede verse, son estas las descripciones que haríamos sobre cualquier niña buena de la que hablásemos. Pero hay, sin embargo, tres o cuatro detalles muy dignos de subrayarse por lo que tienen de premonitorios: esa dureza de voluntad, esa decisión enérgica de la niña que se niega a dormirse hasta haber rezado el rosario o que no se sienta en la iglesia hasta que su madre se lo manda; ese fuego interior de pequeña que «corría» a socorrer al pobre; esa aguda sensibilidad religiosa de la chiquilla que estalla en llanto al oír una blasfemia [...] Si es cierto —como dice Vigny— que «toda gran obra es un pensamiento infantil realizado en la edad madura», se diría que estamos viendo ya en esas minucias a la mujer fuerte que, contra viento y marea, sostendrá a la naciente comunidad de las Hermanas o correrá a atender a los heridos bajo la metralla de los Sitios de Zaragoza.

Y hay todavía dos campos más en los que se diría que está ya la Providencia preparando a la futura Madre Rafols: el desapego a toda tierra, con los continuos cambios de domicilio por parte de sus padres, y el conocimiento del dolor en todas las orillas de su vida.

Ya hemos señalado antes el deficientísimo estado sanitario del país, lo que, unido a las jornadas excesivas de trabajo, venía a producir aquella tan corta esperanza de vida que nos produce hoy asombro al comprobar

cuán joven moría la mayoría. Y así, será la muerte quien obligue a la familia Rafols-Bruna a un nuevo cambio de domicilio, esta vez para regresar al Hostal dels Monjos, del que Margarita, la madre, saliera diez años antes. En el intervalo han ido muriendo en el Hostal todos los hombres: el padre de Margarita, sus hermanos Juan y Manuel. Sólo mujeres quedan en la casa. Y el bueno de Cristóbal ha de *ceder* a los deseos de su suegra y su esposa y regresar al Hostal. Allí nacerá aún el último de sus hijos, José, muerto también en los primeros meses igual que otros cuatro de sus hermanos.

En el Hostal vivirán ya sólo un año. Y un año especialmente amargo. Apenas iniciado 1794 —María tiene trece años—, morirán en pocos días sus tíos Domingo y Rosa y su abuela materna. Y por aquellas mismas fechas cayó enfermo —parece que de paludismo— su propio padre, que, tras seis meses de lucha con la muerte, descansaría cristianamente el 10 de julio de 1794.

Esta muerte cierra la infancia de María Rafols. Nada sabemos de su primera comunión, que —según costumbre de la época— recibió probablemente más tarde, siendo huérfana ya. Sí sabemos, en cambio, lo suficiente para medir que su infancia fue todo menos regalada. Limpia y serena, sí, porque en la casa había amor y esperanza. Pero dura también: un padre que muere de agotamiento a los cincuenta años, cinco hermanitos muertos, esos cambios constantes de residencia que no se hacen ciertamente por capricho, muestran suficientemente las angustias de una familia campesina de la época para sacar adelante a sus cinco hijos. Cuando mañana hable de pobreza, no lo hará como María Antonieta cuando se disfrazaba de pastora. Cuando se sienta rodeada por el abrazo de la muerte de tantos y de tantos, ese abrazo le sonará a co-

nocido. Amará al pueblo como quien de él ha salido. Su débil contextura física —proveniente probablemente de una infancia subalimentada— será la que la haga vivir con una mala salud de hierro hasta los setenta y un años. Y estará ya todo en el misterio de esta niña silenciosa y enérgica, crecida entre los campos pantanosos del Panadés.

Capítulo III

LOS AÑOS OSCUROS

Pero —como si María Rafols quisiera calcar al pie de la letra la vida de Jesús— los años verdaderamente oscuros de su vida son los que siguen, los que van en su vida desde los trece a los veintitrés años y en la historia desde 1794 a 1804, los años en que también ella, a su medida, «creció en gracia y sabiduría ante los ojos de Dios» y sin que lo conociéramos los hombres.

En el capítulo quinto de esta historia nos encontraremos a María como una mujer ya fuerte, capitaneando a un grupo homogéneo que tiene ya todas las trazas de una verdadera comunidad. Pero todo son preguntas sobre cómo surgió ese grupo y quién y por qué razones encomendó a María Rafols ese liderazgo, que tenía que ser ya entonces sólido y fuerte para soportar la tremenda prueba que se encomendaba al grupo y que se mantendría allí donde fracasó el gemelo grupo masculino que las acompañaba. Y todo son también preguntas sobre cómo la chiquilla que acabamos de dejar en el capítulo anterior adquirió la tremenda grandeza de alma que se le exigiría en 1808 y en las difíciles horas de los años siguientes. ¿Cuándo y cómo surge en ella la vocación religiosa? ¿Dónde y cuándo la realiza? Porque, evidentemente, hay que excluir la hipótesis de que el grupo que el P. Bonal llevó a Zaragoza en 1804 acabara de constituirse con un grupo de muchachitas «pescadas» en pocos días por los pueblos y hasta entonces dispersas. Todos los hechos ocurridos en Zaragoza en aquellos años nos muestran que antes hubo

ya entre ellas un germen de comunidad suficientemente sólido e institucionalizado. Y muestran igualmente que María Rafols tenía ya sobre ellas una verdadera autoridad y no la simplemente surgida de una elección que hubiera sido hecha a última hora por el P. Bonal. Al menos, parte de aquel grupo existía ya antes como grupo y reconocía ya como líder espiritual a nuestra protagonista.

Para responder a estas preguntas hay, por el momento, tres hipótesis posibles y parece que, con los datos de que hoy disponemos, no puede darse un asentimiento tajante a ninguna de las tres.

La más tradicional es la que coloca a la Madre María durante estos diez años en las religiosas Sanjuanistas de Barcelona. Por esta posibilidad se inclina abiertamente Sanz Artibucilla en su *Vida documentada* de la Madre. Pero, desgraciadamente, sus argumentos no parecen muy concluyentes.

Es cierto —sí— que de María Rafols desaparece toda traza en los libros parroquiales de la zona de Vilafranca. Ni aparece en la actividad de las cofradías religiosas de la comarca, ni tenemos datos siquiera de su primera comunión. Todo hace pensar que María se aleja de Vilafranca del Panadés apenas muerto su padre. Esta ausencia dejaba en difícil situación a la familia: la madre queda con cuarenta y tres años al frente de cinco hijos, y si el mayor, Juan, tiene ya veintidós años, las restantes, mujeres todas, tienen aún dieciséis, trece, nueve y siete años, respectivamente. Para colmo, todos los hombres —padre y hermanos de la madre— han muerto en esta casa poblada de mujeres. Si se recuerda que estamos en 1800 y que la familia no cuenta siquiera con el molino que tuvo en años anteriores, se descubrirá qué difícilmente se llenaban tantas bocas.

En estas circunstancias es lógico que, si María ha descubierto ya en su interior una llamada religiosa, busque ahora la manera de realizarla y, al mismo tiempo, de liberar a su casa de una carga más, quedando sobre todo, como quedaba, su hermana Margarita, la mayor del grupo, para ayudar a su madre.

No es, por todo ello, inverosímil que María buscara un nuevo puerto en Barcelona. ¿En el convento de las Sanjuanistas y guiada a él por don Manuel de Montolíu, que era, por aquellas fechas, comendador de la Encomienda que los Sanjuanistas tenían en Vilafranca? No parece que pueda excluirse sin más, ya que, efectivamente, estos tenían no poco peso e influencia en la zona de Vilafranca de la época.

Son, sin embargo, pocos los datos positivos para afirmarlo. Ninguno documental de la época. No aparece concretamente en ninguna de las listas de las religiosas de este convento en Barcelona por aquellos años. Y existen varias. Y no es sólido el argumento de que en esta lista figurasen sólo las religiosas «de Cruz Entera», ya que también en esas listas aparecen las religiosas «de Media Cruz». Pero no María Rafols.

Los datos de una presencia de la Madre en las Sanjuanistas nos llegan, sí, por una tradición. Pero esta tradición no consta por escrito hasta comienzos del xx. Cuando el P. Calasanz Rabaza escribe la primera biografía de la Fundadora de las Anas, el único dato que logra recoger es el de que alguien ha oído decir a doña Raimunda de Pont y Travy, priora de las Sanjuanistas, muerta en 1893, que ella, a su vez, oyó decir cuando entró en el convento en 1833 que «algunas señoras de aquella comunidad habían salido para una fundación». Más tarde —ya en 1930 y cuando el prestigio de la Madre Rafols ha subido

hasta las nubes— los testimonios se hacen más precisos y se asegura ya que fue precisamente María Rafols quien presidió esa fundación y que salieron camino de Zaragoza. Pero ¿no estaremos ante esa vieja tendencia de todos los pueblos que quieren atribuirse el origen de los santos y de las grandes figuras? Todos tendemos a creer lo que nos honra.

Hay, por otro lado, dos documentos escritos que obligan a dudar de que María Rafols estuviera allí,

El primero es el encontrado por J. I. Tellechea (y hasta hoy inédito), en el que, en 1812, con motivo de una de las más hondas crisis de la Institución zaragozana, la Madre Rafols está a punto de abandonarla y pide permiso a la Sitiada para trasladarse a las religiosas de la Enseñanza de Zaragoza, sugiriendo que ha estado como colegiala en ese mismo colegio de Barcelona.

Más llamativo y orientador es —a mi modo de ver— otro dato documental. Proviene esta vez del Hospital de Huesca, fundación gemela a la de Zaragoza y pilotada, como esta, por el P. Banal. En su archivo nos encontramos un acta de 13 de septiembre de 1831 en la que la Junta Directora de la Casa señala que la escasez de medios es tal que el Hospital tendrá que despedirse de dos de las cinco hermanas que en él trabajan y que, «deseosa la Junta de realizarlo con el decoro que se merecen, lo pone en conocimiento de la Sitiada para que esta vuelva a reunir las a la comunidad y establecimiento de que salieron cuando vinieron». A este escrito se responde el 29 de septiembre con otro escrito en el que se manifiesta «que las primitivas Hermanas no salieron de ninguna comunidad, sino que su director, Juan Bonal, las fue reuniendo de varios puntos y dándoles el hábito en diversos parajes; esto es, que no hubo centro común de donde sa-

lieran para venir acá, ni adonde deban volver en el caso tan extraordinario como el actual».

Tras estos datos, ¿será muy aventurado creer que el grupo zaragozano y la misma vocación hospitalaria de la Madre Rafols haya que buscarla sobre todo en torno a las diversas formas de hermandades en las que el P. Bonal se movió, las del hospital de Santa Cruz de Barcelona o las fundaciones de Mataró, Cervera o Valls? En mi opinión —y mientras aparezcan nuevos datos—, este sería el verdadero camino.

Nacimiento de las «Hermandades» de Cataluña

La Iglesia es una comunidad muy especial, llamada a desconcertar siempre a cuantos se acerquen a medirla con baremos propiamente humanos. Porque en ella pueden darse todas las paradojas. Es cierto que, en su conjunto, no supo en estos años medir el espectacular giro que estaba produciéndose en el mundo; cierto que en el campo de las ideas se rezagó en estas décadas en proporciones que prácticamente no fueron reparadas hasta el Vaticano II; es cierto también que se dejó arrebatar banderas —la libertad, la igualdad, la fraternidad entre los hombres— que eran originariamente suyas; y no es menos verdad que vivió este fin de siglo con una mediocre atonía que no parecía corresponder a la tormenta que sobre ella se cernía, limitándose a posturas baratamente condenatorias o defensivas. Pero un observador que no se ciegue tendrá que reconocer que precisamente en estos años, aparentemente mediocres, estallaron en la Iglesia mil nuevas hogueras de caridad.

Pablo VI —que tan profunda visión histórica poseía— se preguntó en cierta ocasión qué respondería la Iglesia del futuro a quienes le preguntasen dónde estaba ella en las horas dramáticas de nuestra historia contemporánea, qué hacía ella mientras el mundo vivía un cambio tan brutal de costumbres como el nuestro. Y soñaba Pablo VI que se podría entonces responder: «La Iglesia amaba». Mientras el mundo luchaba por el poder, la Iglesia amaba. Mientras los hombres discutían sobre las nuevas ideas, la Iglesia amaba. Mientras llegábamos a la Luna y surcábamos el universo, la Iglesia amaba.

Esta afirmación es perfectamente válida para la España y la Cataluña de este fin del siglo XVIII. La Iglesia, que tardó casi un siglo en encarar los grandes problemas intelectuales de la increencia, estaba ya amando. La Iglesia, que se presentó con gran retraso a la mesa de las ideas sociales, estaba dedicada a amar en el afán de cada día de muchos de sus hijos. De los mejores al menos.

No es retórica esto que escribo. Carecimos en aquellos años de grandes teólogos, apostamos en política por todos los caballos que perdían, nos equivocamos uniéndonos a todas las instituciones que se iban a venir abajo, temimos a la democracia que se acercaba como si fuera un demonio en lugar de descubrir las raíces cristianas que traía en su entraña. Nos equivocamos en todo o casi todo. Menos en la caridad. Fallaron los listos. Funcionaron los santos. No tuvimos grandes genios. Pero surgió toda una red de pequeñas pero magníficas iniciativas de amor. La Iglesia fue débil en las universidades y seminarios, perdió la batalla del libro y del periódico. Pero supo estar al lado de los que sufrían, vivió en este período, quizá con mayor apasionamiento que nunca, como una verdadera Iglesia de los pobres.

Sería tal vez hermoso pintar a María Rafols como un genio que brilla solitario en lo alto. Pero no sería verdad. Lo hermoso de su destino y de su vocación es que fue una hoguera más entre las muchas hogueras que la Gracia encendió por aquellos años en Cataluña y Aragón. Hay horas, sí, en su vida en que parece elevarse como un astro glorioso de heroísmo. Pero su gloria verdadera está sobre todo en las horas de lucha cotidiana, junto a sus hermanas y junto a muchos otros cristianos, más o menos anónimos, que, durante aquellas décadas, tuvieron en sus manos la antorcha, el honor de la cristiandad. En un tiempo de papas que —salvo excepciones— no brillaron por su claridad de comprensión del mundo en que vivían, en un siglo en el que la teología vegeta, es la beneficencia la que «salva el honor» de la Iglesia, la que demuestra que lo mejor del Evangelio —la caridad— no se ha dormido. Es literalmente como si el Espíritu Santo hubiera soplado sobre el brasero de Cataluña para demostrar que la fe estaba mucho más viva de lo que la ceniza de la mediocridad hacía creer.

Porque hay en Cataluña en este período un borbotar de iniciativas que precederán en casi medio siglo a las muchas fundaciones que en la segunda mitad del XIX aparecerán en toda España con una auténtica corte de santas y santos fundadores. Sólo entre 1850 y 1868 surgirán 20 órdenes femeninas dedicadas a la beneficencia o a la educación, casi una por año. María Rafols tendrá la fortuna de ser de las primeras, casi la única que da verdadera consistencia a su empresa entre las nacidas en las primeras décadas del siglo. Luego, tras el portaestandarte, vendrá el brillante ejército.

La primera chispa ha llegado de Francia y surge de la gran hoguera que arranca de Vicente de Paúl y Luisa

de Marillac. Pero prenderá en formas nacionales y autóctonas.

Porque el tema de la beneficencia tiene en toda la historia de España tintes muy especiales. Que quedan tal vez recogidos en la famosa cuarteta. Cuentan que en el siglo xvii un ilustre ricachón, después de haber exprimido y explotado durante décadas a todos los vecinos de su localidad, decidió, en signo de generosidad, invertir buena parte de su peculio en construir un gigantesco hospital para los pobres del pueblo. Y escribió en una lápida el día de su inauguración:

*«EN PRUEBA DE CARIDAD,
EL ILUSTRE JUAN DE ROBLES
CONSTRUYÓ ESTE HOSPITAL»*

A lo que una mano anónima añadió el cuarto versillo con su rima y todo:

«PERO ANTES HIZO A LOS POBRES»

Así el catolicismo español ha sabido mantener siempre muy unidas injusticia y beneficencia, y, asombrosamente, con frecuencia eran las mismas manos las que hacían la herida y ponían la venda. En otros —y esta es la gloria de los mejores— era una tercera mano la que en un país de puñaladas ponía lo único que tenía: un poco de amor.

Lo cierto es que la geografía española estuvo siempre cubierta de hospitales y que el verdadero problema era, más que su falta, su multiplicación y la miseria en que los más —haciéndose la competencia— vivían. A principios del xix tenemos datos en España de 7.347 casas

de caridad, 2.231 hospitales, 106 hospicios, 67 asilos de niños expósitos, todo ello en una nación de diez millones de habitantes. De alguna ciudad con muy pocos miles de habitantes, como Ávila, sabemos que había allí cinco hospitales, cada uno con su patronato, con su junta, con su administrador, con sus enfermeros y médicos, con una impresionante multiplicación de gastos que hubieran podido evitarse con un mínimo de colaboración. Pero se trataba de instituciones que «honraban» a la familia de los fundadores, aunque muchas de esas fundaciones estuvieran ya perdidas en el tiempo y no produjeran renta alguna.

Se entenderá, por todo ello, que los ilustrados combaten este tipo de instituciones. Y nos equivocáramos viendo en todas sus críticas e incluso desamortizaciones un simple ataque a la Iglesia. Era cierto que la beneficencia necesitaba una urgente reforma en aquella época. Aunque con frecuencia ocurriese —como es habitual— que los «reformadores» atacasen más a los más débiles e intentaran comenzar su reforma precisamente por donde menos necesaria era. Algo muy semejante a lo que hoy está ocurriendo en varios países. Porque, asombrosamente, aquel comienzo del xix se parecía en lo hospitalario a lo que hoy vivimos. Nacía entonces un cierto tipo de tránsito desde la beneficencia privada a la pública, desde la caridad a la filantropía, desde los hospitales dirigidos por juntas de nobles y obispos a direcciones de tipo más democrático gobernadas por ayuntamientos o diputaciones. Es en este momento, mientras pululan los reformadores que tienen grandes «ideas» para mejorar la sanidad, pero que al final nada reforman aunque cambien mucho, cuando surge una serie de iniciativas de la mejor raíz evangélica que no sueñan grandes reformas,

pero que ponen la mano en el enfermo para remediar el dolor y la suciedad de cada día.

La primera gran hoguera la ha encendido hace ya casi dos siglos en Francia San Vicente de Paúl, pero, asombrosamente, las Hijas de la Caridad no han logrado penetrar en España. Hay para ello una profunda razón: las juntas que dirigen los hospitales españoles tienen muy clavada la idea de que son ellas quienes verdaderamente llevan sus riendas. Y se oponen tajantemente a la sujeción y dependencia de los superiores de París que las Hijas de la Caridad quieren tener. Además, en aquel primer momento aún no se digiere en España la idea de que una religiosa atiende a los enfermos varones y mucho menos cuando se trata de las enfermedades venéreas, entonces tan difundidas en España. Esta es la razón por la que no las veremos llegar hasta 1790 al Hospital de Barcelona, y aun allí para que surgieran pronto, por esas razones, problemas que las desviarían hacia Lérida, Reus y Barbastro.

Por esta época hay en Barcelona un intenso movimiento de caridad. En 1784, un grupo de menestrales, habituados a asistir a los enfermos en sus horas libres, se dirige a la Junta del Hospital barcelonés de la Santa Cruz para exponer su deseo de «dejar todos los cuidados del mundo, para emplearse enteramente en cuidar a los pobres enfermos». Dirige el grupo Jaime Sayrols, tendero de ropas. Y en el grupo hay tejedores, cordeleros, drogueros, carpinteros, cereros, etc. Al hacer su solicitud no imponen condición alguna; se ponen a entera disposición de la Junta. Más tarde encontraremos algo parecido referente al Hospicio de Barcelona.

En ambos casos la Junta ve el ofrecimiento como llovido del cielo. Afortunadamente □ desde el punto de vis-

ta suyo—, estos grupos no tienen intención de formar un cuerpo o Congregación estable, sino simplemente sustituir sirvientes alquilados por otros voluntarios y gratuitos. Y la Junta se cuida muy mucho de amarrar bien las condiciones: el ejercicio de la caridad sería libérrimo, que hoy podía tomarse y mañana dejarse. No se ligarían con voto alguno. La admisión o expulsión de los Hermanos dependería plenamente de la Junta. No tendrían un superior, ni rezarían oficios, ni podrían adquirir o tener propiedad común alguna. Podrían comer juntos, «pero sin sombra ni apariencia de comunidad o cosa que se le parezca». No usarían hábito religioso, «porque uno de los indicios que acreditan más la distinción de algún cuerpo o Hermandad es la singularidad en el vestido»; sólo llevarían el cuerpo ceñido por una correa y el escudo del Real Hospicio sobre el pecho. Los ejercicios espirituales los harían siempre en la capilla, pero no serían presididos por un Padre encargado de distribuir oficios, porque esto es «lo que más repugna a la idea de que no formen ni lleguen a formar cuerpo separado». Los dirigentes del Hospicio querían, como se ve, repicar e ir en la procesión. Consegúan, sí, dominar el grupo, pero, al mismo tiempo, le minaban toda forma de estabilidad y organización. De ahí que estas dos instituciones —y varias otras surgidas en esos años: los hospitales de Mataró, San Jaime de Olot, Cervera, Figueras y Tarragona— vivieran en esa tensión entre el férreo corsé que las juntas ponían como obligatorio y la inevitable tendencia a la autonomía e institución que todo grupo experimenta. Probablemente, a esta tensión se debe un cierto flujo y reflujos de estas instituciones, los cambios de personas, el que veamos aparecer y reaparecer algunos nombres en diversas instituciones. Es, pienso, algo bastante parecido

a lo que ocurre en nuestro siglo con algunos tipos de Comunidades de Base: es permanente el hervor, no lo son las personas ni las formas de organización. Y así es como Barcelona —según la constatación de Tellechea— «se iba convirtiendo en semillero de vocaciones, en escuela de preparación; no era difícil que se fuera convirtiendo en una especie de Casa-Madre de las distintas hermandades» a pesar de la presión de las juntas de los hospitales. ¿Surgió de este semillero María Rafols junto a sus compañeras? Es lo más probable. Lo es, al menos, que allí pasara los últimos años o meses antes de partir para Zaragoza, que allí conociera a sus compañeras, que allí fuera amasándose el primer grupito, que allí hicieran su profesión religiosa. Y esto en una o varias de aquellas hermandades que intercambiaban sus miembros. Pero quizá muy especialmente en las de Valls y Cervera. Porque aquí van a aparecer dos nombres fundamentales para nuestra historia: don Jaime Cessat y don Juan Bonal, dos colosos del espíritu que bastarían para llenar de luz un siglo de mediocres.

Capítulo IV

UN GIGANTE LLAMADO JUAN

El 28 de diciembre de 1929 —tal vez por tratarse del día de los Inocentes—, el ayuntamiento de Zaragoza tomó una sorprendente y hermosa decisión. En vísperas de esta fecha había declarado a mosén Juan Bonal «héroe de los Sitios» y se disponía al día siguiente, 29, a inaugurar en su memoria una calle, cuya lápida estaba, incluso, ya grabada. Pero he aquí que alguien apuntó que no era la elegida una calle suficientemente digna de tamaño personaje y se optó por retrasar esta fiesta y dedicarle «una de las principales del nuevo ensanche, en atención a la importancia del heroico sacerdote». Mas debió de tratarse —como ya he señalado— de una jugada de la bromista fecha: porque cincuenta y dos años más tarde aún no ha encontrado el ayuntamiento zaragozano una calle suficientemente digna del heroico sacerdote.

Afortunadamente, en estos años pasados se ha dedicado al P. Bonal algo mucho más importante que una calle: me refiero a los dos impresionantes volúmenes de documentos —y se espera la edición de otros dos— que la paciencia y la entrega de José Ignacio Tellechea ha logrado desenterrar acá y allá. De ellos surge, poderosa y enorme, la figura de un coloso de la caridad, de uno de esos personajes que serían, por sí solos, capaces de salvar a un siglo.

Dejaré la palabra al investigador:

La vida de Bonal discurre sin pausa al servicio de los enfermos, o mejor, se consume en aras de la caridad, de una caridad auténticamente heroica. Si el heroísmo se manifiesta aparentemente con más fulgor en momentos que parecen exigir hasta el último aliento de las posibilidades humanas, como fueron los de los Sitios, no es menor en los largos años de paz que siguieron a aquella efemérides célebre en los anales de la Ciudad Inmortal. Sólo con heroísmo se podía asistir a los prisioneros apestados de Torrero, pedir limosnas por las calles zaragozanas, recorrer pueblos —algunos miserables— en demanda de limosna, sin rechazar las ofertas más modestas, como trapos para vendas e hilaza para hacer lienzos. Sólo con heroísmo se podían sufrir incomodidades, humillaciones, inclemencias de tiempo, peligros de bandoleros, escrupulosas rendiciones de cuentas, la separación de la Hermandad por él fundada, hasta detenciones y secuestro de las limosnas recogidas. Nadie podrá adivinar el heroísmo que encierran estas interminables listas de villas y lugares recorridos, en que sólo se registra puntualmente —y por obligación— hasta el último real o maravedí cobrado o gastado, mientras se silencian el cupo de fatiga, de dolor y de desprecio que suponía tan pesado ministerio, y la irradiación espiritual que implicaban la predicación y, sobre todo, las largas horas transcurridas en la penumbra de los confesonarios. Existe un heroísmo fulgurante y aparatoso y otro silencioso y sin brillo. De ambos se puede hablar en la vida de mosén Bonal, y acaso más del segundo que del primero; a lo menos fue más continuado y no tuvo la compensación de la gloria humana.

Quiero detenerme a destacar esta última e importantísima distinción, porque tal vez tanto el P. Bonal como la Madre Rafols han sido víctimas de un falso concepto de heroísmo. Redescubiertos sus dos nombres a principios de siglo —en una hora de exaltación romántica— y

a la sombra de los festejos centenarios de los Sitios, se vieron ambos rodeados de sendas aureolas que, siendo importantes, puede que no fueran las suyas o —al menos— las más centralmente suyas. Con ello sus figuras quedaban expuestas a un fenómeno de «reduccionismo», elevadas a la categoría de estatuas o de mitos, hermanos gemelos de Agustina de Aragón o de Palafox. Y es cierto que ambos brillaron en los Sitios. Pero su brillo más importante fue su oscuridad, su lucha diaria por una caridad no brillante, aquello para lo que no es suficiente el coraje ardiente de una hora —coraje de corto plazo que incluso almas muy mediocres son capaces de tener en unas determinadas circunstancias bajo el fuego del entusiasmo o la cólera—, sino ese otro largo coraje de amar cada día durante meses, años y décadas. Se ha dicho mil veces que los españoles somos magníficos para luchar y morir. Desgraciadamente, no lo somos tanto para amar y vivir día tras día. Afortunadamente, Juan y María, que supieron arder como españoles en un determinado momento histórico, supieron también —antes y después— seguir amando como hombre y mujer de Dios que eran. Y esta hoguera diaria es —mucho antes que la otra— la que dibuja sus verdaderos rostros.

Juan Bonal no aparece en sus cartas y escritos como una lumbrera de la inteligencia. Incluso su diagnóstico sobre los males que atraviesa su mundo es un tanto corto. Pero era, en cambio, un cura de corazón entero.

Hubo, sin embargo, un tiempo en que su vida pareció querer encarrilarse por los caminos de la cultura. Estudió, siendo aún seglar, Filosofía en la Universidad de Huesca y, sin concluir sus estudios, hizo ya y ganó una primera oposición de Gramática en las villas de Ripoll y Sampedor, en las que ejerció actividades docentes. Pero

la vocación sacerdotal ardía ya en él. Y renunció a su cátedra «por no abandonar su carrera». Estudió Teología con los dominicos en Barcelona y la fortuna (que es el nombre que damos a la Providencia cuando no nos atrevemos a llamarla por su nombre) le lleva a concluir sus estudios a Zaragoza, donde completó la Teología y estudió Historia Eclesiástica. Varias veces actuó en celebraciones públicas en Zaragoza y es muy probable que de este periodo lleguen los lazos que más tarde le traerían a esta ciudad aragonesa que iba a ser el centro de su apostolado fundamental.

Pero aún no habían muerto sus sueños literarios. Por estos años vuelve a opositar a la cátedra de Gramática en Reus y logra que se le confiera el magisterio en esta villa, en la que vivirá siete años dedicado a la enseñanza.

¿Dedicado? No enteramente. Documentos de la época nos cuentan que, «además del desempeño completo de la enseñanza de la juventud, se ocupó —durante estos siete años de Reus—, con edificación del público, según lo permitían sus tareas, en visitar a los encarcelados y enfermos del Santo Hospital; y en los últimos cinco años, que fue ya sacerdote, además de los precitados y otros actos de beneficencia, se dedicó a instruir niños desamparados y doncellas abandonadas», a lo que se añadió «un numeroso confesonario que para desempeñarlo no perdonó fatigas y venció varios obstáculos que acostumbraban a ofrecerse en tan santos ejercicios».

Bonal —como afirma Tellechea— «no fue un sacerdote de misa y olla, contento con su pequeña prebenda o cátedra». Al contrario: antes incluso de ser sacerdote vivía ya en plenitud la vocación de la beneficencia: en las cárceles, en los hospitales había descubierto la miseria de su tiempo. Y más que dedicándose a vegetar o a

hilvanar preciosos sermones gerundianos contra la impiedad de su tiempo —como era casi habitual en el clero de la época—, Bonal respondió con lo que tenía: con sus manos, con su entrega de cada día, al servicio de los «pequeñuelos» del Evangelio. Incluso más tarde, pensando que la enseñanza le robaba horas para la que iba descubriendo como su verdadera vocación, renunciará completamente a su cátedra y pasará, como vicario, al hospital de Santa Cruz de Barcelona. Estamos en marzo de 1804.

Es esta, como ya hemos señalado, una hora alta para los hospitales de Cataluña, y Bonal tendrá simplemente que añadir su llama a las muchas que ya arden en el Principado.

En estos años hay que situar su encuentro con quien sería su gran amigo, director espiritual y modelo apostólico: don Jaime Cessat. Bonal tenía en 1800 treinta y un años. Cessat —tras un tiempo de secretario de cámara del arzobispo de Tarragona, Armañá— era párroco de Valls desde 1786.

En 1798 nos lo encontramos comprometiéndose con acta notarial a sufragar los gastos de construcción y equipamiento de un hospital para la asistencia de los enfermos sin recursos, principalmente vecinos de Valls. Promesa que cumplirá en plazo de dos años.

Pero el problema no era la construcción del hospital, sino a quién encargar su dirección y tareas. Por lo que sabemos, la primitiva intención del doctor Cessat era la de llevar Hermanas de San Vicente de Paúl, santo al que tenía una devoción y admiración sin límites. Mas pronto surgió la misma dificultad que en otros lugares: el ayuntamiento de Valls se opuso a la admisión de una comunidad autónoma, por lo que el doctor Cessat tuvo

—Dios sigue escribiendo derecho con renglones torcidos— que acudir a una solución doméstica: encargar el hospital a tres doncellas vallesanas «interim y hasta que tengan concedido el establecimiento de las Hermanas de la Caridad que se espera conseguir».

Los nombres de esas tres doncellas vallesanas deben quedar aquí consignados, porque ellas fueron el origen de la gran hoguera: Paula Domingo, Teresa Bainages, Josefa Montserrat. Las tres eran —como exigía el reglamento que entonces se elaboró— «mujeres doncellas o viudas de acreditada virtud, conducta y suficiente instrucción para el desempeño de su trabajo». Ellas —y las cuatro que un año después se habían añadido—, «animadas del espíritu de la caridad, no percibían salario alguno por su trabajo, aunque eran mantenidas por el hospital».

Los primeros documentos sobre esta fundación —y sobre la gemela que pronto surgirá en Cervera— muestran que, aunque su organización pública produzca impresión de provisional, en la mentalidad del doctor Cessat estaba ya la idea de una verdadera congregación institucionalizada. Su reglamentación es la de un verdadero instituto. Se habla de la superiora, que es electiva; de la vicaria, de juntas y de actos de comunidad; de la adquisición de patrimonio propio; se puntualizan los deberes de las maestras de novicias, el modo de admisión de nuevas candidatas. Y no se hace la menor alusión a la intervención de las juntas administrativas de los hospitales. ¿La inspiración espiritual? Evidentemente vicentina, pero interpretada con mucha libertad. El doctor Cessat sabe muy bien de qué fuentes bebe, pero actúa como un verdadero fundador.

Hay más: el doctor Cessat es consciente de la debilidad que la atomización da a estas diversas comunidades

y sueña con una fusión de todas ellas bajo una superiora general. Llega, incluso, a dibujar un sello común a todas las hermandades, presidido por la palabra España.

¿Cuál es en esto el papel del P. Bonal? El de compañero, consejero, cofundador, lo que se desee. Cessat todo lo consulta con él y el propio Bonal actúa —trayendo y llevando religiosas— como con una verdadera autoridad moral sobre todas ellas. En este sentido es decisiva la carta de Cessat a Bonal el 11 de octubre de 1808, en la que dialoga con él sobre los problemas capitales de la organización futura del mutuo sueño. Se ve incluso que es Bonal el paladín de la idea de unión entre las comunidades que «precisan de bases más sólidas de las que han tenido hasta aquí».

El proyecto de uniformidad en todas las hermandades —escribe Cessat a Bonal— lo considero muy interesante, pero no menos arduo. No sé si usted entiende la uniformidad en todas las de España o solamente entre las del Reino de Aragón y Provincia de Cataluña. Si lo primero, sería el caso de que en Madrid tuviesen las hermanas una Superiora general, que lo fuese durante su vida y que, falleciendo esta, se juntasen allí una de las superiores de las casas de cada provincia, para nombrar la nueva Superiora general; y que el nombramiento de la que debería ir recayese sobre la superiora de cada provincia que tuviese más años de Hermandad, pagándola los gastos de su viaje todas las casas de la Provincia.

Este sueño —acariciado ya en todos sus detalles— nunca llegaría a realizarse. Y, efectivamente, muchas de aquellas fundaciones se agostarían. Otras, en cambio, darían copiosos frutos. Entre ellas, como la planta de la mostaza, se convertiría un día en un árbol gigante una de las más pequeñas que acababa de nacer en Zaragoza.

Capítulo V

LA CASA DE LOS ENFERMOS DE LA CIUDAD Y DEL MUNDO

«Domus infirmorum urbis et orbis»: este orgulloso título campea aún hoy en las verjas que ciñen el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Y verdaderamente no carecía de sentido, al menos en el tiempo que cuenta nuestra historia. Porque el Real Hospital de Zaragoza era en su época una de las más importantes instituciones de toda Europa, que es tanto como decir en el mundo entero.

Fundado en 1425 por Alfonso V, a requerimiento del Concejo y la Universidad Zaragozaana, justamente recibió el título de «real», puesto que el rey quiso figurar como su «autor, fundador, rector y protector». Querido por los Reyes Católicos primero, visitado después personalmente por Carlos V y protegido por Felipe II, alcanzará este gran Hospital su mejor momento de gloria cuando prestó en la guerra de Sucesión una importante ayuda al ejército —derrotado cerca de Zaragoza— de Felipe V, que volcaría su ayuda como agradecimiento sobre el Hospital en momentos en que su situación era realmente precaria.

Antes que él, reyes y papas le habían honrado con todo tipo de títulos. Desde Roma se le condecoró con el laurel del asta del Unicornio; el papa Clemente VII concedió a todos los cofrades del mismo y a cuantos ayudasen a su conservación «todos los privilegios, indultos, exenciones, libertades, inmunidades, indulgencias plenas y parciales» que cualquiera de sus predecesores

hubiera concedido a las más importantes instituciones o basílicas romanas.

Felipe V se inclinó por las ayudas prácticas. Y concedió al Hospital muy jugosos impuestos sobre la venta de las carnes o la fabricación del jabón que se hicieran en la comarca; le concedió la exclusiva en la impresión de abecedarios, calendarios, cartillas, catecismos, cuadernillos de rezo y gacetas. Concedió más aún: derecho de imponer impuestos en todos los «juegos de truco» y de pelota, así como de organizar rifas de alhajas y la famosísima del cerdo. Todo ello aparte de tierras, casas e incluso algún molino de aceite. De ahí sacaba el Hospital una renta superior a 1.076.000 reales de vellón anuales, ello sin contar lo que el cariño de los vecinos de Zaragoza y Aragón quisieran dejarle en sus testamentos, pues «era costumbre que todos al morir dejasen algún legado o estableciesen algún censo en favor del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, hasta el punto de ser obligatorio para todos los notarios el preguntar a los que testaban si dejaban algo para el Santo Hospital». Los fueros de Aragón de principios del siglo xx vinieron a confirmar esta obligación notarial.

Con todo ello, es claro que estamos ante un centro que era literalmente la niña de los ojos de Aragón y Zaragoza, razón por la cual el Hospital no carecía de nada. Que el P. Jerónimo Román le llamase «la mayor casa que hay en la cristiandad», no era muy exagerado.

Su gigantesca fábrica —de la que hoy no existe ni una sola piedra, tras su incendio y destrucción en 1808— ocupaba una barriada entera y cubría prácticamente todas las calles que hoy van desde el Coso hasta la iglesia de Santa Engracia, que quedaba adosada al gran Hospital. En su precioso patio de arcos —del que quedan algunos

dibujos— se celebró el recibimiento de las Hermanas del que hablaremos en nuestro próximo capítulo. En torno a él surgían salas y salas capaces de albergar simultáneamente a más de 2.000 enfermos, aunque en los días de peste o en el primer Sitio de Zaragoza llegara a recibir hasta 6.000. Contaba con pabellones especiales para cirugía, para tiñosos, expósitos, para enfermos «gálicos» (enfermedades venéreas) y, sobre todo, para lo que era su gran especialidad, que le daba fama entre los médicos europeos: la atención a los dementes y locos.

El papel que el Hospital jugaba en la ciudad se comprenderá más fácilmente si se piensa que por él pasaba anualmente más del 10 por 100 de la población zaragozana, signo dramático del pésimo estado sanitario de aquella época. Porque Zaragoza —a pesar de su enorme importancia por ser la quinta población de la nación y por estar situada en el mismo centro de la comunicación de Madrid-Barcelona-Valencia-Bilbao— era en aquel tiempo una pequeña ciudad. Los 28.000 habitantes que tenía en el siglo xvii se mantuvieron casi estables hasta 1750. Subieron en 1800 a unos 43.000 y aún en 1900 no habían alcanzado los 100.000. El vertiginoso crecimiento de la ciudad es, realmente, muy reciente.

Piénsese lo que podía suponer en una ciudad de 43.000 habitantes un hospital por el que pasaban cada año de 6.000 a 8.000 enfermos, llegando a 12.000 en los años de epidemias.

Afortunadamente contaba el Hospital con una magnífica organización que le venía ya desde que en 1681 fray Pedro Tris, obispo de Albarracín, escribiera su reglamento. En él se establecían tres órdenes de dirección: la más alta, encargada de todo lo económico y formada por un grupo de nobles y eclesiásticos —presididos por

el arzobispo de la ciudad—; la formada por un grupo de «pasioneros», encargada de lo espiritual; y la médica, formada por un nutrido cuerpo de facultativos. Para medir qué fino se hilaba en todos estos campos recordaremos que a algunos de los confesores y pasioneros se les exigía saber italiano, francés y vasco para que pudieran atender a los enfermos de estas lenguas. Y que el cuerpo facultativo estaba formado en 1785 por cinco maestros cirujanos, dos médicos y dos bachilleres velantes, aparte de un nutrido grupo de mozos sirvientes.

Pero, como la famosa estatua de Nabucodonosor, la magnífica obra del Hospital tenía los pies de barro: era precisamente ese grupo de mozos que atendían a los enfermos lo que anulaba la enorme buena voluntad de quienes dirigían la famosa institución. Y, de hecho, tras una magnífica fachada, el Hospital distaba mucho de ser una maravilla en su funcionamiento diario. Sin llegar al espanto de muchas otras instituciones de beneficencia de la época —que o languidecían como tristes «morideros» o se habían convertido en simples lupanares—, en el de Zaragoza habían hecho su cobijo la trampa, el desorden y la vagancia.

Véase, por ejemplo, el informe que los directores del Seminario de San Carlos envían al conde de Sástago referido precisamente a los años anteriores a la llegada de las hermanas:

Para poder informar a V. E. con la ingenuidad y verdad propia de nuestro carácter, nos ha sido preciso recorrer con la imaginación los tiempos antecedentes a la admisión de las Hermanas en esta Santa Casa y renovar en nuestra memoria la poca diligencia y limpieza de sus sirvientes, y los escándalos de estos y los entrantes que aquellos permitían: pues apenas se podía

entrar en dicho hospital sin tropezar por los tránsitos y salas, especialmente en cirugía, con hombres y mujeres inmodestos, ya conversando por los rincones, ya sentados largos ratos en las camas de algunas enfermas menos agravadas. Apenas se podía sentar un confesor a la cabecera de un enfermo sin gran cuidado de no mancharse su ropa en las aguas e inmundicias del suelo y recoger algunos insectos de sus camas; esto sobre el hedor que estas y las salas despedían. Apenas podíamos lograr una vez al predicar la quietud, silencio y atención regular, ya en los enfermos y ya más particularmente en los sirvientes, que unas veces estaban a la misma vista del predicador comiendo y bebiendo, otras fumando y parlando y otras también jugando a naipes y retozando. No se podían contar las muchas y repetidas quejas de los enfermos, que apenas podían conseguir de los sirvientes que les hicieran una jícara de chocolate u otra cualquiera friolera extraordinaria, sin gratificarles algún dinero o hacer otro sacrificio de su miseria; y aun en las cosas con que les asiste la casa, no podíamos dejar de advertir la precipitación y el mal modo con que se les distribuía, tirándoles encima de las camas el pan, la carne, los huevos o bizcochos que les pertenecían y pasando por delante con el caldo, sin hacer instancia a los desganados e inapetentes para que lo tomasen; dejando aparte el comercio de raciones y la sustitución de estas en dineros o golosinas, y la frecuencia con que se les defraudaba enteramente de ellas por los sirvientes o entrantes; y prescindiendo de lo simple del caldo, su guiso y sazón, de que frecuentemente se quejaban los enfermos; todo esto, Señor, a espaldas de la vigilancia más exacta.

Este vivo retrato nos introduce, mejor que nada, al clima real en que se vivirá nuestra historia: mundo de picaresca, de latrocinios, que latían al otro lado de la cara venerable de una magnífica institución. Y eso que contaba con dirigentes tan vigilantes, tan realistas y entrega-

dos como ese mismo don Vicente Fernández de Córdoba, conde de Sástago, a quien va dirigido el informe que acabamos de citar.

Un segundo paso en el conocimiento de esa realidad nos lo va a ofrecer un apasionante memorial del propio conde de Sástago, encontrado recientemente y aún inédito, en el que, a lo largo de 40 folios manuscritos, trata de resumir toda su amplia experiencia de cuarenta años trabajando en el mundo de los hospitales. Resumiré algunos de sus párrafos más significativos (dejando para otro lugar las dos apasionantes páginas que en este mismo memorial se dedican a las Hermanas de la Caridad).

Se abre el informe con una muy curiosa y apasionada defensa de la necesidad de los hospitales, dado que precisamente en esta época comenzaba a ponerse en duda su conveniencia por hombres del calibre del mismo Jovellanos:

El ciudadano enfermo y pobre es uno de los objetos de más importancia, pues, sobre ser el arte de la caridad superior, es el más útil a la religión, política y al Estado, porque por sí no puede ayudarse. Sin hospitales, ¿cuántos morirían sin la asistencia espiritual y temporal? ¿Cuántos encontraríamos muertos en las calles y en los rincones más hediondos de las casas si no tuviéramos el socorro de los hospitales? Yo confieso que es cierta en parte aquella opinión que los supone inútiles y aun perjudiciales, por tenerlos por protectores de la vagancia, de la mendicidad y por aquella opinión de que no me faltará el Hospital. Si los fieles cumplieran con la obligación de asistir y curar a los enfermos, socorrer al pobre y recibir al peregrino, conforme con las obras de misericordia [...]. Esta opinión es muy buena [...] de palabra. Pero ¿qué somos los hombres? Si cumplimos tan mal que no cumplimos con nuestras obligaciones que

nos interesan a nosotros mismos, ¿cómo cumpliremos con las que pertenecen a nuestros prójimos?

Defendida la necesidad de los hospitales, pasa a trazar un retrato de quienes a ellos acuden:

Nadie ignora que a los hospitales sólo van a curarse los que no tienen otro arbitrio, los hombres debilitados de su miseria, los vagos, sin oficio ni beneficio y los enfermos viciosos o voluntarios, que estos son los más [...]. Los más que van a un hospital apenas han conocido cama, pan blanco y carnero. Este regalo es causa de que se abuse de las estancias, lo es también de fingir accidentes, pues toda esa especie de gentes saben tener calenturas a la hora que les conviene, se quejan de un dolor que no se ve y que sólo se averigua sabiendo las estratagemas de esta gente. Pudiera citar muchos ejemplos, pero me contentaré sólo con dos: un venerable viejo al que no le podíamos hacer salir del Hospital, sabiendo que estaba bueno, con pretexto de limpieza para facilitar su curación, le mandé afeitar unas famosas barbas que le llegaban al pecho. Inmediatamente que vio la operación que se le iba a hacer, cogió la ropa y echó a correr para guardar el mayorazgo de sus barbas. Otro con cuatro o cinco meses de dolor ciático supuesto, le vi correr muy ligero al ver que le iban a poner una cánula en la parte que decía dolerle. De esta especie de enfermos están llenos los hospitales.

Más tarde se referirá a lo que él llama «gazapos», trampas en materia moral entre los enfermos y sus visitantes. «¿Cómo evitar que Pedro, diciendo que es marido de la mujer del número 5, sea su moza o su concubina? ¿Cómo averiguar si la mujer N. lo es del enfermo N? Y aun así, ¿cómo evitar que la mujer de Pedro vea al enfermo de la cama inmediata indecentemente?» «Estas gentes —los visitantes— son las que roban o cambian las raciones a los enfermos y al Hospital. No faltan de-

pendientes que hacen lo mismo. Y éstas son las raciones que se sirven podridas o con gusanos, quedándose las frescas». «Hay enfermo que vende la ración de pan y carne por una cebolla, un par de cigarros o un trago más de vino».

Subraya después el esfuerzo de limpieza en el hospital de Zaragoza:

Porque en este Hospital no entraba ningún enfermo en cama de otro, sin estar lavado hasta el colchón. Un buen caldo de carnero, un vino el mejor del pueblo, un pan tan bueno como el que comían los canónigos, ¿cuándo lo ha tenido un pobre? Pues aun y así tenían el valor de quejarse, muchas veces de eso mismo y tan injustamente que en muchas de ellas se les hacía creer que se les mudaba el vino y celebraban el mismo que habían despreciado: estos son los hospitalarios.

Grave el problema de los locos en los que el Hospital se especializaba:

Hay locos que ellos mismos se fingen tales por huir muchas veces de las penas que merecen sus delitos; a otros los hacen locos sus mujeres, sus maridos o sus presuntos herederos. Es increíble la maldad que se advierte contra estos infelices y cuán escrupuloso es el graduar a un hombre por loco sin serlo. No bastan todas las precauciones de un cuerpo dedicado a este cuidado para que no se experimenten estas víctimas. Declaración de médico, justificación de alcalde y corroboración de cura, sin estos documentos no se admite ninguno. ¿Y cuántos he visto yo cuerdos con estos documentos? He visto infinitos de estos documentos falsos, falsísimos, en los que con facilidad se declaran locos, con la buena conciencia de liberarse de imper tinencias, gastos y cuidados, cuando sólo es la locura genialidad o resentimientos justos. Es increíble el des-

precio y aun vilipendio con que tratan a los locos hasta sus más interesados.

Sigue con este mismo realismo el conde retratando «las maldades horribles que se cometen en todos los hospitales»:

Estancias supuestas, es pecado venial. Visitar y curar en minutos es demasiado celo para con el hospital, el *quid pro quo* de la botica, pan y vino por su dinero, el desgarrar de lienzo para las vendas y apósitos, es poco menos que inaveriguable su robo; el pan corto, la ración de carne lo mismo, el vino bautizado es una hipoteca que produce el 20 por 100; el no dar las medicinas a los enfermos a sus horas, el dejar de curarles, el hacerles burlas, desprecio, incomodidades y aun golpes por los practicantes, es más efectivo que la caridad cristiana. He visto recetar a un muerto, robar a un agonizante y contarle por sano para la ración. ¿Y esto, dónde? En el Hospital que yo me persuado que era el de mejor administración en toda Europa.

Este magnífico documento —por su realismo, su sensatez— creo que sitúa mejor que nada lo que ahora vamos a contar. Un hombre como este conde de Sástago —cuyo espíritu cristiano le hacía concluir su largo informe con estas hermosas palabras: «Si mis borrones son causa del más mínimo alivio de un pobre enfermo, será para mí de gran gloria», a las que se añade el golpe de humor de decir que espera «la compasión de quien lea mis charlatanerías»— no podía contentarse con la situación que tan claramente veía en aquel Hospital, teóricamente un coloso, realmente un nido de ruindades y miseria.

¿Dónde estaba la solución? Los dirigentes del Hospital de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza supieron verlo con claridad: tanta miseria sólo podía ser contra-

pesada con mucha caridad. No hay sueldo en el mundo que, a la larga, compense la entrega de toda la vida para combatir día y noche tamaña pobreza moral y material como la que allí se acumulaba. Sólo un gran amor podía volverlo soportable. Tendrían, pues, que buscar gentes —si es que las había— que por vocación y no por dinero quisieran dedicarse a los enfermos. Y así es como los dirigentes del Hospital se lanzaron a buscar un grupo religioso, una institución que quisiera encargarse de convertir los pies de barro de su gran empresa en una sólida base de amor.

No sería tarea de un día. Ya en 1790 encontramos documentación de esta búsqueda. Efectivamente, en noviembre de este año los miembros de la Junta Zaragozana escribieron a los administradores del Hospital de Santa Cruz de Barcelona «para que se sirvieran dispensarnos el favor de informarnos las ventajas que en él se experimentan, después del establecimiento de la Sociedad de honestas doncellas que unidas en caridad se dedican al cuidado y asistencia de las mujeres enfermas y de los niños expósitos; para poder nosotros (instruidos de esta práctica) examinar si convenía a este, que se halla a nuestro cargo, igual establecimiento».

Los administradores de Barcelona responderán «que era cierta dicha sociedad; pero que estando muy a los principios y no con número suficiente para llenar todos los objetos y departamentos a que debían destinarse; y también que, cuando las que de nuevo se admitiesen, se hallasen con el espíritu y práctica que podrían adquirir, dirigidas por las seis que en París se habían ejercitado con las Hijas de la Caridad, y asimismo tuviesen formados sus estatutos y reglas, en este caso cuidarían de

informarnos de todo, en cuanto en su razón tuviesen por conveniente».

Este cortés aplazamiento hace que los zaragozanos dirijan su búsqueda hacia otros puertos. En Madrid investiga el grupo de los llamados Obregones, para atender a las salas masculinas. Y entablan contactos, para las mujeres, con las Hermanas de la Sabiduría de La Rochela.

Y estaban ya tirados los pactos para su admisión —dice un documento de 1816— y algunos de los actuales regidores conservan idea de haber visto en los libros de aquellos años muchas contestaciones sobre el asunto con un vicario general que el señor obispo de La Rochela tenía en Madrid, que era como apoderado de las religiosas que se ideaba traer, pero no se acuerdan en qué consistió haberse abandonado enteramente este pensamiento.

Hoy podemos conocer ese porqué: en las constituciones de esta Congregación aparece muy claro su fuerte sentido de independencia, que tuvo forzosamente que chocar con los condicionamientos que solían poner los hospitales de la época en España a cuantos en ellos trabajaban.

Si los administradores del hospital —dice una cláusula de esas constituciones— quieren obligarlas a prescindir de algunas de las reglas esenciales al Instituto, no lo deben consentir y por aviso de los primeros superiores estén prestas a salir de él.

Así las cosas, tuvieron que esperar a que madurara la experiencia catalana de las Hermandades. Así ocurriría algunos años más tarde. En 1804 mosén Bonal podía contar ya con abundantes frutos en su sementera. En torno a su confesonario —que cultivaba diariamente horas y horas— había ido surgiendo todo un ramillete de al-

mas jóvenes que tenían, además, bien probada su entrega en la atención de los hospitales de Barcelona. Podía intentarse ya la gran aventura del trasplante. Y es entonces cuando llega carta de Zaragoza.

Porque los regidores de la Junta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia no habían perdido la decisión de apuntalar su centro con la base de un grupo religioso entregado por amor a los enfermos. Y la peste de 1803 les había confirmado más esta necesidad. La multiplicación de apestados, para quienes fue necesario habilitar hasta los corredores, hacía mucho más urgente el orden de una comunidad que viviera apasionadamente su entrega.

Y así, a mediados de 1804 escribieron al Hospital de Santa Cruz de Barcelona, para renovar su antigua petición.

Así lo cuentan los documentos oficiales:

Luego que la Sitiada tuvo estas noticias —de lo bien que se atendían los hospitales en Cataluña—, los regidores escribieron a Cataluña y correspondieron a sus deseos las noticias que se les comunicaron acerca de estos religiosos, y no dudando ya que podían convenir a su hospital, se dispuso que viniera a él el ejemplarísimo presbítero don Juan Bonal, que puntualmente se empleaba con el mayor celo en visitar los hospitales, auxiliar a los enfermos, procurándoles socorros espirituales y temporales, y, sobre todo, en catequizar jóvenes de ambos sexos, ayudándole en obra tan santa varios curas de aquel Principado, con feliz suceso.

Era, sin duda, el hombre que necesitaban. Mas, como don Juan era hombre práctico y conocía de sobra lo complicado del mundo hospitalario de su tiempo, no quiso embarcar a sus hijos e hijas en una aventura mal calcula-

da. En septiembre de 1804 le encontramos en Zaragoza viendo con sus propios ojos la realidad del Hospital y dialogando largamente con los regidores del mismo para llegar a una serie de pactos sobre el futuro de la Hermandad por él dirigida. Un mes entero se quedó en el Hospital comprobándolo todo. Y no le asustó aquel tremendo complejo humano y económico. Un hombre de su talla emprendedora sólo se asustaba con la mediocridad, pero jamás le detuvieron las dificultades ni el dolor. Sabía, además, que contaba con el material humano que aquel Hospital necesitaba. Y a finales de septiembre regresó a Barcelona.

¿Qué daríamos ahora por tener información de aquel noviembre en la Ciudad Condal? Allí acabaron de formarse los dos equipos —doce hombres, doce mujeres— que acometerían la aventura. Probablemente se reunieron en ejercicios espirituales, decidieron —tal vez por votación, como harían en el futuro— quiénes estarían al frente de ambos grupos, e hicieron la profesión religiosa quienes de ellas no la tenían aún.

Y es aquí cuando aparece María Rafols. Tiene veintitrés años, pero es una mujer entera y valerosa. Apenas conoce el castellano, pero es alguien capaz de adaptarse a todas las circunstancias. El P. Juan confía en ella. Y no se equivoca. Ya puede escribir a Zaragoza: cuenta con lo prometido y a primeros de diciembre saldrá para Aragón. Y hay tanta alegría en las manos que escriben esa carta como en los ojos de los regidores zaragozanos que la reciben. Con ella comienza una nueva historia.

Capítulo VI

A LA SOMBRA DEL PILAR

Las lluvias fueron fuertes aquel año. Tanto que cuando don Juan Bonal escribe su carta a la Sitiada zaragozana no se atreve a precisar la fecha de su llegada. Lo hará cuando estén cerca. Porque eran duros para viajar aquellos tiempos. España está trazando sus primeras redes de carreteras y las más no pasan de ser caminos polvorientos y, en invierno, embarrados. No es, además, fácil el transporte de 25 personas y sus pertenencias sin tener otras fórmulas que modestos carros de mulas. Afortunadamente, el equipaje es poco. Aquellos 12 hombres y 12 mujeres llevan muy poco más que lo puesto. Esta es la única riqueza. Un crucifijo cubierto de una chapa de plata calada en la que está repujada la imagen de Jesús y —¡asombro!— una imagen de la Virgen del Pilar a los pies. ¿Tal vez un crucifijo preparado entonces, cuando supieron que su destino sería Zaragoza? ¿O quizá el regalo de alguna devota del Pilar y amiga, en Barcelona, del grupo de las religiosas? Nunca lo sabremos. Pero sí que ese crucifijo es hoy la mejor reliquia de aquellas horas. Probablemente ante él se hicieron los primeros votos del heroico grupo. Ciertamente presidió sus oraciones durante aquellas jornadas.

Duras jornadas. Si creemos al P. Calasanz Rabaza, el viaje habría durado casi un mes. Si creemos a don Santiago Guallar, habría comenzado el 18 de diciembre y durado, por tanto, diez días. Sea como sea, un largo y difícil viaje. Porque no era fácil encontrar, aunque sólo

fuera para diez noches, alojamiento para 25 personas en los pueblos de la travesía. En algunos puede que encontraran acogida en casas religiosas. Dormirían en otros en modestos pajares o casas abandonadas.

Pero no son duros estos viajes cuando se es joven y se tiene el alma ardiente. El grupo femenino estaba formado por poco más que adolescentes. María Rafols, que va al frente de ellas —no sabemos aún con qué título jurídico, puesto que las constituciones no están aún elaboradas plenamente—, tiene sólo veintitrés años. Varias acaban de salir de sus casas y son dulces e ingenuas muchachas de pueblo. Hablan únicamente catalán. Sólo con mucho esfuerzo pueden chapurrear el castellano. Parte del grupo probablemente apenas sabe leer y escribir. Pero son almas tensas y despiertas. Dios arde en ellas. Y ellas saben que sus vidas van a empezar a valer la pena ahora que las han invertido en las manos de Dios. Se reúnen por las noches. Hablan. Sueñan. Escuchan la palabra del P. Bonal, que, aunque no quiere asustarlas, no les oculta la tremenda tarea que les espera. Grande y empinada. Y cuesta arriba: van a poner orden en algo muy importante, pero, a la vez, muy abandonado. No lo harán sin dificultades. Rezan. Recuerdan su despedida de la Moreneta de Montserrat. Preguntan si el templo del Pilar es tan hermoso como el de la Virgen Negra. Temen sentirse un poco extranjeras en la ciudad desconocida. Y como todas viven los mismos sentimientos, el grupo va forjándose como una piña. Una piña que tiene su centro en María Rafols, una mujer fuerte que da confianza con su sola presencia.

Por los caminos, apiñadas en sus carretas, cantan y ríen. Son jóvenes y felices. Y tienen las almas abiertas en actitud de dar: ¿Cómo no van a reír? Se sienten un poco extrañas en los hábitos recién estrenados. Y a veces

les golpea una ráfaga de melancolía cuando recuerdan los pueblos y familias que han dejado en Cataluña. Y se emocionan cuando alguien lee las palabras evangélicas con que Jesús elogia a quienes tuvieron el coraje de dejar padre, madre y amigos para seguirle a Él.

Cuando están ya cerca de Zaragoza, el P. Bonal hace que se adelante, a lomos de caballo, uno del grupo de los 12 varones para anunciar que llegarán en la atardecida del 28 de diciembre. Y la noticia corre por la ciudad como un reguero de pólvora. La difunden los propios enfermos a través de cuantos les visitan. Hay en el Hospital esa expectación típica ante todos los cambios. Los 240 empleados que trabajan en él están, lógicamente, preocupados —temen muchos perder sus puestos de trabajo— y los más pícaros de ellos esperan de uñas esta llegada: probablemente se han acabado las bicocas que sus trampas permitían. Adiós a los robos de comida y de vino. Adiós al desorden y la vagancia. Respiran, en cambio, los verdaderos enfermos: han oído hablar de los hospitales catalanes y saben que todo cambiará para mejor.

Y espera sobre todo con alegría esta llegada la Junta de regidores. Son buenas personas, pero no pueden estar encima de todo. Han de invertir más tiempo en resolver líos y desmontar trampas que en dirigir verdaderamente el Hospital. Ahora, en cambio, podrán estar tranquilos, con gente de confianza. Sobre todo si la realidad responde a lo que de Cataluña les han contado.

Por eso este 28 de diciembre es un día importante para Zaragoza. En la pequeña ciudad de entonces, esta llegada de 24 personas para encargarse del Hospital —uno de los centros de la vida local— era la noticia del año. Y son muchos miles los que esperan a la comitiva a pesar del aguacero que está cayendo.

Tenemos, por fortuna, una minuciosísima descripción de todo lo ocurrido aquel día en documentos de 1810 y 1816. Son textos que describen con casi encantadora ingenuidad, el entusiasmo del recibimiento, sin ocultar tampoco las zonas oscuras y preocupantes de la jornada.

Sabemos así que tanto en la iglesia como en el enorme claustro del Hospital se agolpaba una verdadera multitud y que los regidores del centro, con algunos eclesiásticos de la casa y el mayordomo de la misma, decidieron salir en persona con sus carrozas y coches de postas a recibir a los expedicionarios. Y que les encontraron en el camino del Gállego. Allí «el mayordomo dispuso que las Hermanas se acomodasen en los coches», mientras que «los hermanos, siguiendo en sus carros hasta la puerta del Ángel», fueron desde esta a pie hasta la puerta del Pilar para esperar allí la llegada de las Hermanas, mientras los carros con el equipaje iban en derechura al Hospital. «Reunidas ambas comunidades, entraron en la Santa Capilla, hicieron oración dando gracias a Nuestra Señora por el feliz arribo y pidiéndole protección y amparo para desempeñar con caridad y fervor el destino a que venían».

Así de sencillo fue todo. No hubo prodigios ni resplandores. No hubo retóricas ni fervorines. Simplemente 24 almas jóvenes y sencillas que se encuentran con su Madre, joven y sencilla como ellas. ¿Imaginaban quizá que allí se iniciaba una larga cadena por la que, a lo largo de —al menos— dos siglos, miles y miles de jóvenes seguidoras de aquellas 12 mujeres pondrían a los pies del mismo altar sus almas enteras dispuestas a gastarse al servicio de los enfermos? Y, sin embargo, allí estaban todas ellas, como está el fruto en la semilla. Parecían ser

12, pero eran miles y miles. Todas jovencísimas. Todas entregando sus almas sin regateos. Al pie del Pilar nacía aquel día la primera Congregación religiosa que viviría a su sombra. Pero nadie pudo aquel día sospecharlo. Las grandes horas de la historia se viven siempre sin que la curiosidad humana caiga en cuenta de ellas.

Luego los recién llegados irán —las hermanas en coches, los hermanos a pie, puntualiza la información de la época— a la iglesia del Hospital, donde la multitud les espera. En el atrio besaron las manos de los regidores eclesiásticos (don Vicente Novella y don José Cistué, respectivamente chantre y canónigo de la catedral zaragozana) y se inclinaron ante los restantes, el conde de Sástago, el barón de Purroy y los marqueses de Montemuzo y Fuente Olivar, que constituían la Junta de aquel período. «Y —añaden las crónicas— del modo que pudieron expresarse en su lengua catalana, manifestaron los deseos que tenían de cumplir las obligaciones que habían contraído y que esperaban con la gracia de Dios desempeñar».

Tras los saludos penetraron en la hermosa iglesia del Hospital, que habría de ser el verdadero centro de sus vidas en los años siguientes. Y —comentan los cronistas— «el inmenso gentío que se había congregado en la iglesia y en el patio del Hospital, apenas dejaba paso para salir las Hermanas y la Sitiada y subir al salón, donde hablaron un poco de su viaje, hasta que bajaron al refectorio de los eclesiásticos, donde se les dispuso chocolate que tomaron con mucha satisfacción suya y de los Regidores, que estaban llenos de gozo por ver realizados sus deseos, teniendo a la vista unas hermandades de las que esperaban los mejores progresos en la asistencia espiritual y corporal de los enfermos y buen gobierno y

economía de la casa. Luego entraron a las salas de los enfermos y no es ponderable las tiernas expresiones con que los consolaron».

La empresa empezaba, como se ve, con los mejores augurios. Pero, como «todas las aventuras espirituales son caminos de la cruz», no podía faltar aquí tampoco la espina. El cronista de la época —con notable imparcialidad— tampoco la omite. Porque prosigue: «El alborozo fue general, pero es preciso decir la verdad: no faltó una lengua maligna que, al subir la escalera principal las hermanas, prorrumpió en la imprecación siguiente: ¡Así se rompieran las piernas antes de llegar arriba! Esto indicaba el descontento de cierta clase de sirvientes de ambos sexos que había en el Hospital, pues presentían inevitable su despedida, y otros que, aunque habían de continuar, no querían tener a la vista unos testigos y aun fiscales de sus acciones que estaban en contradicción con la delicadeza de conciencia de las colonias trasplantadas». Sí, no sería todo precisamente un camino de rosas. No se puede limpiar una herida sin sajar antes y que salte el pus almacenado en ella. Y hacía veinte siglos que el Maestro había anunciado que quien quisiera seguirle sería perseguido como Él.

Subieron luego las religiosas a la zona donde estaban instaladas sus celdas. Barcelona quedaba ya muy lejos. El Hospital parecía exceder las fuerzas de sus brazos juveniles. ¡Pero la empresa se presentaba tan hermosa!

Luego María Rafols se quedó sola, tras haber consolado y animado a las más jóvenes. Sabía que el verdadero peso gravitaría sobre sus hombros, casi tan juveniles como los de sus compañeras. A los pies del Cristo que habían traído rezó por aquella plantita de Congregación que acababa de encontrar la tierra en la que brotaría.

Fuera llovía a mares y soplaba, violento, el viento del Moncayo. Tal vez soñó. Tal vez simplemente el cansancio del viaje fue más fuerte que ella y se quedó dormida cuando empezaba un avemaría a aquella Virgen cuyo manto había besado aquel día por primera vez.

Capítulo VII

RETRATO DE UNA ALMA

¡Qué daríamos hoy por tener un retrato auténtico de María Rafols! Conocer su rostro, estudiar su sonrisa, adivinar tras sus facciones la contextura de su alma. Pero nada de eso es posible. Contamos únicamente con muy tardías aproximaciones basadas en los datos de las que la conocieron o en la imaginación de los artistas. Lo mismo, lo mismo que nos ocurre con Jesús. Pablo Serrano, que ha esculpido su mejor busto, nos ofrece una talla de corte clásico, serena, adusta, en la que, si los labios apuntan una sonrisa aproximadora, los ojos, con algo de máscara, nos conducen más bien hacia el misterio. Ha acertado, sí, en ese mentón adelantado propio de quien ha sufrido mucho y con coraje. Y ha vuelto a acertar en ese entrecejo un poco fruncido, tenso —pero sin restar dulzura al conjunto del rostro—, de quien tiene una decisión y una voluntad superiores a lo normal. Más discutibles son esas largas y dulcísimas manos de pianista aristocrática que poco parece tenga que ver con las de la hija de los molineros de Los Monjos.

Sabemos que era alta —y más de lo normal— porque la caja que guardó sus restos hasta su traslado al actual sepulcro medía la respetable longitud de un metro y ochenta y tres centímetros, tamaño descomunal tratándose de una anciana de setenta y un años.

Tenemos también algunas de las afirmaciones hechas por los testigos de su proceso de beatificación tomadas todas ellas de los recuerdos de quienes la conocieron:

- Su sola presencia era toda una revelación: atraía y cautivaba.
- Elevada estatura, mirada dulcísima, porte grave y majestuoso, realzado por el encanto de una modestia angelical.
- Se mostraba siempre gozosa y contenta.
- Poseía gran presencia de ánimo y fortaleza de espíritu.

Pero todo se queda en aproximaciones, ninguna de las cuales acaba de responder a ese deseado cómo era. Alguien nos dice que sus ojos eran entre azul-gris-verdoso; pero la misma oscilación del testigo nos sigue dejando en la ignorancia.

¿Tendremos, entonces, que afirmar —una vez más como con Jesús— que el único camino para conocer a María Rafols es aquel tan evangélico del «por sus frutos los conoceréis»? Aquí, sí, somos afortunados. Tanto el gigantesco árbol de la congregación por ella plantada, como el modesto arbolito que fue mientras ella viviera, hablan a gritos de la savia que corre por sus venas y que tenía como fuente directa a María Rafols.

Porque pronto el grupo de las doce hermanas comenzó a dar frutos en el hospital de Zaragoza. Y no tardaría en percibirse el cambio espectacular en la organización y vida del mismo.

No eran todavía jurídicamente una Congregación, sino simplemente un grupo de muchachas que, con una relativa solemnidad, habían pronunciado una promesa simple de vivir en castidad, pobreza, obediencia, y hospitalidad, normalmente limitada al tiempo que voluntariamente quisieran permanecer en la hermandad.

Pero pronto comenzó a percibirse que aquello era mucho más que una agrupación ocasional y transitoria. A esta época corresponde casi con certeza la primera versión del famoso *Cuadernito* en el que el P. Bonal va trazando la semilla de las futuras Constituciones. Y en él a la palabra Hermandad se une ya más de una vez la denominación de Congregación.

«Estas congregaciones —dice en su preámbulo— compuestas por lo común de mujeres, en las que la piedad hace progresos más rápidos, son sin duda utilísimas si, además de sujetarse a la observancia de algunos estatutos que dirijan con orden su celo, llegaren a penetrarse de que no pueden florecer ante Dios y los hombres si no es con el cumplimiento puntual de aquellos.

Porque hay que señalar en seguida que la Hermandad, tal y como el P. Bonal la trazaba y la Madre Rafols la vivía, era en aquel momento frente de ruptura y casi piedra de escándalo. Para los más, en aquella época, la vida religiosa femenina seguía siendo sinónima de la vida contemplativa y tras las rejas. Una monja mezclada en la vida de los hombres era un grave escándalo. Se mantenía aún —y así se hizo en un primer momento en el mismo hospital zaragozano— la idea de que las religiosas sólo podían atender a las enfermas y a los niños. Una mujer atendiendo a un varón enfermo —y no digamos si se trataba de enfermedades venéreas, entonces tan extendidas—era incomprensible y escandaloso. En todo caso, religiosas fuera de las rejas eran como religiosas de segunda clase. O una mixtificación de la verdadera vocación.

El P. Bonal comprenderá lo aventurado de su empresa y por eso las exhortará a una virtud especialmente alta, ya que ellas han de ser —según la famosa fórmula

la de San Vicente de Paúl— religiosas sin tener «otro monasterio que las salas de los enfermos, teniendo por clausura la obediencia, por rejas el temor de Dios y por velo la santa modestia».

Vivían cuesta arriba. Inventando casi su vocación. Demasiado tradicionales para los progresistas de la época. Escandalosas para los puritanos de aquel tiempo. Comprendidas casi únicamente por Dios.

Y por cuantos miraban objetivamente los frutos de su trabajo. Porque el volumen de éste era tal, que se entiende que lo contemplaran con asombro los dirigentes del Hospital, acostumbrados como estaban a la corte de vagos, frescos y egoístas que hasta entonces habían tenido como enfermeros.

La jornada de aquellas doce mujeres era simplemente suicida. Copiaré aquí su horario en una jornada normal:

- 4 de la mañana: Levantarse, vestirse, lavarse.
- 4,30: Una hora de oración mental.
- 5,30: Limpieza de los vasos de noche de los enfermos.
- 6,30: Misa. Y comunión los días que toque.
- 7: Cura de enfermos, barrer las salas, componer las camas y limpiar las vajillas menores de los enfermos.
- 8: Acompañar a los médicos durante la visita a los enfermos.
- 8,30: Dar a los enfermos las medicinas recetadas, sangrarles si fuera necesario.
- 9,15: Rezar el Rosario en una de las salas.
- 9,30: Suministrar el caldo a los enfermos. Llevarles comida.
- 11: Lectura espiritual en el coro.

- 11,30: Corona de Nuestra Señora y examen de conciencia.
- 12: Comida y recreo.
- 1: Retiro en los cuartos, descanso.
- 2: Asistir a la segunda visita de los médicos y suministrar las medicinas recetadas.
- 5: Rezo en las salas de los Actos de fe, esperanza y caridad y del santo Rosario.
- 5,30: Caldo a los enfermos. Cena.
- 7: Media hora de oración mental y otro cuarto de hora de rezos comunes.
- 8: Cena.
- 8,30: Curas a los enfermos.
- 9: Acompañar la visita del médico.
- 10: Se acostarán todas en su dormitorio, sin excepción, por muy devota que parezca la causa, salvo las dos Hermanas que hacen la vela a los enfermos hasta las cuatro de la mañana.

Horario a la vez tremendo y monótono, como es fácil de ver. Impresionan en él lo corto del sueño (seis o siete horas), lo largo del tiempo dedicado a la oración (hora y media, más otra media de lectura espiritual, más otra hora larga para otras devociones), el sentido apostólico que daban a su presencia en los hospitales (con constantes oraciones) y, sobre todo, esa entrega tan total a los enfermos, sin contar en la jornada con un hueco decente para la vida personal y libre.

¿Con qué espíritu se vivía todo esto? Aquí nos acercamos al asombro: porque, aun siendo el P. Bonal un hombre de corte e ideología muy tradicionales, tiene en los ejes de su espiritualidad unos planteamientos radical-

mente modernos, casi diríamos hoy «postconciliares»: ideas como la realización del amor a Dios en el amor al prójimo, puntos como el del cristocentrismo, claridad absoluta en colocar en la caridad el eje de todas las virtudes, aparecen ya en estos hombres y mujeres de principios del mil ochocientos.

Hace veinte años se discutió y se presentó como signo visible de un nuevo espíritu aquella escena de la novela de Cesbrón (*Los santos van al infierno*) en la que el sacerdote interrumpe la misa que va a empezar, para ir a ayudar a alguien que le necesita. Y hace dos siglos se escribía en el cuadernito espiritual que rige a nuestras protagonistas:

Bien entendido que ni la oración diaria, ni las confesiones y comunión semanal, ni el capítulo mensual de culpas, ni los Ejercicios espirituales al año, han de ser embarazo para el fin a que han sido recibidas las Hermanas; de tal suerte que, si a un mismo tiempo surgiese la asistencia a algún enfermo y llamase la hora de confesión y comunión, que es lo más venerable que en la vida espiritual puede ocurrir, esta devoción deberá omitirse por entonces para acudir a la obligación de la caridad del enfermo necesitado.

(Curiosamente señalaré que este párrafo que hoy comprendemos perfectamente, le parece menos virtuoso al primer biógrafo de la Madre, como si se tratase de un «gol» que la Sitiada le hubiera colado al P. Bonal en sus directrices.)

Ese colocar a la caridad como «reina de las virtudes», esa insistencia en el «amor con obras» son centrales para el espíritu que el P. Bonal sembró en las Hermanas. De ella surgen la «humildad y su compañera inseparable, la obediencia». Pero no sólo —y aquí otra profundísi-

ma intuición— obediencia vertical, hacia los superiores, sino también esa otra obediencia horizontal que le lleva a «recomendar la obediencia a los pobrecitos enfermos, como si fueran superiores». Difícilmente se puede decir algo más profundo sobre la vocación hospitalaria.

Y hay en toda esta ascética un muy significativo equilibrio entre normalidad y exigencia, que habría que presentar como derivada de una virtud vivida dentro del «seny» catalán. Una ascética que destierra la ociosidad y que, al mismo tiempo, «emplaza ante el tribunal de Dios el malogro de un solo momento». Una pobreza en la que «se acostumbren a no pedir ni rehusar cosa alguna de la tierra». Y todo ello centrado en Cristo, sin confundir la santidad con una pura acumulación de actos virtuosos en la nevera de un alma dormida de tan sin pasiones. He aquí un párrafo definitivo:

Ayunar, velar, tener largas oraciones, usar de grandes mortificaciones corporales y otras cosas como estas, no constituyen la perfección de un buen espíritu; pueden concurrir a formarlos en nosotros, si están gobernadas por la prudencia y animadas de la fe práctica, que obra por la caridad; pero desnudarnos del viejo Adán, negarnos a nosotros mismos, vestirnos de las virtudes del nuevo Adán, Cristo Jesús, según sus ejemplos, y no apartarnos de su voluntad en todas nuestras obras, palabras y pensamientos, ésta es la esencia, la sustancia, la perfección y santidad verdadera de un espíritu bueno.

No hay, afortunada y misteriosamente, en toda la ascética de las primeras reglas esa dicotomía que era tan típica en toda la piedad del siglo y según la cual la piedad, la oración, la «vida espiritual» iba por un sitio y la acción apostólica o la simple acción social iban por otro, como si estas fueran, cuando más, una consecuencia de

aquéllas. Hay, en cambio, esa profunda unidad de vida que el Vaticano II tanto iluminó. Hay el convencimiento absoluto de que el enfermo es Cristo y que atenderle es «otra» manera de orar. No hay dos planetas, celeste uno y terrestre otro, hay una radical unión realizada en la encarnación de Cristo que convierte en trascendentes los trabajos aparentemente sólo humanos.

De ahí que en la ascética de estas doce Hermanas la clave esté en esa «presencia de Cristo» que vivían permanentemente.

En todas las obras diarias —dicen sus reglas— tendrán las Hermanas una especial consideración a fin de conseguir la perpetua presencia de Dios. En la limpieza de vasos inmundos y otros actos de humildad, considerarán las Hermanas que el Hijo de Dios, para limpiar nuestras culpas, se hizo hombre, viviendo en suma humildad [...]. Cuando dieren los desayunos, considerarán que alimentan a Jesús fatigado de sus largas peregrinaciones en su vida santísima. Cuando dieren agua a los enfermos, considerarán a Jesús sediento en la cruz. Cuando dieren la comida, tendrán presente el fervor de María en servir a Jesús, hospedado en su casa. Cuando dieren la cena, considerarán a Jesús en el cenáculo. En la vela y en la agonía considerarán a Jesús desamparado y agonizante en la cruz.

Esta vida religiosa se enmarcaba en un impresionante clima de pobreza. Si el hospital era magnífico, no lo eran igualmente los departamentos de las hermanas. No había allí ni salas de recreación, ni claustros para pasear. No había ni noviciado, ni enfermería. Ni celdas, en realidad. Todo era un largo claustro con elementales divisiones para cada hermana y, al final, un pequeñísimo oratorio. Varias hermanas dormían en una especie de granero. El mobiliario era prácticamente nulo. Cuando habla de esto

una de las testigos del proceso de beatificación, cuenta que, muerta ya la Madre, alguien propuso a la superiora, madre Magdalena Hecho, la compra de unas sillas «finas, redondicas», a lo que la superiora respondió: «La santa pobreza que nos dejó en herencia la Madre Fundadora hay que respetarla, yo no la tocaré».

Conmueve leer hoy la descripción hecha por esa misma testigo de los objetos que tenían en el convento:

En el comedor teníamos cuatro mesas pobrecicas con las patas en forma de catre, un cuadro de la Cena bastante grande con cristal y marco plano de nogal; los asientos eran de yeso. En la celda tenía la Madre Rafols una camica de hierro pintada de azul oscuro, sin adornos, muy sencilla, con cuatro piñicas en forma de alcahoficas de metal dorado. También tenía una pilica de Muel con los atributos de la pasión, una mesita con hule negro y fiorecicas, en la cual había un cajón con botoncito dorado. Una silla grande de anea con respaldo alto pintado de color chocolate, lo mismo que la mesa; un pequeño lavabo pintado de azul como la cama, jofaina y jarra con una lista azul. La cubierta de la cama era de percal, con fondo color café y llena de hojas azuladas.

Es el olor de la sencillez y la pobreza. Una pobreza que duró cincuenta años. Y. que llegaba a lo escalofriante en lo que a las comidas se refiere, como tendremos que señalar varias veces en esta historia. No sólo por lo que se refería a los ayunos y mortificaciones especiales (de la Madre Rafols contará una de las testigos que «varias veces por semana tomaba verduras sólo sin aceite ni aderezo alguno»), sino incluso en la comida diaria que ellas iban recortando constantemente con los famosos «despintes». «Ellas mismas —dice un oficio de contaduría de la Sitiada— fueron reduciendo la misma ración señalada a los eclesiásticos de la casa, porque experimentaron que

tenían suficiente para la subsistencia con otra más moderada, dejando a favor de los pobres la disminución.

Este clima de trabajo, amor y sencillez —que ciertamente poco tenía que ver con el estilo negociante de los anteriores sirvientes— tenía forzosamente que notarse bien pronto en el hospital. Y así se multiplican los testimonios para señalarlo. Valdrá la pena recoger aquí algunos que resumen perfectamente lo que fue la vida y actividad de las religiosas durante estos cuatro primeros y pacíficos años.

Sean en primer lugar los que provienen de los mismos directivos del Hospital:

Muy pronto se conocieron las utilidades y ventajas que se experimentaron en las enfermerías, por su mayor aseo y limpieza, mayor decencia y compostura, evitando las conversaciones y alborotos que anteriormente había en ellas y no podían remediarse, por no estar a la vista personas de tanto respeto, y asimismo por la puntualidad y celo con que se les administraba a los pobres enfermos el alimento y las medicinas que se ordenaban por los médicos, y por el consuelo que recibían de las hermanas por su buen trato y ejemplo, ejercitándolos, según lo permite su dolorosa situación, en ejercicios de devoción e inclinándolos a la conformidad tan necesaria en los trabajos y dolencias.

No eran —esto es claro desde el primer momento— simplemente unas enfermeras con hábitos. Para ellas contaban los cuerpos y las almas de los enfermos y planteaban su tarea como de amor y de fe simultáneamente.

Pero, siguiendo con el mismo documento, nos encontramos inmediatamente con algo más llamativo. Y es que, lo mismo que ocurrió a la hora de la muerte de Cristo, fueron aquí las mujeres más resistentes que los varones al pie de las camas de los enfermos. Porque ha-

bían llegado juntos a Zaragoza un grupo de doce varones y otro de doce mujeres. Y pronto tuvieron ambos que conocer la crisis y las dificultades. Antiguos dependientes de la casa —que ya habían manifestado sus deseos el día de la llegada de ambas hermandades— se propusieron hacerles la vida imposible. Y así hermanos y hermanas «tocaban con sus manos tantos ardides armados contra ellos, especialmente el robarles todo lo que podían, incitando a los mismos enfermos a que dieran quejas contra los hermanos y éstas fueron unas de las causas de la falta de ropa», con lo que se exponía a los hermanos «a incontables sonrojos y vejaciones».

Y así es como los hermanos comenzaron a irse «ya fuese —dice el informe oficial de la Sitiada— porque el sexo no es tan propio para este penoso oficio o porque no se había hecho tan buena selección de sujetos, no se experimentaba en ellos aquel acendrado celo y caridad que en las hermanas».

Esa «selección de sujetos» era, evidentemente, la causa fundamental. Pero había otra no menos importante, tal y como señala ese mismo documento al dar cuenta del desenlace del problema:

Sin embargo, así como se experimentaba aumento y celo en las hermanas (que en 1807 eran ya 17), disminuía el número y celo de los hermanos y, efectivamente, en el año 1808 ya quedó extinguida enteramente la hermandad de hombres, continuando las hermanas, haciendo los mayores progresos, mayormente teniendo al frente a la hermana María Rafols, nombrada Hermana Mayor en el ingreso, en cuyo destino continúa en la actualidad, desempeñándolo con el mayor acierto.

Ahora sí hemos tocado la clave. Y hay que señalar que este elogio viene de un frío informe oficial de con-

taduría, que para nada tiene que intentar el panegírico de la Madre.

Efectivamente, el grupo de hermanas contaba con un sólido pivote de apoyo, una superiora firme y entregada, dulce y enérgica, la primera en el trabajo y en el amor. Y ocurría aquí como en los grandes edificios: la viga que menos se ve es la viga maestra. Pero nada se sostendría sin ella.

Más aún vamos a encontrarnos con nuevas sorpresas. Porque prosigue así el documento de la Contaduría:

No se contentaron ellas solamente con ejercitarse, llenas de la mayor caridad, en el cumplimiento de sus deberes, pues quisieron hacerse más útiles a los enfermos, a costa de su instrucción y aplicación, y así, sacándolas su celo de los límites de su Instituto, se dedicaron a estudiar la flebotomía, con conocimiento de la Sitiada y dirección del Teniente Cirujano de la casa; y luego, a presencia del mismo y previa la instrucción necesaria, llevaron a efecto la operación de la sangría, que la ejecutaban con gran acierto. Ya estaban impuestas perfectamente cuando las hermanas María Rafols, Tecla Cantí, María Rosa Cuchí y Raimunda Torrellas se presentaron a examen público en la Sitiada, haciéndolo con mucho lucimiento y con ventaja a los mancebos de algunos años de práctica, en vista de lo cual fueron aprobadas y, en consecuencia, continuaron ejecutando esta operación con acierto admirable.

Valdrá la pena recordar que estamos hablando de los primeros años de mil ochocientos, cuando ni de lejos se soñaba en la presencia de la mujer en estos tipos de actividades profesionales. Y mucho menos en unas religiosas. No deja de ser curioso que en 1926 aún encuentre, en el proceso de beatificación, discutible este gesto el «abogado del diablo». ¿Cómo estas religiosas realizaban

algo que ni preveía el derecho canónico? El hecho era realmente novedoso y buen cuidado tiene el cronista de recordar que lo hicieron con permiso y conocimiento de sus superiores de la Sitiada.

Pero hay dos detalles que no deben pasar inadvertidos: que lo hicieran en el examen mejor que los mancebos con mucho tiempo de práctica; y que, entre las examinadas, estuviera la superiora del grupo. Bastaría este dato para descubrirnos que María Rafols no es de ese tipo de superiores que se limitan a «dirigir», mirando todo muy desde arriba, pero sin meter personalmente «las manos en la masa». Al contrario, María Rafols es la primera de la lista, la primera que se somete al examen, la primera que acepta una tarea que era todo menos agradable, especialmente en aquel tiempo.

Estamos, pues, ante un grupo de religiosas que están con su época, que van por delante de ella, que no temen asumir posturas que puedan resultar desconcertantes siempre que sean para el bien de los enfermos. En el Vaticano II se habrían encontrado muy a gusto.

La vida humilde de cada día

Un nuevo texto importante para descubrirnos cuál era el humilde trabajo de cada día es el que firman el 25 de abril de 1807 los directores del Seminario, que hacían en aquella época de capellanes del gran Hospital. Es un largo párrafo que no tiene desperdicios. Dice así:

«Gracias a Dios desde la colocación de nuestras Hermanas de la Caridad han desaparecido todos estos abusos (los que recogíamos en el capítulo V) y en su lugar no se ve otra cosa, en las salas manejadas por

ellas, que puntualidad y amor en la asistencia, limpieza, ejercicios de piedad y ejemplos de edificación. Porque no hay día en que no se barran las salas, a más de limpiar con prontitud cualquier inmundicia o agua, no más que caiga en el suelo; no hay día en que no se hagan las camas a todos los enfermos que se puede y no les ha de causar perjuicio y se lave la vajilla. No se va o muere algún enfermo que no se quite inmediatamente aquella cama y se sustituya por otra limpia para el que venga; mudando con frecuencia la ropa de las demás, de manera que con satisfacción se puede llegar cualquiera a ellas y aún reafirmarse para confesar a los enfermos, sin aquel cuidado de ensuciarse en los suelos ni recoger alguna cosa de las camas. La puntualidad, instancia y, al mismo tiempo, cariño y esmero con que suministran estas hermanas las medicinas, alimentos ordinarios de la Casa y extraordinarios, pero no perjudiciales, a los enfermos, presentan la más justa idea y copia del amor de una madre o esposa. La devoción y reverencia con que rezan con los enfermos el avemaría y actos de fe siempre que dan las horas del reloj, el rosario mañana y tarde, arrodilladas, y las debidas gracias después de la comida y cena; el cuidado de impedir los alborotos, malas palabras, conversaciones y visitas sospechosas, de leer algún rato libros espirituales a los enfermos, estimularlos a oír con atención la palabra de Dios, escuchándola de rodillas todas las que pueden y el fervor con que les ayudan a disponerse para una buena confesión y a dar gracias después de la comunión y con que les auxilian para bien morir, parecen propias de un celoso pastor de almas. Cosas tan propias y apetecibles en un hospital cristiano y piadoso, que los mismos enfermos reconocen, y algunos de ellos no saben cómo explicar el consuelo, alegría y edificación que les causan y cosas en que sería imposible desempeñarse ningún otro a quien condujese el interés o salario; ni aun estas mismas hermanas, si no fuera animadas de una encendida caridad que fomentan con la cotidiana oración,

frecuencia de sacramentos y otros ejercicios particulares de comunidad que practican en su oratorio, con que nos renuevan las imágenes de aquellas congregaciones que por los auxilios de la devoción han sido en tantos países las lumbreras más brillantes de la humanidad y los frutos más preciosos de los ejemplos del Salvador.

Largo es el párrafo. Pero difícilmente tendríamos un retrato más vivo de la vida en aquel hospital durante estos años pacíficos. Y resulta simplemente maravilloso para cualquiera que recuerde el estado medio de los hospitales de la época.

Hay un texto más que no quisiera ignorar. En el largo informe sobre el estado de los hospitales elaborado por el conde de Sástago y del que ya hemos hablado, se dedican dos folios a presentar la gran excepción que en el de Zaragoza se había conseguido.

Lo transcribiré íntegro, dado que aún está inédito:

Aprovecho esta ocasión para hacer público un descubrimiento, cuyo principio en España fue en Cataluña: éste es una hermandad de hombres y mujeres, con el título de la Caridad. Estos no son religiosos, no es instituto aprobado, no hacen voto alguno, sino sólo se ofrecen a servir en los hospitales donde los llaman y, sin embargo, de no tener ningún voto formal se obligaban voluntariamente a hacer vida religiosa y servir en los hospitales en cuanto les mandasen.

No hay bastantes palabras para elogiar la virtud de estas gentes en especial las mujeres. Todo cuanto hay que hacer en un hospital de asistencia a los enfermos, el cuidado de éstos, de los intereses que les encargaban, de la limpieza de vasos inmundos, de ropas, en fin, de todo, lo hacían estas mujeres con una caridad y economía imponderable. En mi vida había visto peinar a los enfermos y matarles los insectos incómodos, hasta que vinieron estas mujeres. Llegaron a exhortar a

las enfermas, a enseñarles la doctrina cristiana y, sobre todo, a sangrarlas y aplicar los apósitos que mandaban los profesores, habiendo aprendido la anatomía de las venas, para saber la parte donde debían sangrar; ellas hacen de jefes en las salas de mujeres, de la Inclusa, de las dementes, guardarropas, todo con una economía tan extraordinaria, en especial en la ropa, que no se perdió una prenda en todo el tiempo que ellas la cuidaron, cosían cuanto alcanzaban sus fuerzas, cuanto se necesitaba en el hospital, siendo su principal ocupación la continua asistencia en las salas, para un todo. Estas gentes fueron un descanso singular de los regidores y dependientes. Contenían los desaciertos de las enfermas, evitaban los robos frecuentes en los hospitales y, por último, en las dos invasiones de los franceses, entre las balas y las ruinas se sacrificaron más que todos. Me atrevo a decir que con estas mujeres es fácil gobernar un hospital y sin ellas muy difícil. Establecimiento digno de propagarse.

Ahora podemos repetirnos la pregunta con que se abría este capítulo: sería, sí, hermoso conocer el rostro, la figura de la Madre Rafols. Pero, en rigor, ¿para qué necesitamos retratos suyos? Tenemos un retrato infinitamente más vivo en su obra, en la alta tensión que vivió este grupo que ella sostuvo, capitaneó y alentó. Eran almas que ardían. Y es sabido que «para que una habitación esté templada es necesario que el fogón esté ardiendo». Este fogón ardiendo era María Rafols.

Un fogón sobre el que pronto iban a desencadenarse los huracanes de un mundo enloquecido.

Capítulo VIII

LA HEROÍNA DE LOS SITIOS

—Dime, hijo: ¿qué eres tú?

—Soy español, por la gracia de Dios.

—¿Qué quiere decir español?

—Hombre de bien.

—¿Cuántas obligaciones tiene el español?

—Tres: ser cristiano, defender a la patria y al rey.

—¿Quién es nuestro rey?

—Fernando VII.

—¿Con qué ardor debe ser amado?

—Con el más vivo y cual merecen sus virtudes y sus desgracias.

—¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?

—El emperador de los franceses.

—¿Quién es este hombre?

—Un malvado, un ambicioso, principio de todos los males, fin de todos los bienes y compuesto y depósito de todos los vicios.

—¿Cuántas naturalezas tiene?

—Dos: una diabólica y otra humana.

—¿Cuántos emperadores hay?

—Uno verdadero en tres personas engañosas.

—¿Cuáles son?

—Napoleón, Murat y Godoy.

—¿Qué son los franceses?

—Antiguos cristianos y herejes modernos.

—¿Quién los ha conducido a semejante esclavitud?

La falsa filosofía y la corrupción de costumbres.

—¿Es pecado asesinar a un francés?

—No, padre: se hace una obra meritoria librando a la patria de estos violentos opresores.

—¿Qué debemos hacer en el combate?

—Aumentar la gloria de la nación, defender a nuestros hermanos y salvar a la Patria.

Con esta página del llamado *Catecismo español* —compilado al estilo de preguntas y respuestas de los tradicionales catecismos— se puede resumir perfectamente el clima espiritual que España respiraba en 1808, fecha a la que ahora llega nuestra historia.

Porque mientras nuestras doce pioneras iniciaban su andadura muchas cosas habían cambiado en el mundo. Beethoven había compuesto sus tres primeras sinfonías. El primer barco de vapor había comenzado a navegar por el Huston. Goethe había concluido su *Fausto* y Chateaubriand *El genio del cristianismo*. Había muerto Schiller. Goya había pintado los frescos de San Antonio de la Florida y Haydn había estrenado *La creación* y *Las estaciones*. Pero, sobre todo, por encima de todo y condicionándolo todo, había aparecido en el horizonte del mundo una de sus figuras más fascinantes y terribles, más queridas y odiadas, «el héroe perfecto», como diría Anatole France: Napoleón Bonaparte, dueño y látigo de Europa, sucesor para sus amigos de Alejandro y de César y para sus enemigos de Gengis Khan y de Atila. «No era un hombre de su época: era un dios que se retrasó en el camino», escribiría Teixeira de Pascoaes. Barres vería en él a «un profesor de energía, un excitador de almas». Hegel confesaría que era un hombre «al que es imposible no admirar». Raskolnikov, el triste protagonista de *Crimen y castigo* que quiso al menos una vez ser ple-

namente hombre y casi Dios, diría a sus interrogadores: «Yo quería llegar a ser un Napoleón. Por eso maté».

Este auténtico genio de la guerra y de la propaganda, a quien cantarían y mitificarían todos los grandes poetas de su tiempo (menos los españoles), sería durante una década amo indiscutible del Continente. A sangre y fuego, sí; sembrándolo de cadáveres, sí; pero amo total. Y lo sería casi más aún después de su muerte, cuando le llegó la hora de la mitificación en la que se podía admirarle sin temerle.

Asombrosamente este genio de la fascinación no entendió en absoluto ni a España ni a los españoles y logró coleccionar en nuestro país un odio como jamás había acaparado personaje alguno. «Los españoles son como los otros pueblos y no forman una clase aparte», escribió al mariscal Bessievs. Y, partiendo de esta premisa, trazó todos sus cálculos de dominio. Fallaron todos estrepitosamente. Lo que le servía para imponerse en todas las demás naciones no despertaba aquí sino enemigos. Incluso se encontraría aquí con que le odiaban quienes tenían todas las razones para amarle. Y viceversa.

Estaba convencido Napoleón de que, con sólo derribar el antiguo régimen, los españoles correrían hacia él para vitorearle. Había dicho:

Quando les lleve con mi estandarte las palabras «libertad», «liberación de la superstición», «destrucción de la nobleza», seré recibido como lo fui en Italia, y las clases verdaderamente nacionales estarán conmigo. Veréis cómo me consideran el libertador de España.

Fue todo lo contrario: asombrosamente Napoleón vio correr hacia sí a los nobles que proyectaba destruir y vio levantarse en armas al pueblo que pretendía liberar.

Napoleón no había comprendido que las antiguas tradiciones estaban en España mucho más afincadas que en el resto de Europa y que el pueblo no tenía el menor deseo de liberarse de ellas. No comprendió, sobre todo, Bonaparte el fuerte peso que en España tenían dos fenómenos: el sentido patriótico y el religioso. Intentar poner en España un rey extranjero era ya una locura. Atacar directamente a la Iglesia y los religiosos, era herir una de las palancas que más fácilmente podían poner a España entera en pie.

Napoleón maniobró bien en lo político y en lo militar. Pero equivocó toda su propaganda en lo popular. Manejó como palillos a los miembros de la familia real, aprovechándose de sus disensiones y, en Bayona, humilló tanto al padre, Carlos IV, como al hijo, Fernando VII. Pero se equivocó tratando de imponer como rey a su propio hermano, que pronto se convirtió en el hazmerreír de la nación. «Pepe Botella», «Tío Copas», «Rey Plazuela» fueron los nombres con que le bautizaron. Y el día de su llegada al Palacio Real se encontró con que a la misma hora se habían despedido, sin excepción, todos los miles de lacayos, mozos de cuadra, postillones y servidores.

Era la España que estallarían el 2 de mayo y que llegaría a volver loco al infinitamente más poderoso ejército napoleónico. Bonaparte había cruzado la frontera con más de 200.000 hombres guiados por sus mejores generales. Frente a él el ejército español no llegaría a los 100.000. Y era un ejército sin estado mayor, con jefes de preparación militar mediocre. Pero en torno a él surgiría el primer ejército del pueblo de toda la historia: bandas de campesinos, artesanos, pastores, guiadas por jefes surgidos también del pueblo y nacidas de modo espontáneo y desorganizado, a la española. Eran pequeñas

unidades, dotadas de gran movilidad. Carecían de uniformes y estaban pertrechadas con un armamento mucho más folklórico que temible. Por simple intuición iban a descubrir la esencia de la guerra de las guerrillas: atacar siempre y no presentar jamás batalla frontal, elegir siempre ellos el terreno para sus ataques, no aspirar a grandes victorias, punzar desconcertando como la abeja y desaparecer tan rápidamente como habían aparecido en terrenos perfectamente conocidos por los nativos de la región. No era este un juego para el que los ejércitos napoleónicos estuvieran preparados. Y por primera vez en la historia —luego habría muchos otros casos hasta el de la guerra del Vietnam— la abeja derrotaría al león.

Una guerra santa

Pero, aparte de una guerra popular y patriótica, fue también aquella, para los españoles, una guerra santa. De ahí la enorme participación que en ella tuvieron sacerdotes, religiosos y religiosas. Ellos fueron los dirigentes morales y, en muchos casos, materiales de los movimientos insurreccionales. «El que sabe a fondo el carácter del pueblo español —escribía el P. Vélez— conocerá que para él ha tenido más influjo el sermón o el consejo de un fraile o clérigo que todas las amenazas del Gobierno, sus proclamas o sus órdenes».

Por eso la Junta Central que anima la insurrección se cuida muy mucho de enviar una proclama al clero recordando a los eclesiásticos «la necesidad de avivar la fe de los fieles y de manifestar que la guerra en que nos hallamos es santa y de religión». Y pide que se concedan «a los ejércitos algunos religiosos de notoria virtud

y elocuencia para arengar a los soldados al tiempo de entrar en acción».

Impresiona leer hoy los sermonarios de la época a ver que el levantamiento contra los franceses se presenta como «la guerra divinal y salvífica», como «un nuevo capítulo de la historia de la salvación», cómo «una guerra entre las dos ciudades agustinianas y de una nueva cruzada contra una nueva morisma». Allí se encuentran afirmaciones que dibujan al pueblo español como «el nuevo pueblo de Israel en armas», «la heredad profanada del Señor», «el pueblo conducido por el Dios de los ejércitos».

Pero lo impresionante es que todo esto no es sólo retórica que dicen los predicadores, sino algo que el pueblo español vive con una intensidad y verismo escalofriante. Sienten que pelean por Dios, ven milagros en el menor de los detalles, sienten que morir en una cruzada es equivalente al martirio y conduce al cielo en derecho, ven a los santos interviniendo visible y físicamente en los combates, con una teología bélica que es pura emoción en una tromba en que se mezcla lo religioso y lo patriótico inseparablemente.

Tal vez por eso nos sea difícil comprender lo que fue el templo del Pilar en el Sitio de Zaragoza. Era una especie de polvorín espiritual al que los zaragozanos acudían para armarse espiritualmente, para robustecer sus conciencias y prepararse para matar o morir. De ahí las misas ininterrumpidas, las puertas abiertas día y noche, las mareas de gentes, de exvotos, de velas, la colocación en sus paredes de los trofeos o banderas arrebatadas al enemigo. Los zaragozanos creían verdaderamente que la Virgen era una beligerante más y que literalmente no quería ser francesa. Rezaban y disparaban. Y estaban

convencidos de que seguían rezando cuando disparaban. No sólo defendían su ciudad, sino su alma y su fe frente al demonio asaltante.

Es aquí, en este clima de exaltación y sangre, donde María Rafols y sus compañeras van a vivir la hora más dramática de sus vidas. Y de sus muertes.

La gran prueba

Los sucesos del 2 de mayo en Madrid corrieron por toda la piel de España como un reguero de pólvora. Y resonaron muy especialmente en Zaragoza, dado el alto sentido emotivo y patriótico de los aragoneses. Pronto toda la ciudad puso su alma en pie, dispuesta, incluso, a ver todo tipo de prodigios anunciadores.

Un mes antes del sitio, el 17 de mayo, cuenta Casamayor en su famoso diario que aquella mañana «a cosa de las doce del día» pudieron verse dos palomas con sendas coronas que volaban la una por el exterior de la Santa Capilla y la otra por su interior, lo que provocó el entusiasmo de la multitud, que estalló en gritos de «Milagro, Milagro», viendo en las aves un signo del patrocinio que la Virgen se disponía a tener sobre la ciudad. La multitud —dice el diario— «desde aquella hora hasta las 11 de la noche inundó la Santa Capilla» y el hecho tuvo abundante repercusión hasta en los sermones y pláticas en los que se presentaba el hecho como «indudable».

Este suceso —presagio de una gran victoria para los zaragozanos— intensificó los preparativos de la ciudad y ayudó a engrosar las listas de donativos que iba publicando diariamente la *Gaceta* de Zaragoza. En esta lista vuelve a aparecer el cariz religioso de la contienda: son

los eclesiásticos quienes la encabezan con cifras más altas.

Mientras tanto, las tropas del general Lefebre se acercaban a Zaragoza. Salidas de Pamplona el 6 de junio, vencieron el 8 en Tudela a las fuerzas del Marqués de Lazán y el 15 se presentaban ante los muros de Zaragoza.

Al frente de las tropas defensoras estaba precisamente el hermano del Marqués de Lazán, el brigadier José de Palafox que, estando en Bayona con Fernando VII, había logrado escaparse y venir hasta Zaragoza, su patria, disfrazado de pastor. Llegado a la ciudad cuando, veinte días antes, ésta buscaba un jefe, Palafox fue aclamado desde el primer momento como «libertador de la Patria».

De él nos ha ofrecido Pérez Galdós un vivo retrato en sus *Episodios nacionales*. Valdrá la pena recoger algunas de sus líneas de profunda agudeza psicológica:

Debía en gran parte su prestigio a su gran valor; pero también a la nobleza de su origen, al respeto con que siempre fue allí mirada la familia de Lazán, y a su hermosa y arrogante presencia. Era joven. Había pertenecido al cuerpo de Guardias y se le elogiaba mucho por haber despreciado los favores de una muy alta señora, tan famosa por su posición como por sus escándalos. Pero lo que más que nada hacía simpático al caudillo zaragozano era su indomable y serena valentía, aquel ardor juvenil con que acometía lo más peligroso y difícil, por simple afán de tocar un ideal de gloria.

Si carecía de dotes intelectuales para dirigir obra tan ardua como aquella, tuvo el acierto de reconocer su incompetencia y rodeóse de hombres insignes por distintos conceptos. Estos lo hacían todo y Palafox quedábase tan sólo con lo teatral. Sobre un pueblo en el que tanto prevalece la imaginación, no podía menos

de ejercer subyugador dominio aquel general joven, de ilustre familia y simpática figura, que se presentaba en todas partes, reanimando a los débiles y distribuyendo recompensas a los animosos.

Los zaragozanos habían simbolizado en él sus virtudes, su constancia, su patriotismo ideal con ribetes de místico y su fervor guerrero. En los puntos de peligro aparecía siempre Palafox como expresión humana del triunfo. Su voz reanimaba a los moribundos, y si la Virgen del Pilar hubiera hablado, no lo hubiera hecho por otra boca. Su rostro expresaba siempre una confianza suprema y en él la triunfal sonrisa infundía coraje como en otros momentos el ceño feroz. Como comprendía por instinto que parte del éxito era debido, más que a sus cualidades de general, a sus cualidades de actor, siempre se presentaba con todos sus arreos de gala, entorchados, plumas y veneras, y la atronadora música de los vivas y los aplausos le halagaban en extremo. Todo esto era preciso, pues ha de haber siempre algo de mutua adulación entre la hueste y el caudillo para que el enfático orgullo de la victoria arrastre a todos al heroísmo.

En uno de esos sus gestos teatrales había comenzado Palafox su tarea dirigiéndose al Pilar en un caballo blanco para besar la imagen del Pilar, y dos días después daría la orden de alistarse a todos los zaragozanos entre dieciséis y cuarenta años, tanto casados como mozos o viudos y tanto ricos como pobres. Con ellos formaría uno de los más peregrinos ejércitos de la historia militar, que contaba con poco más de 2.000 soldados de profesión mandados por 19 capitanes y 59 tenientes, a los que se sumarían hasta un total de 14.000 hombres todos cuantos en la ciudad podían manejar algún tipo de arma.

Con ellos resistiría el 15 de junio la feroz acometida de Lefebre que contaba con entrar en Zaragoza sin molestarse en tender un sitio previo.

En el largo rato que duró la batalla —escribe Casamayor— fueron muchas las vicisitudes, llegando a rompernos a cañonazos la puerta del Carmen e introducirse por ella, pero fueron rechazados, muertos y cogidos prisioneros cuantos entraron. Lo mismo sucedió en la del Portillo, hasta llegar a introducirse en la plaza, donde la artillería colocada junto a las tapias de Santa Inés los hizo arrinconar hacia el cuartel de Caballería y allí fueron muertos por los nuestros desde la casa de Misericordia, habiendo hecho en esta ocasión nuestros paisanos un esfuerzo de valor del que hay pocos ejemplares; al ver que se introducían, se tiraron a ellos, sin más defensa que sus nobles pechos y lograron irlos retirando a vivo fuego, alcanzando la más grave victoria que se ha visto en unos hombres no hechos a las balas y sin tener jefe ni timón sino el verdadero amor a la Religión y a la Patria. La confusión de las gentes no influyó en lo más mínimo en aquel sin igual heroísmo, así en la confianza en Dios y su Madre Santísima del Pilar como en socorrer a nuestros defensores, especialmente en las mujeres que, desde que dio principio el ataque, fueron a darles agua, vino y aguardiente, y suministrándoles de balas, pólvora, trapos para tacos y cuanto podía serles útil, logrando reanimar a nuestros vencedores y vencer a unos hombres feroces y temerarios.

El ingenuo estilo de Casamayor muestra mejor que nada el rústico estilo de guerra en el que todos participaban como en una pelea de familia, que tanto sorprendería y desconcertaría a los franceses. Cuando al día siguiente se llevaron al Pilar las banderas enemigas conquistadas, se adelantó entre quienes las llevaban un muchacho de once o doce años que la había arrebatado personalmente

después de matar al abanderado francés. Era una loca guerra de locos, más sometida a las leyes del entusiasmo que a las de la milicia.

Fue sin duda esta primera experiencia la que indujo a Lefebre a organizar un asedio en forma, tomándose tiempo y calma en preparar sus trincheras y apostar sus baterías, para reemprender el ataque quince días más tarde, precedido esta vez por un feroz bombardeo en el que cayeron sobre la ciudad mil cuatrocientas bombas y granadas. Pero no fue más feliz este asalto del 2 de julio. Nuevamente fue sangrienta la lucha. Y en este día, en la defensa de la puerta de Portillo, entró en las páginas de la historia Agustina de Aragón, esposa de un artillero, que se adueñó del cañón cuando su marido cayó muerto junto a él y consiguió transmitir su coraje a quienes defendían la puerta contra los franceses.

Comenzaba a convertirse así el sitio en «la guerra de las mujeres», que rivalizaban en coraje con los hombres. Pero no todas invertían su valor en disparar. Porque no era menos dura la pelea de las religiosas, que se veían y se deseaban para atender a la balumba de heridos que llegaba al ya abarrotado hospital. Sólo aquel día murieron unos 700 franceses y se contaron por miles sus heridos. Hay que pensar cifras parecidas entre los zaragozanos (aun cuando las crónicas de época traten de suavizar las cifras), sobre todo si se tiene en cuenta que la explosión del polvorín de cinco días antes tuvo por fuerza que causar numerosísimos heridos. No es difícil imaginarse un hospital que ve de pronto doblada su población de enfermos: camas por los claustros y pasillos, gritos de los que llegaban moribundos o malheridos, cirugías precipitadas, llantos de las gentes que acudían a ver a sus parientes. Y una veintena de religiosas trabajando día y noche para

cerca de cuatro mil hospitalizados, multiplicándose para preparar sus comidas, hacer sus curas, acallar sus gritos.

Había entre los sitiados un afán por presentar como menos angustiada su propia situación. Una carta enviada el 23 de este mes por fray Benito de los Dolores a don Pedro María Ric cuenta cuán inútiles son los bombardeos de los franceses. Y añade dulces tintas de milagro a su descripción: «Cayó una bomba en el Hospital general, en la misma habitación de los pacientes; pero sin el más mínimo daño a los enfermos, que quedaron admirados y dando gracias a Dios».

Desgraciadamente, no iba a ocurrir lo mismo con el espantoso ataque que los franceses desencadenarían el 31 de julio, poniendo esta vez como objetivo central de sus baterías precisamente el hospital donde nuestras protagonistas trabajaban. Difícilmente conocerá la historia un hecho más vergonzoso que el que vamos a narrar. En él, como confiesa el propio historiador francés Barón de Lejeune, «se transgredió abiertamente el derecho de gentes. Y es que tan incontrastable se consideraba el valor de los sitiados que, no esperando conmover aquellos pechos de diamante con el hierro y el plomo, se trataba de romperlos con un espectáculo cien veces más aterrador para ellos que la muerte».

¿Qué espectáculo era éste? Tras un feroz bombardeo de los días 1 y 2 de agosto, las baterías se concentraron el día tres sobre el santo Hospital y no cesaron de vomitar fuego sobre él durante todo un día. Los franceses —como ha comentado Schepeller— sabían muy bien a qué se destinaba aquel edificio. Pero, dada su enorme mole, debieron de pensar que, si lograban ocuparlo —entero o en ruinas—, desde él habrían dominado ya la ciudad entera. Y así se inició el espanto.

He aquí la descripción que de la jornada ofrece Casamayor en su *Diario*:

Donde fue mayor el daño fue en el santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia, donde estuvieron cayendo bombas casi continuamente, habiendo causado algunos muertos, entre ellos don Mateo Laguna, e igualmente tanto daño en las salas de los enfermos, que antes de mediodía fue preciso tomar providencia de sacarlos, dando licencia a todos los que quisieran irse, y para los que se quedaron se destinó la Real Audiencia, a donde fueron llevados por algunos religiosos en brazos y por varios paisanos en carros y parihuelas y al mismo tiempo en las camas, espectáculo que causaba la mayor compasión, que aumentaba el lamento de los pobres enfermos ayudados de los señores regidores, que con sus activas providencias, lograron, con la caridad de los fieles, trasladarlos, muy en breve y sin ninguna desgracia, a pesar de las muchas bombas que continuamente estaban cayendo, colocando a los enfermos de calenturas en el corredor alto, a los militares en la Sala de San Jorge, a los de Cirugía en el corredor de abajo, y a las mujeres en la Lonja de la ciudad, pero no habiendo bastante habitación para los hombres, los colocaron en la luna interior de dicha audiencia, destinando las Escribanías para los cirujanos y la Sala baja del Acuerdo para las demás precisas oficinas de tanto empleado. Este melancólico trastorno consternó los ánimos de todos y la caridad, tan natural, de los zaragozanos, tuvo mucho que merecer al ver tal catástrofe.

Más dramática es aún la descripción del historiador francés Lejeune:

Las bombas se dirigieron en principio sobre las casas próximas a los puntos atacados, después sobre el convento de San Francisco y, por último, sobre el gran Hospital de Nuestra Señora de Gracia, en el cual estaban recogidos los niños expósitos, los dementes y

los enfermos de todas clases. Estos proyectiles no mataron a nadie, pero causaron tal espanto, que muchos enfermos y heridos abandonaron sus lechos y saltaron a la calle por las ventanas para salvarse con más preseteza. Se les encontraba por la calle envueltos en trapos sangrientos y arrastrando por el arroyo sus miembros, horriblemente mutilados.

Los aragoneses, que estaban totalmente ocupados en la defensa de sus puestos, desplegaron, sin embargo, un celo superior a todo elogio en los cuidados que prestaron a estos infelices. En pocas horas fueron recogidos casi todos en lugar seguro y evacuado el Hospital. Las bombas reventaban a los pies de los que conducían a los enfermos; uno de estos, que estaba en la agonía, viendo que una de estas explosiones no había herido a nadie, tuvo aún fuerzas para exclamar: «¡Es la Virgen del Pilar que nos protege!». «¡Ella es!» respondieron los camilleros, y continuaron avanzando serenamente, en medio de los estallidos de todos estos proyectiles.

Junto al espanto de la situación, dos cosas destacan en estas narraciones: la sensación de que el traslado se hizo con orden y, dentro de lo que cabe, con serenidad; y la fortaleza interior tanto de los enfermos como de quienes los trasladaban. ¿Qué manos, qué almas prepararon esto? ¿Qué presencia oculta de almas fuertes hay detrás de esos datos? Entre la barbarie de los que disparan y el pánico de los que tratan de huir alguien se ha interpuesto, alguien ha colocado paz y trabajo, alguien ha logrado que ese traslado horrible se haga en pocas horas, de que cada enfermo se coloque en su sitio y ese otro milagro aún más alto de que los heridos sepan ver la mano de Dios en medio del espanto.

Este personaje oculto —del que apenas hablarán los grandes cricones— son las hermanas que atienden y

organizan el Hospital. Ese personaje silencioso y pacificador se llama, sobre todo, María Rafols.

¿Floreillas o historia?

Y aquí debemos detenernos para formularnos una pregunta muy importante: las historias que la tradición nos ha transmitido —y que pintan a la Madre María como la «heroína de los Sitios»— ¿son realmente parte de la historia o se trata simplemente de «floreillas espirituales», fruto del cariño de sus sucesoras y nacidas al calor del entusiasmo patriótico como piezas de la leyenda dorada que rodea a los santos?

Una lectura precipitada de las narraciones que las religiosas de Santa Ana hacen en las actas del Proceso de Beatificación referentes a estos años del Sitio induciría a pensar que estamos más cerca del cuento piadoso que del dato histórico. Sobre todo porque el hombre moderno tiene una especie de «alergia» a lo maravilloso. Pero una lectura más atenta y, sobre todo, una compulsación con los documentos antiguos, certifica sin lugar a dudas que estamos ante hechos que, al menos en su meollo, son rigurosamente históricos. Puede que en estas narraciones haya datos parciales, añadidos por la imaginación y la piedad con el paso de los tiempos, pero lo fundamental de los mismos está hoy tan documentado como pudieran estarlo las demás historias de los Sitios de Zaragoza.

En la serie de relaciones sobre el origen de las hermandades —que Tellechea ha publicado en *Mosén Juan Bonel, Pasionero*— se recogen nada menos que cuatro documentos sobre la actividad de las hermanas durante los Sitios, que vienen a coincidir plenamente con cuanto

más tarde han desarrollado los historiadores y con lo que las hermanas contarán en el proceso como recibido por tradición interior del convento. Citaré esos documentos por su orden cronológico:

Ya en la famosa *Noticia* de 1810 se dice: «Solamente se ha propuesto dar una sucinta noticia de la admisión y establecimiento de estas Hermandades en el Hospital y, por ello, se omite referir por menor los servicios y méritos contraídos por las hermanas en todos los tiempos y particularmente en los años 1808 y 1809, en los que se experimentaron a causa de la guerra tantos trabajos y calamidades, que sólo con el auxilio de Dios pudieron hacerse superiores a ellas».

Algo más expresiva es la *Relación* de 1816: «En el tiempo calamitoso de los dos asedios, en que al Hospital faltaron todos los recursos, se dedicaron a pedir por la ciudad limosnas de dinero, efectos, ropas, consiguiendo muy felices resultados. Algunos días de la semana dejaban toda su ración a beneficio de los pobres enfermos y también cedieron a los mismos en 1810 doscientas libras, trece sueldos y doce dineros, que alcanzaban de los salarios vencidos en 1808 y 1809. De las veintiuna de que se componía esta Hermandad, perecieron en la epidemia del Sitio envueltas en el contagio, sin desamparar su instituto, doce».

Nuevos y más amplios datos tenemos en la *Noticia* de 1823: «Las hermanas se habían ido aumentando y eran ya veintiuna cuando sobrevinieron los Sitios de esta ciudad; en los cuales no sólo no desampararon sus destinos, sino que arrostraron todos los peligros, ya en la traslación de los enfermos y efectos que se pudieron salvar del incendio del Hospital antiguo, ya a servir a toda clase de enfermos, hasta los soldados, en el segundo

Sitio, sin arredrarles la escasez y aun falta de asistencias a las veces, ni lo contagioso de la epidemia que reinaba, habiendo muerto nueve de ellas víctimas de la Caridad. También en este calamitoso tiempo de los Sitios, en que se destruyó el edificio antiguo del Hospital y le faltaron todos los recursos para sostener los muchos enfermos que se refugiaban a los edificios provisionales que se destinaron a suplir la falta de aquél, se dedicaron las hermanas a pedir por la ciudad limosna de dinero, efectos y ropas con muy felices resultados, y algunos días de la semana dejaban ellas toda su ración a beneficio de los pobres enfermos...»

Algún dato nuevo encontramos aún en la famosa *Relación* de 1869: «En los años 1808 y 1809 fue donde la caridad evangélica de esta Institución rayó a mayor altura; en efecto, sitiada Zaragoza, bombardeada, y lo mismo el Hospital, ellas ayudaron a sacar a los enfermos del medio de los proyectiles; ellas les conducían y alojaban, los asistían y salían a pedir de puerta en puerta el sustento para socorrerlos, ellas fueron a Torrero a suplicar al general sitiador provisiones para sus enfermos; ellas fueron, en medio de la gruesa metralla, a curar los heridos españoles al mismo campo francés».

Estamos —¿hace falta subrayarlo?— ante documentos puramente burocráticos. Pero a través de su fría prosa nos llega el escalofrío de lo heroico: el testimonio de veintiuna religiosas que —bajo la dirección de la Madre María— fueron mucho más allá de lo que puede la naturaleza humana en su entrega a sus hermanos. ¿Hay milagro mayor?

El incendio del Hospital

Y las cosas no fueron más fáciles tras aquel fatídico 3 de agosto. El día 4 los franceses se introdujeron en el Hospital y concluyó su toma el día 5, en el que entraron «destrozándolo, quemando el granero y matando a los hermanos dementes que lo guardaban y cometiendo cuanto su indignidad les sugería».

Afortunadamente, ese día 5 llegó algo de consuelo: por un lado las noticias de la batalla de Bailén que podía cambiar la suerte de la guerra y, por otro, la llegada de algunos refuerzos que permitieron «subsana el desorden del día anterior, animando a nuestros defensores, que lograron desalojarlos de una porción de casas que ocupaban de las inmediaciones del Hospital». «Estos dos días —añade con pincelada dramática Casamayor— pasaron tantas aflicciones los pobres enfermos del Hospital, que no tomaron sino caldo de especias por falta de carne, ni la hubo en tabla alguna de la ciudad».

Era la llegada del hambre. La ciudad —sitiada casi ya dos meses— había resistido hasta entonces probablemente, pero ahora todo comenzaba a escasear. Y, si era angustioso para una madre de familia buscar comida para sus dos, cuatro, seis hijos, ¿qué sería para unas religiosas que debían cuidarse de la comida de cuatro o seis mil hijos suyos? Todo lo habían perdido en el bombardeo del Hospital. Allí perecieron —según el documento que transcribe Pano— «los preciosos y abundantes efectos de botica, utensilios, sábanas, almohadas, colchones, acopios de grano, vino y aceite y un numeroso rebaño, estimadas todas estas pérdidas en 25 millones (de reales de vellón). Se expresa todo con decir que cuanto se salvó y quedó propio del Hospital, eran las ropas llevadas a la

limpieza, único recurso para los enfermos, y habiéndose además desde aquel día de acudir a buscarles el alimento del día y sucesivos. Sufrieron los enfermos incomodidades, desnudez, privaciones, como se deja conocer, a resultas de una traslación repentina, sobresaltada y en momentos en que todos los vecinos de esta ciudad estaban entregados a la mayor excitación; sin embargo, no hay colorido suficiente a dibujar lo que padecieron los enfermos y heridos en la defensa de la ciudad, ni la pobreza en que estuvieron constituidos».

Con certeza nadie padeció tanto esta penuria como las hermanas que les atendían. También ellas perdieron su propio ajuar y les quedó, como a los demás, lo puesto y lo que tuvieran en la lavandería. Ni tocas tenían para cambiarse, pues hasta las que llegaron de la colada se habían deshecho para fabricar con ellas vendas para los heridos. El propio *Libro de Sitiadas* certificará más tarde que «fueron tantos los trabajos y calamidades que experimentaron las hermanas a causa de la guerra, que sólo con el auxilio de Dios pudieron hacerse superiores a ellas».

El 14 de agosto de 1808 amaneció Zaragoza libre de franceses, al recibir Lefebre —tras la gran derrota de Bailén— una orden de retirada. Pero en su repliegue dejaron los franceses ardiendo gran parte de la ciudad, el Hospital general concretamente quedó reducido, ya para siempre, a pavesas. En este incendio perderíamos, entre otras cosas, el archivo de Sitiadas, fuente que hoy sería impagable para documentar todos estos años anteriores.

La ciudad era en aquellos días un campo de muerte.

Las calles —testimonia Casamayor con su ingenuo y mal trazado estilo— quedaron llenas de ruinas, de cadáveres suyos y de sus caballos, que todo daba un

hedor insufrible; pero todo lo sufrió este valeroso pueblo con la mayor bizarría de ánimo al verse libre de tales enemigos y que María del Pilar había triunfado sin detrimento de su templo, al que concurrió la gente, llena del más expresivo agradecimiento, a tributarle las debidas gracias.

La paz, más dura que la guerra

Pero si concluía —por el momento— la guerra, no concluía la miseria. Quedaban las dramáticas consecuencias de la batalla, más duras que ella misma.

Afortunadamente, de este período entre los dos sitios contamos con una amplia documentación histórica —al reaparecer las actas de la Sitiada— y resulta verdaderamente escalofriante.

Había, por de pronto, que buscar una nueva instalación para enfermos y heridos, colocados a la buena de Dios y como se pudo durante el asedio. El 16 de agosto Palafox da la orden de que se trasladen todos a la Real Casa de Misericordia. Y comienza ahora el segundo traslado que, aunque menos peligroso que el primero, no resultaba, sin embargo, menos penoso. Había que organizarlo todo con inteligencia, buscar cientos de camas, de ropas, cuando faltaba todo. Y había que hacerlo sin pérdida de tiempo, porque muchos heridos no podían soportar el retraso de un solo día.

Asombrosamente, cuando pocas semanas después Palafox visita el hospital, puede manifestar «la satisfacción que tenía de ver que, a pesar de tanto número de enfermos, se les proporcionaba una asistencia que no podía prometerse». «Y aún —dice el acta de la visita— tuvo Su Excelencia la bondad de probar el caldo que se les

iba dando y manifestó a los enfermos que bien podían tomarlo, pues estaba bien condimentado».

Y otra vez aparecerá en este acta una nota significativa para nuestras protagonistas: «Notó igualmente que estaban más aseadas las salas del departamento dirigido por las hermanas; pero no extrañó no fuese igual el de las cuidadas por hombres, porque eso lo lleva la condición del sexo». Esta frase, firmada por un secretario burócrata, es todo un tesoro de elogio. Y a él se añade la comprobación de que «había el cuidado que difícilmente se encuentra en otros hospitales de infinito menos número de enfermos que el que hay en este».

Pronto se quedará pequeño. El 26 de octubre tendrán que hacer un tercer traslado pasando los enfermos civiles al antiguo Hospital de Convalecientes, mientras quedan los militares en el de la Misericordia. Hay en esta época ya, aparte de los 2.000 enfermos habituales, nada menos que 2.537 militares.

Las necesidades son infinitas. En octubre se autoriza una cuestación por toda España y se piden camas a las comunidades religiosas. Todas las dependencias del hospital están ocupadas por los enfermos y el barón de Purroy tiene que ofrecer su casa personal para celebrar las reuniones de la Junta, que no tiene un rincón donde hacerlo en el Hospital. En este mes de octubre se cursa otra circular a todos los sacerdotes y ayuntamientos de la provincia a fin de recabar limosnas, y se busca cómo conseguir un empréstito para el hospital.

Agrava la situación el hecho de que el ejército no paga las estancias de los soldados heridos. Cuando se consigue un libramiento para cobrarlo, se queda en el papel por no poderlo cobrar.

El segundo sitio

No se había repuesto la ciudad de los espantos del primer sitio cuando llegó el segundo, mucho más horroroso que el primero. El orgullo de Napoleón no podía soportar el sentirse detenido ante una pequeña ciudad y por un general desconocido. Por ello, sin dejar tiempo a Zaragoza para reponerse del asedio, envió en diciembre a Moncey con un fuerte ejército (48.984 soldados, 5.839 caballos y abundante artillería), a cuyo frente situaría después a uno de sus mejores generales, el mariscal Latines.

Esta vez Palafox iba a cometer un tremendo error táctico. Previendo el nuevo asalto enemigo, había ido acarreando en Zaragoza un ejército muy superior al que había resistido en el primer sitio: nada menos que 35.000 soldados reunió esta vez, con lo que la población de Zaragoza (que contaba por aquellas fechas con unos 43.000 habitantes) se vio doblada. No contaba Palafox con el capitán Hambre que es, en definitiva, quien siempre gana en una ciudad sitiada. A ello se añadiría la pésima situación sanitaria en que la ciudad se encontraba, con muchos cadáveres aún sin enterrar entre las ruinas, expuesta a todo tipo de epidemias. Para colmo, un porcentaje no pequeño de los soldados llegados de Valencia y de Murcia estaban enfermos y mal nutridos. De ahí que el verdadero protagonista de este sitio iba a ser la salud mucho más que las armas. Por cada hombre que moría bajo las bombas, arrebatava cuatro la miseria y la mala alimentación.

Toda Zaragoza se convirtió en un creciente hospital. A finales de diciembre había ya más de 6.000 enfermos en el hospital de la Misericordia, y a lo largo de aquellos dos meses se calcula que cada día entraban 400 enfer-

mos nuevos en los hospitales a ocupar las camas de los 350 que cada día morían.

Leer hoy el diario de Casamayor es asistir a esta feroz escalada de enfermedad y muerte:

7 de enero: «Los enfermos siguieron muriéndose cada día más y para su mayor comodidad se mandaron abrir algunas casas que estaban cerradas por ausencia de sus dueños, a donde se colocaron y se tuvo colegio de médicos para tratar del medio más útil, pues cada día se notaba irse cayendo muertos por las calles, por falta de hospitales y facultativos».

16 de enero: Los enfermos siguieron en el mayor apuro y no hubo carne ni para ellos, ni pan blanco».

21 de enero: «Estos días no hubo carnero ni aun para los enfermos, pasándose ya mucha necesidad en los hospitales, donde morían muchísimos por la carestía, hasta de camas y ropas, especialmente de la tropa, lo que llamó la atención de S. E. y mandó a la Junta de Sanidad declarase si eran epidémicas las enfermedades que se padecía, la que contestó no eran sino causadas de la miseria, poco aseo y falta de alimentos y camas».

28 de enero: «Zaragoza presentó hoy el cuadro más melancólico, con tanto fuego en el aire, tanta ruina, tanto enfermo y tanto muerto en carros que de los hospitales y casas se sacaban para la sepultura, aumentándolo la gran carestía de alimentos».

29 de enero: «Hoy todo fue melancólico y mayor que nunca el número de enfermos, habiendo llegado a morir trescientos, lo que tenía a todos en la mayor consternación, huyendo unos a las casas de los otros por el temor de las bombas y llegando a ser tan considerable el número de los enfermos, que todo el círculo inmediato de la Santa Capilla (del Pilar) estaba lleno de camas y

aun por las capillas inmediatas, lo que llamó la atención de S. E. y mandó se retirasen y se purificase. No fue menor la carestía de pan, a pesar de que no se conocía otro que de munición. Tampoco hubo carne ni aun para los enfermos, lo que todo, ciertamente, hacía una vista la más melancólica y triste que pueda imaginarse».

31 de enero: «En lo demás todo fue como el día anterior: muchos enfermos y muchísimos muertos».

2 de febrero: «Hoy se hicieron algunas justicias, amaneciendo ahorcado el administrador de utensilios, por haber ocultado 20.000 camas cuando los enfermos se morían en el suelo, por cuya causa han fallecido muchos miles de soldados».

5 de febrero: «También cayeron otras bombas en el Hospital de la Misericordia y convento de San Ildefonso, de donde fue preciso trasladar los voluntarios de Aragón que estaban allí enfermos, pues enfermó toda o la mayor parte de la tropa, que seguramente fue una de las mayores fatalidades que sobrevinieron».

7 de febrero: «Estos días se careció de carne aun para los enfermos y de orden de Su Excelencia se mandó no se vendieran las gallinas más que a cuatro pesetas, pues las llegaban a vender a 80 reales, siendo para los enfermos, los que aumentaron mucho y se morían tanto de la tropa como del vecindario, lo que causaba el mayor desconsuelo, faltándoles el alimento y asistencia aun de sus mismos interesados».

9 de febrero: «Fue un día muy triste y melancólico al ver los infinitos muertos que por todas las calles se hallaban como abandonados, especialmente en las puertas de algunos templos».

13 de febrero: «Los muertos aumentaron, siendo preciso mandarlos enterrar por no verlos en las calles y

puertas de las iglesias hacinados, la mayor parte desnudos, sacándoles de los hospitales y casas; por lo que se mandó llevarlos en carros a los cementerios de los conventos y parroquias por no poder salir ya de la ciudad».

14 de febrero: «Este día las cosas llegaron a tal extremo y apuro, que no se hallaba para comer ni para sanos y enfermos, y el pan era tan escaso que fue preciso poner guardia en los hornos, para no dar sino un sueldo a cada uno y comiendo el soldado galleta; habiéndose aumentado tanto el número de enfermos y muertos, que pasaban de 300 al día, sin poder administrarles el Santo Viático por el riesgo de las bombas, siendo igualmente escasísimo el número de médicos, aunque las enfermedades no eran epidémicas, pues la mayor parte morían de poquedad de ánimo, porquería y miseria».

20 de febrero: «De tres a cinco las bombas causaron infinitos muertos, con tal exceso que la campana del reloj mayor no podía dar todos los avisos».

Así se llegó a la rendición, cuando Zaragoza ya no era sino una ciudad de moribundos. Que venían a sumarse a los 52.000 cadáveres que yacían en ella sin enterrar.

Pérez Galdós ha pintado patéticamente esas horas finales poniendo en boca de su Gabriel Araceli esta descripción:

Yo estoy exánime y no me puedo mover. Estos hombres que veo pasar por delante de mí no parecen hombres. Están flacos, macilentos y sus rostros serían amarillos si no los ennegrecieran el polvo y el humo. Brillan bajo la negra ceja los ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de inmundos harapos y un pañizuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de

la calle de la Imprenta que se hubieran levantado para relevar a los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice. La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos. No hay clases ni sexos. Nadie manda ya, y la ciudad se defiende en la anarquía.

Acierta Galdós al describir el horror de esta hora. Pero se equivoca al creer que nadie sabe lo que dice, que nadie lucha con la fe bien asentada en la cabeza.

Y, por fortuna, tampoco esta vez tenemos que acudir a la leyenda. Los documentos históricos —breves, pero suficientes— nos documentan la tremenda entrega de María Rafols y sus hermanas en esta hora terrible.

A su trabajo con los enfermos se unirá ahora el que realizan con los prisioneros, mucho más difícil que el que los enfermos exigían. Las actas de la Sitiada aportan documentación suficiente. La del 12 de febrero de 1811 nos transcribe la petición oficial hecha por el Comandante de la Plaza para que «las Hermanas de la Caridad se encarguen de hacer guisar y distribuir la comida a los prisioneros de guerra». Y en el acta de renuncia de la Madre María, de septiembre del mismo año, encontramos la alusión a que «ha procurado cumplir [...] con el encargo que le hizo el Gobierno para la asistencia y alivio de los pobres prisioneros».

No debieron de faltar complicaciones en este trabajo. ¿Hemos de creer aquí las narraciones hechas por la tradición de las Hermanas y según la cual la Madre habría usado su ingenio para liberar a algunos de estos prisioneros o disfrazándolos de mujer o camuflándolos en los

carros de la comida o de los muertos? Es difícil asegurarlo. Pero lo cierto es que son muchos los documentos que parecen establecer una curiosa relación entre «los vestidos» y «la libertad». He aquí algunos tomados de las certificaciones dadas al P. Bonal en 1817 y 1828:

«El universal cuidado de los cautivos corrió siempre a cuenta de los sacerdotes de esta Casa [...] se redimían muchos, se les guisaba, y con ingeniosa caridad se les proporcionaban vestidos y calzados y con ellos la justísima libertad». ¿Qué «ingeniosa» caridad es ésta? «Y durante la dominación enemiga un sinnúmero de prisioneros recibieron de este piadoso asilo vestidos con qué cubrirse y con ellos muchos recobraron su deseada libertad». ¿Por qué, de nuevo, esa relación entre vestidos y libertad? Podrían multiplicarse antiquísimos documentos, prácticamente de la época, que vendrían a confirmar lo que la tradición señala.

¿Y qué pensar de la famosa visita que la Madre Rafols habría hecho a las filas francesas para suplicar de los generales franceses la liberación de varios condenados a muerte? Esta narración aparece, con algunas variantes —a veces es el general Lefebre, otras es Lannes; a veces es durante la batalla, otras al concluir ésta— en diversas relaciones presentadas por las hermanas en el Proceso de Beatificación y parece muy sólida en la tradición transmitida dentro de la Congregación. Pero ¿es histórica? La dureza de los generales franceses, el terrible ambiente que entonces se vivía, invitaría a pensar que se trata más de una bella leyenda que de una realidad. ¡Lannes ablandándose ante las súplicas de una mujer, cuando tan arteramente incumplió la mayor parte de las cosas firmadas en la capitulación de la ciudad! Y, sin embargo, los datos históricos vuelven a estar a favor de la tradición.

Sabemos que es cierto que las hermanas «fueron, en medio de la gruesa metralla, a curar a los heridos españoles al mismo campo francés» (*Relación* de 1869). Sabemos —y aquí coinciden a la letra dos documentos de 1820 y de 1828, firmados por don Vicente Ximénez y don Agustín Sevil en sendas letras comendaticias del P. Bonal— que el P. Juan «junto con las Hermanas de la Caridad logró que dos españoles sentenciados a muerte quedasen libres». Puede, pues, que la escenografía —el general a caballo, bajándose para recibir a la Hermana; o la Hermana entrando en pleno banquete de la victoria— sea un añadido imaginativo de la tradición. Pero el hecho sustancial está ahí, con documentos de la época.

Y si esto ocurrió con los presos, ¡cuánto más con sus enfermos, que eran sus hijos de siempre! A nadie le extraña ya que en los momentos de mayor hambre del segundo sitio cruzara la Madre María las líneas enemigas y se llegara «a Torrero a suplicar al general sitiador provisiones para sus enfermos» (*Relación* de 1869). Pero dejemos esta vez la palabra a la madre Josefa Bádenas, que nos lo cuente con su lengua sencilla:

Durante los asedios de Zaragoza, en el Hospital vino a faltar lo necesario para el sustento de los enfermos. Y la Madre Rafols, con otras dos religiosas, una llamada Tecla Canti y otra creo que llamada Juliana, fueron al campamento francés atravesando muchos peligros y muchas amenazas de las avanzadillas enemigas y, tras grandes dificultades e insultos, consiguieron llegar a la presencia del general francés, al cual expuso en su lengua catalana la estrechez y miseria que afligían al Santo Hospital a causa de la escasez de medios y víveres. Habló al general francés con tanta humildad y con palabras tan persuasivas, que le concedió sus peticiones dándoles víveres y además un salvoconducto,

que yo misma vi en el armario del Santo Hospital, que me lo enseñó la madre Martina Balaguer, a fin de que la Madre Rafols y las hermanas pudieran continuar recogiendo los restos y residuos del pan y la carne del ejército francés.

Así es como María Rafols adquirió el derecho a ser considerada el ángel de los Sitios de Zaragoza. Si en estas jornadas otras mujeres destacaron por su valor junto a los cañones, hubo una mujer que —capitaneando a un grupo de hermanas— supo estar junto al otro cañón mucho más importante del amor. Donde otros destruían, ellas curaban. Donde otros disparaban con odio, ellas ponían vendas con amor. Era el heroísmo de los que aman en silencio. De los que testimonian que Dios es vida en medio de la muerte.

Capítulo IX

EL VIENTO DE LA INGRATITUD

Cuando una guerra acaba, la guerra no termina. Tanto que es difícil decir si, en una guerra, lo peor es la lucha o sus consecuencias. Para Zaragoza, ciertamente, no fueron más fáciles los primeros años de dominio francés que los terribles de los sitios. La capitulación detuvo las matanzas, pero no la muerte.

El desorden en la ciudad era absoluto. La simple retirada de los muertos entre los escombros llevó muchas semanas, con lo que la epidemia siguió segando vidas: 8.000 civiles murieron sólo en el primer año de la ocupación francesa. Las cárceles rebosaban de prisioneros, los hospitales de enfermos. Los principales defensores de la ciudad —Palafox entre ellos— fueron deportados. Zaragoza fue evacuada de tropas españolas y los franceses impusieron un dominio no menos odioso que había sido el asedio.

La tristeza dominaba a los zaragozanos. Su orgullo humillado hacía que muchos no osaran ni salir de sus casas. Parecía que se hubiera multiplicado el odio al invasor ahora que éste se había convertido en dueño y señor y hacía todo lo posible para que esta su condición de vencedor quedara bien clara a todas horas.

Destruído íntegramente y sin posibilidades de reconstrucción el gran hospital antiguo, hubo que resignarse a la idea de instalar el nuevo —dándole el viejo y glorioso nombre de Nuestra Señora de Gracia— en el que fuera de convalecientes, fundado en 1677 por don Diego

del Hospital», aparte de que se podrían seguir algunos inconvenientes «de que pernocten en dicho paraje». La solución es salomónica: no pernoctarán allí, pero dos de ellas se trasladarán todos los días a este hospital para también atenderlo. Hay más aún: se las llega a pedir que acompañen a las condenadas a muerte. Y nuestras hermanas llegarán hasta el mismo cadalso para extender su ternura.

Y ahora otra vez el asombro: en medio de tanta miseria, en este clima de hambre absoluta, aún les sobra parte de la miserable comida que reciben y llenas están las actas de la Sitiada de recibos de estos «despintes» con lo devuelto por ellas:

16 de septiembre de 1809: Las Hermanas de la Caridad han beneficiado en los meses de julio y agosto último 576 raciones de pan y 358 de carne.

17 de febrero de 1810: Las Hermanas de la Caridad han dejado en los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1809 la cantidad de 679 raciones de carne, que hacen 56 libras y 21 onzas, y 252 raciones de pan.

12 de junio de 1810: Don Mariano Roncal presentó razón de lo que han dejado las Hermanas de la Caridad en los seis primeros meses de 1810 de la ración que tienen señalada, y es lo siguiente: Carne 2.450 raciones, que hacen 204 libras y seis onzas. Pan 864 raciones, que hacen 288 libras.

22 de octubre de 1810: El Receptor se carga en Caja al folio 47: 200 libras, 13 sueldos, 8 dineros que han cedido las Hermanas de la Caridad a beneficio de los pobres enfermos de este santo hospital, cuya cantidad alcanzaban en su cédulas de asistencias con que debe contribuirles el mismo, correspondientes a los años 1808 y 1809.

9 de noviembre de 1810: Las Hermanas de la Caridad han dejado de percibir en todo el mes de septiembre de 1810, 770 raciones de carne, que hacen 64 libras y seis onzas. Y asimismo han dejado de recibir en dicho mes una arroba, veinte libras de pan en 168 raciones.

La lista podría ser enorme: mes a mes, puntualmente, los escribanos van certificándonos que las religiosas (a quienes se atribuía la misma comida que a los eclesiásticos) devolvían una gran parte de lo recibido: ¡O mucho servían de comida a los eclesiásticos o poquísimo comían ellas!

Aún hay más: las religiosas no sólo devuelven de lo suyo, sino también de lo que la caridad hace llegar a sus bolsillos. Son en este campo muy justamente famosos los enormes bolsillos de la Madre María. Eran como una despensa ambulante en la que siempre se encontraba algo. Nada tiene de extraño que, como dice un testigo, «a causa del prestigio de su virtud recibiera limosnas y donativos para los enfermos y expósitos», por lo que bien puede calificar de «copiosas» las limosnas el libro de actas de la Sitiada.

Especial cariño tenía hacia los prisioneros, a quienes «proveía de toda clase de alimentos». Chocolate, bizcochos y toda clase de golosinas con limosnas que para ello la gente le daba. Otras veces los propios oficiales y prisioneros «le encargaban comprar aquel delicado alimento —chocolate— por libras o cuarterones y ella se lo procuraba puntualmente hasta mandándolo hacer, según la importancia de los encargos». Y esta caridad le dará, como veremos, graves dolores de cabeza.

También en este período volvemos a encontrarnos con páginas que no sabemos si atribuir a la historia o a la

leyenda dorada. El P. Calasanz Rabaza las describe con naturalidad y entusiasmo. También las cuentan como reales varias religiosas como vividas por tradición desde siempre en sus comunidades. El propio Sanz Artibucilla —aunque menos retóricamente— las da por buenas. He aquí su resumen:

Su presencia iluminaba las horas tristes de la prisión; siempre era acogida con alegría; en su celo caritativo no se detenía ante ningún obstáculo y así, hoy uno, mañana otro, valiéndose de ingeniosos ardides, les facilitaba la fuga cambiándoles de vestidos, sacándoles en el carro de los muertos o debajo del carro del suministro. Esto era una temeridad rayana en la locura; una exposición constante de su vida; pero el Señor la salvaguardaba de manera sorprendente. Las delaciones se sucedían: Detuvieron el carrito en uno de los viajes y providencialmente aquel día no llevaba ningún prisionero y la dejaron pasar. Pero no siempre fue tan afortunada. Otra vez la cogieron salvando prisioneros. Ya estaba de rodillas ofreciendo su vida al Señor y esperando la descarga cuando aquellos hombres azeados a los horrores de la guerra, sin razón humana que lo explique, bajaron sus armas y la dejaron en paz. La actitud de la sierva de Dios los desarmó; la magia de su bondad venció a la ira de los guerreros.

¿Historia? ¿Florecillas de leyenda? Necesitaríamos muchos más datos y documentos para responder a estas preguntas.

Sí conocemos, en cambio, otros problemas mucho más dolorosos y vividos con no menor entrega espiritual. No siempre lo brillante es lo más importante.

Porque sobre María Rafols y los suyos comienza a girar el viento más cruel. En *El zapato de raso*, de Claudel, uno de los personajes pregunta al rey de España qué

premio ha preparado para Rodrigo, el hombre que ha conquistado para la corona española naciones y naciones en América. Y el rey contesta: «Hijo mío, su recompensa será la única que es suficientemente grande para él: la ingratitud».

La ingratitud, este será el negro pájaro que llenará durante meses el sueño de la Madre María. En la Junta de Sitiada que rige el hospital no están ya la mayor parte de los ilustres caballeros que tanto las quisieron y apreciaron. Los recién llegados son afrancesados, gente que está al par de las nuevas ideas y que trata de estar a bien con los nuevos gobernantes. Son gentes que han de exhibir constantemente su «apertura de espíritu» y ya se sabe que no hay progresista peor que el que necesita demostrarlo todos los días. Son gentes que recelan de las hermanas, ven en ellas al enemigo. Y se portan con ellas con cicaterías verdaderamente incomprensibles.

Y van a atacar por lo más absurdo. ¿Que las monjas han sido siempre la misma generosidad, el mismo sacrificio en todo? Pues los nuevos dirigentes van a acusarlas de derrochadoras, de despilfarradoras. ¿Hay acusación más absurda? No la hay, pero la eligen como si se dieran cuenta de que nada nos duele más que el que, habiendo sido generosos, se nos acuse de tacaños.

En 4 de abril de 1811, cuando aún estaban las actas llenas del exceso de generosidad de las hermanas, el nuevo Contador de la Junta les pide que den cuenta exacta de las limosnas que reciben en el plato de las iglesias.

Y el 20 de mayo una chinchorrería más: tras volver a insistirse en las actas de que presenten sus cuentas minuciosamente, se añade una nueva intriga: «Que las mismas den cuenta de los gastos que ocasionan y de lo que

producen el gallinero, palomar y conejar, manifestando en qué invierten sus productos».

¡Cualquier motivo es bueno para fastidiar! Y un buen chapatintas se siente muy orgulloso porque él «va a atar corto a las monjitas».

Esta vez la Madre María no puede contenerse y, en un documento que impresiona a la vez por su humildad y su valentía, comienza asegurando que «las hermanas de este Santo Hospital, obedientes a las disposiciones de V.S.I., presentan las cuentas del expresado plato y quedan en entregar semanalmente en Receptoría cuanto en adelante se recoja en él».

Pero, una vez expresada la obediencia, proclama que las hermanas «han dejado a favor de los pobres su propio alimento y asistencias con que se les contribuye para sus indispensables gastos, pues sobre ser estos hechos notorios, resaltan en gran parte en los libros de cuentas del hospital». Explica a continuación —saliendo al paso de otra calumnia— que por las manos de las hermanas no ha pasado más chocolate que el que las limosnas daban para los enfermos y el que los prisioneros pudientes le encargaron comprar. Porque «las hermanas sólo lo toman cuando están enfermas y el médico lo dispone».

Pasa luego al asunto de las gallinas y los conejos y añade: «Que las hermanas no han tenido nunca palomar ni gallinero y nada han invertido en este ramo: y si bien tuvieron seis gallinas que trajo de Huesca don Genaro Labairu, que le dieron las hermanas de dicha ciudad, nada gastaron al hospital, y creyendo que no podían traer cuenta al hospital, las mataron e invirtieron en la olla de los sustentos; y que en el día tienen algunos conejos y no son de manera alguna gravosos, pues los mantienen con las hierbas de la huerta y están prontas las hermanas a

hacer de ellos según disponga la Sitiada; de consiguiendo, se infiere que no ha habido utilidad alguna en estos ramos de que puedan dar cuenta las hermanas».

Impresiona el afán fiscalizador y cicatero de los nuevos dirigentes en contraste con la generosidad a raudales de las religiosas. Pero, desgraciadamente, estas cicaterías eran sólo las primeras escaramuzas de la gran batalla que se preparaba y que pondrá en peligro hasta la misma existencia de la Hermandad.

¿Qué hay debajo de todo esto? Hay, por de pronto, una profunda lucha ideológica que los problemas políticos van a complicar. Los afrancesados ven en María Rafols y en el P. Juan Bonal dos restos de un mundo que ellos quisieran borrar. Y en lugar de entablar con ellos un diálogo serio, que clarificase las posturas, tratan —azuzados por ese clima político tenso— de descalificarles sin más: son enemigos que deben ser puestos fuera de juego para poder aplicar sus ideas y reformas. Desgraciadamente, quienes vienen con ideas más liberales actuarán como los peores dictadores, oprimirán, aplastarán. Este planteamiento llevó en política a las interminables guerras carlistas. Aquí no habrá guerra. Los afrancesados han topado con un hombre y una mujer de Dios, que lucharán callada y limpiamente, que se dejarán pisar y aceptarán las humillaciones en silencio. Tal vez empieza ahora para ellos el tercer gran «sitio de Zaragoza». En el interior de sus almas.

producen el gallinero, palomar y conejar, manifestando en qué invierten sus productos».

¡Cualquier motivo es bueno para fastidiar! Y un buen chupatintas se siente muy orgulloso porque él «va a atar corto a las monjitas».

Esta vez la Madre María no puede contenerse y, en un documento que impresiona a la vez por su humildad y su valentía, comienza asegurando que «las hermanas de este Santo Hospital, obedientes a las disposiciones de V.S.I., presentan las cuentas del expresado plato y quedan en entregar semanalmente en Receptoría cuanto en adelante se recoja en él».

Pero, una vez expresada la obediencia, proclama que las hermanas «han dejado a favor de los pobres su propio alimento y asistencias con que se les contribuye para sus indispensables gastos, pues sobre ser estos hechos notorios, resaltan en gran parte en los libros de cuentas del hospital». Explica a continuación —saliendo al paso de otra calumnia— que por las manos de las hermanas no ha pasado más chocolate que el que las limosnas daban para los enfermos y el que los prisioneros pudientes le encargaron comprar. Porque «las hermanas sólo lo toman cuando están enfermas y el médico lo dispone».

Pasa luego al asunto de las gallinas y los conejos y añade: «Que las hermanas no han tenido nunca palomar ni gallinero y nada han invertido en este ramo: y si bien tuvieron seis gallinas que trajo de Huesca don Genaro Labairu, que le dieron las hermanas de dicha ciudad, nada gastaron al hospital, y creyendo que no podían traer cuenta al hospital, las mataron e invirtieron en la olla de los sustentos; y que en el día tienen algunos conejos y no son de manera alguna gravosos, pues los mantienen con las hierbas de la huerta y están prontas las hermanas a

hacer de ellos según disponga la Sitiada; de consiguiendo, se infiere que no ha habido utilidad alguna en estos ramos de que puedan dar cuenta las hermanas».

Impresiona el afán fiscalizador y cicatero de los nuevos dirigentes en contraste con la generosidad a raudales de las religiosas. Pero, desgraciadamente, estas cicaterías eran sólo las primeras escaramuzas de la gran batalla que se preparaba y que pondrá en peligro hasta la misma existencia de la Hermandad.

¿Qué hay debajo de todo esto? Hay, por de pronto, una profunda lucha ideológica que los problemas políticos van a complicar. Los afrancesados ven en María Rafols y en el P. Juan Bonal dos restos de un mundo que ellos quisieran borrar. Y en lugar de entablar con ellos un diálogo serio, que clarificase las posturas, tratan —azuzados por ese clima político tenso— de descalificarles sin más: son enemigos que deben ser puestos fuera de juego para poder aplicar sus ideas y reformas. Desgraciadamente, quienes vienen con ideas más liberales actuarán como los peores dictadores, oprimirán, aplastarán. Este planteamiento llevó en política a las interminables guerras carlistas. Aquí no habrá guerra. Los afrancesados han topado con un hombre y una mujer de Dios, que lucharán callada y limpiamente, que se dejarán pisar y aceptarán las humillaciones en silencio. Tal vez empieza ahora para ellos el tercer gran «sitio de Zaragoza». En el interior de sus almas.

Capítulo X

LA GUERRA INTERIOR

Desde el 29 de abril de 1811, fecha en que es elegida la nueva Junta de la Sitiada, comienza para las hermanas ese tercer Sitio que las hará sufrir más aún que los dos anteriores. Asombrosamente, le toca hacer el papel de «malo» de la historia a un personaje que no parecía llamado para ello. El capuchino fray Miguel de Santander (de bautismo Miguel Suárez Victorica, será conocido como Miguel Suárez de Santander) es, sin duda, uno de los personajes más interesantes de la época. Nacido en 1744, tenía ya 67 años en el momento de nuestra historia. Hombre de sincera vida interior, de dotes oratorias y publicísticas realmente extraordinarias, de formación profunda y al día, abierto a las corrientes extranjeras, sobre todo a las francesas, puede ser considerado como el más importante renovador de la predicación sagrada a fines del XVIII. Fray Diego de Cádiz, que fue gran amigo y admirador suyo, le calificaba de «sabio de primer orden, varón religiosísimo y ejemplar [...] una de las columnas que Dios ha puesto en nuestros días para que sostenga la verdadera piedad, virtud y religión».

Tras muchos años de ejemplar trabajo como predicador por toda Galicia, León y las dos Castillas, es nombrado obispo auxiliar de don Ramón-José de Arce, arzobispo de Zaragoza, que a la sazón residía en Madrid por su cargo de inquisidor general.

Prosiguió en Zaragoza su actividad apostólica con un gran celo a partir de 1803, pero su vida se vería alterada

notablemente por la invasión de las tropas napoleónicas. En este momento fray Miguel de Santander hace una apuesta sin vacilaciones por los franceses y se pone apasionadamente a su servicio. No puede discutirse su buena intención en un afán de modernización de la nación y el catolicismo español, pero sí son más que discutibles las opciones a las que esa tan tajante apuesta le condujo.

En 1809 le veremos presidiendo el «Te Deum» y predicando el sermón de acción de gracias por la rendición de Zaragoza. Le veremos igualmente pronunciando retóricas oraciones sagradas en las onomásticas del rey intruso y con ocasión de otras varias victorias de los franceses sobre las tropas españolas. Y —lo que es más grave— le veremos en 1810 aceptando de manos de José Bonaparte el nombramiento para la diócesis de Huesca y tomando posesión —sin haber recibido las necesarias bulas romanas— de la diócesis oscense rodeado de tropas francesas y bajo la presidencia del general Suchet.

El juicio de Menéndez Pelayo es, por todo ello, menos elogioso que el del Beato Diego de Cádiz.

¡Con cuán amargo e íntimo dolor hay que decir — escribe don Marcelino— que no faltaron en el episcopado español algunos (muy pocos) que se prestaron a bendecir aquella sangrienta usurpación! Así también (pesa decirlo, aunque la verdad obliga) el elocuente misionero capuchino fray Miguel de Santander, obispo auxiliar de Zaragoza, que anticanónicamente se apoderó del obispado de Huesca, con la ayuda de las tropas del general Lannes.

Desgraciadamente tampoco en nuestra historia jugó fray Santander un papel precisamente muy lucido: sometido al influjo de los gobernantes franceses, actuó, siendo como era un liberal, con el peor estilo del peor dicta-

dor, si bien es posible que muchas de las persecuciones que tocó sufrir a nuestras hermanas pasaran inadvertidas para él y fueran obra de gentes de segundo orden.

Porque la guerra había, efectivamente, comenzado. Y tenía tres objetivos centrales: el primero era someter plena y totalmente a las hermanas a los deseos, estilo y maneras de la nueva Junta. Los otros dos —necesarios para alcanzar el primero— eran marginar a la Madre María y al P. Juan, únicos con personalidad para resistir ese asalto.

La táctica contra la Madre María fue la de las minucias, los controles, los celos, a lo que se añadirían más tarde las calumnias. Tantos años de trabajo en Zaragoza hacían que los zaragozanos tuvieran en la Madre María una absoluta confianza: a ella iban directamente los mejores donativos, a ella se la llamaba cuando se trataba de hacer una testamentaría a favor del Hospital, a ella consultaban los párrocos cuando querían llevar algún enfermo o algún niño huérfano. Pronto el nuevo administrador quiso centralizar todo esto, señalando que todas estas funciones eran suyas, como si algo turbio quisiera esconderse cuando lo hacía directamente la Madre. No faltó ni siquiera un caso en el que se cruzó abiertamente la calumnia en la que se envolvía a un celoso párroco de la ciudad, caso en el que la Madre saltaría con un valiente escrito dirigido al arzobispo de la ciudad «manifestando la verdad lisa y neta para vindicar mi honor y el de las hermanas».

Pero lo peor de esta guerra es que pronto consiguió algo más grave: crear divisiones en el seno de la Hermandad. Es lo que años más tarde señalaría don Ramón Segura como nacimiento de un «espíritu de partido» que sería resuelto con la dimisión y la virtud de «la prudente Madre María».

Efectivamente, esta heroica mujer que había aguantado todo tipo de sufrimientos —bombardeos, hambre, luchas, calumnias— comprendió ahora que era preferible renunciar: la unión entre las hermanas iba más allá que las razones personales. Pensó que, tal vez, faltando ella todo se arreglaría. Y generosamente se fue de su cargo. Aunque, como luego veremos, la herida era demasiado honda como para que se curase con su sola generosidad.

He aquí el documento que expone esta renuncia en las actas de la Sitiada:

La hermana María Rafols, superiora de las Hermanas de la Caridad, expuso en un memorial que, habiendo sido nombrada para este empleo y confirmada en él por la Ilustrísima Sitiada, ha procurado cumplir exactamente con este cargo en todas sus partes, como también con el encargo que le hizo el Gobierno para la asistencia y alivio de los pobres prisioneros. Y, siendo este empleo de tan gran peso, y haciendo ya siete años que le sirve, desea descansar de esta fatiga por algunos «ages» de que se halla molestada en algunas temporadas y de que cree se verá libre si se la exonera de esta obligación. Y por todo ello suplica a la Sitiada se digne atender a su solicitud y exonerarle del citado empleo de superiora, quedando siempre con deseos de cumplir las disposiciones de la Sitiada, como reconocida a los singulares beneficios y afectuosas demostraciones que ha merecido de la misma por el espacio de siete años.

Difícilmente encontraremos un documento más sereno y desapasionado que este. Nadie deduciría de él la tremenda tormenta interior de que provenía. Todo se camufla tras esos «ages» (la Madre escribe aje con g) que probablemente eran achaques verdaderos, ya que efectivamente la salud no sólo de la superiora, sino de

la mayor parte de las hermanas, estaba en aquel tiempo muy golpeada.

Impresionados quizá por la calidad del documento —o porque aún no tenían suficientemente preparada su estrategia—, los miembros de la Sitiada actuaron esta vez con moderación: aun aceptando la dimisión, pidieron a la Madre Rafols que continuara de presidenta hasta nueva orden. Con esto se prolongaría un año su mandato, un año difícil también, como veremos.

Las nuevas Constituciones

La batalla principal fue la de las nuevas Constituciones. Y aquí nos encontramos con una primera sorpresa. Fray Santander mismo, tras señalar que las hermanas son «mujeres adornadas del espíritu de Dios, que se sacrifican por la salud de sus prójimos» y tras reconocer haber recibido gran consuelo espiritual al examinar sus costumbres morales, «el buen ejemplo que dan y la edificación que causan por su conducta sólidamente virtuosa», añade algo sorprendente: echa de menos unas «reglas escritas» que organicen su vida activa y contemplativa. «No hemos hallado constituciones aprobadas y publicadas por la Ilustrísima Sitiada, ni admitidas ni firmadas por las hermanas, para que todos supiéramos nuestras mutuas obligaciones y se cumplieran como un contrato sagrado por ambas partes».

Tiene razón, efectivamente, al decir que no hay unas constituciones «aprobadas y publicadas por la Sitiada», pero no al afirmar que no existan ningunas. ¿Y el famoso *Cuadernito* del P. Bonal que ha regido su vida durante estos años y que hoy tenemos la fortuna de conocer en

nada menos que tres copias, publicadas con un minucioso estudio de Tellechea?

Como no parece probable que fray Santander mintiese abiertamente, habrá que pensar que las hermanas habían mantenido esas normas como reglas suyas internas sin presentarlas —para evitar fricciones— a los hombres de la Sitiada, ya que aún la anterior Junta nunca hubiera aceptado los planteamientos de búsqueda de unión entre las hermandades, al estilo de una verdadera Congregación, que en el cuadernito aparece ya nítidamente.

Lo cierto es que el nuevo presidente de la Junta, o por un afán ordenancista, o —como sugiere con cruel ironía el P. Calasanz Babaza— «para lograr honores de fundador», se dispuso a dar a las hermanas una nueva Constitución sin que ciertamente ellas hubieran pedido en modo alguno nuevas reglas.

Y así es como el 2 de diciembre de 1811 la Sitiada recibió la siguiente carta de su presidente:

Deseando satisfacer las obligaciones que abraza el encargo que la Ilustrísima Sitiada se dignó poner a mi cuidado, he formado entre las frecuentes ocupaciones de mi pastoral ministerio las presentes Constituciones para las Hermanas de la Caridad, siervas de los enfermos del Hospital, cuya dirección desempeñan vuestras señorías con tanto esmero.

De esta larga carta-prólogo merece destacarse un párrafo absolutamente fundamental para describir el espíritu de estas Constituciones y de su autor:

He mirado la pequeña Sociedad de las Hermanas, no como a unas pocas y pobres mujeres que en la actualidad sirven con edificación. No las he mirado como un niño en la cuna, de que nada hay que temer ni recelar, sino tendiendo la vista por los siglos venideros

y escarmentando con los ejemplos pasados que, empezando débiles, se hicieron fuertes y casi irresistibles, he cerrado enteramente la puerta a todo engrandecimiento por su parte, estableciendo inalterablemente su absoluta subordinación a la Sitiada, y total separación de todo manejo independiente. Esta es la piedra fundamental sobre la que se levanta el edificio de estas Constituciones.

Es difícil encontrar un párrafo más triste: partiendo del desprecio con que se trata a las hermanas («unas pocas y pobres mujeres»), parece que lo único importante fuera encadenarlas, prever los posibles futuros «manejos independentistas», «temer y recelar» que un día se hagan importantes, amarrarlas no a la obediencia, sino a la «absoluta subordinación». ¡Triste piedra para levantar un edificio! ¡Triste espíritu de dictador el que no parece tener más horizonte que el de encadenar!

Asombrosamente, las Constituciones que siguen a este triste prólogo no carecen de grandeza en muchos de sus párrafos y consiguen planteamientos que ese arranque no haría sospechar. La referencia a la Biblia es constante; las bases espirituales siguen centradas en la caridad; el modelo de religión que se propone es de persuasión y libertad, no de violencia; el equilibrio entre la vida activa y la contemplativa se consigue con solidez. Pero el espíritu ordenancista invade y corrompe todo. Como esos locos que son personas normales en todo menos en un tema, así el P. Santander construye páginas magníficas en todos los casos, menos en las infalibles coletillas en las que confunde siempre la obediencia libre y religiosa con la sumisión a los caprichos del patrón seglar. Hay en todas sus páginas una especie de obsesión por convencerlas de que ellas son más unas criadas que

unas religiosas, más un grupo servil que una comunidad de servicio:

Vosotras no formáis una congregación religiosa aprobada por la Iglesia, no sois más que unas siervas de Jesucristo destinadas al cuidado de los enfermos de este santo Hospital, bajo la obediencia de la Ilustrísima Sitiada, del regidor de semana y de aquella persona a quien se le encomienda la distribución diaria, semanal, mensual o anual de vuestras ocupaciones. ¡Qué vida tan segura para el cielo! Porque cada una de las hermanas, en el principio de cada mes, tiene delante de los ojos las órdenes del inmediato superior, aprobadas por la última Sitiada el mes anterior, y decir: Yo he venido para asistir a los enfermos. Aquí se ordenan las cosas en que me he de ocupar en este tiempo. Ello lo manda Dios por mis prelados. Esta es la voluntad de Dios. Voy a cumplirlas por obediencia y caridad. Se desterraron para siempre del hospital con este sencillo y solidísimo método todas las causas que pudieran mover desavenencias.

¡Cómo se mezclan en este párrafo la verdad y la mentira, la exhortación piadosa y la hipocresía! ¡Y qué mal se diferencia aquí la obediencia libre del cristiano del «orden y mando» de los hombres de este mundo!

Para mayor ironía, aún se presenta la Sitiada como fuente de generosidad: las hermanas recibirán catorce duros al año, habitación, tocados, comida frugal. Podrán recibir de regalo chocolate, pero nunca dinero y aún el chocolate con permiso del regidor. Aunque señala como ideal «el desprendimiento total de toda propiedad», se les provee de esos catorce duros anuales como gran regalo, ya que «a proporción del esmero en servir, ha sido la bondad de la Ilustrísima Sitiada en remunerar».

No fue esta ciertamente la obra más gloriosa del ilustrado capuchino. Ciertamente hay en ella páginas de alta es-

piritualidad, pero dos defectos la corroen desde su raíz: el primero, la falta de generosidad para mirar hacia atrás y reconocer que las hermanas tenían ya un padre que les había dado una honda raíz religiosa; el segundo, la falta de audacia para mirar al futuro: el afán por supeditar en el presente las hermanas a la Sitiada le hizo olvidarse de la evolución futura y de la tendencia de todo grupo a buscar formas estables y permanentes.

Castigo de este doble desenfoco fue el nulo significado que tuvieron en la historia de la Congregación. A los dos años de su redacción desaparecieron al alejarse la Sitiada francesa. No llegaron entonces ni siquiera a imprimirse y sólo muy recientemente lo ha hecho Te-llechea.

Y en el *Extracto de las Reglas y Constituciones de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana* que se imprimió en Zaragoza en 1883 se asegura que las del P. Santander «no llegaron a tener efecto». En cambio, al hablar de las de 1824 se copia la advertencia que fray Manuel García Gil hizo anteponer al citado *Extracto*:

Como que la Regla y Constituciones impresas en el año 1824 aseguran que son las mismas que en esta casa de Zaragoza vienen observándose fielmente desde el año 1805, en que se establecieron en esta casa las actuales Hermanas de la Caridad, mal podríamos intentar ahora reformarlas, despojándolas así de la veneranda antigüedad y apartándonos de lo que la experiencia de tantos años viene probando y confirmando.

Así es como la historia iba a dar la razón al «cuadernito» contra la «sabiduría» del gran predicador muy puesto al día.

Tuvo la Sitiada —¡menos mal!— la delicadeza de pasar a las hermanas el modelo de las nuevas Constituciones, aunque tal vez no contaba con que la Madre María tendría la suficiente gallardía para poner, muy humildemente, eso sí, los puntos sobre las íes del proyecto. Con lo que tal vez el mayor fruto de estas Constituciones fue el dar motivo para el documento en el que, firmado en nombre de todas, se muestra la enorme prudencia y el sentido práctico, además de la valentía, de la Madre María.

Comienza el escrito recordando que la Hermandad no nació de cero, y citando abiertamente a su padre verdadero, don Juan Bonal, y señalando cómo las hermanas se entendieron siempre perfectamente con la anterior Sitiada:

Estas cosas (entre otras) se trataron y convinieron entre aquellos regidores, por parte del santo Hospital, y el presbítero don Juan Bonal, por parte de las hermanas: y en este concepto vinieron las primeras y todas las demás que les han seguido; y así lo han observado hasta ahora en lo posible, contentándose, empero, las hermanas con menos y aun con sólo un plato de judías y sin pan, cuando las extraordinarias necesidades públicas que han ocurrido en estos años no han permitido contribuirles con lo pactado.

La Madre tiene muy buen cuidado en recordar a la Sitiada que ella tiene que cumplir lo pactado y en afirmar que, si ellas no lo han exigido, eso no ha suprimido aquella obligación. Señala después con valentía su decisión de obediencia, pero también la obligación de los superiores de mandar bien, y previene de las intromisiones de «mandones de segunda fila» que lo que hacen es turbar la paz de la comunidad:

Están bien penetradas las hermanas de que no han venido a esta casa a mandar, sino a obedecer, y en esto reconocen un medio muy seguro y fácil de servir a Dios, haciendo su voluntad en la de sus superiores, que cargan sobre sí el trabajo de discurrir, meditar, determinar y disponer las cosas, sin otro cuidado de su parte que el ejecutarlas lo mejor que puedan. Y tendrían su mayor satisfacción, quietud y descanso en que estos fuesen siempre y únicamente los señores regidores que, sin interés ni esperanza alguna de recompensa temporal, se han prestado a este caritativo servicio de Dios en sus pobres enfermos; bien persuadidas de que con sus superiores luces, celo y prudencia dispondrían siempre lo más conveniente y se lo mandarían del mejor modo, sin pasión alguna ni mezcla de etiquetas, piques o emulaciones, que son de temer en cualquier otro que sea dependiente y sería muy sensible a las hermanas, que no apetecen más que trabajar en paz.

Es difícil decir si llama más la atención su valentía al proclamar sus derechos o la delicadeza con que los defiende. Esta mujer tiene el corazón muy alto, pero los pies en la tierra. Por eso a continuación, tras señalar que se hacen cargo de la penuria en que vive el Hospital, y después de asegurar «que se han contentado y se contentan con lo que se les ha podido dar», añade que, «como el detalle que se fije en las Constituciones permanecerá y regirá para lo sucesivo, no pueden menos de decir con sencillez que las dos camisas que ahora se les señalan cada dos años, no podrán a lo regular ser suficiente para lo que rompen comúnmente Las hermanas —puntualiza a continuación—, no pretenden en esta santa Casa más que un hábito humilde y proporcionado a la decencia y necesidades humanas y un alimento moderado y frugal, suficiente para mantener la vida y sostener el trabajo que llevan, cuando están buenas, y proporcionado a la salud,

cuando enfermas». Y, guiada sin duda por la experiencia, añade a continuación el *deber* del Hospital de «mantenerlas asimismo cuando, por la edad o accidentes que les sobrevengan en el servicio de la Casa, se inhabiliten, y no echándolas de ella sino por motivos graves en que, avisadas, corregidas y amenazadas por la Ilustrísima Sitiada, no se enmendaren».

Aún añade otra puntualización: las religiosas «no quieren mandar, sino obedecer»; pero necesitan no ser desautorizadas ante los enfermos y enfermeros, por eso «no pretenden otra autoridad que la necesaria para mantener la quietud e impedir los excesos y escándalos en las salas y oficinas que estén a su cuidado», pues, como vuelve a señalar con realismo, estos defectos «no pueden regularmente advertirlos sino las que están en ellas continuamente».

Aunque escrito este informe —que firmaba en nombre de todas las hermanas, la Madre María— con toda la moderación del mundo, no gustó su firmeza de fondo a los dirigentes de la Sitiada, que respondieron con un burdo varapalo que se dirigía muy especialmente a la Madre María:

Aunque no admira a la Sitiada que, habiendo vivido hasta ahora las hermanas sin leyes escritas, el verlas ahora recopiladas [...] les haya hecho alguna sensación, no ha podido menos de advertir que se han interpretado algunas equivocadamente, a pesar de que están escritas con tan sólidos principios, con un tino y discernimiento tan fino, con un conocimiento del corazón humano tan profundo, que cuanto más se meditan y estudian más se admiran.

Si las hermanas, o, más bien, quien les dictó su *Exposición*, hubieran meditado que el glorioso dictado de

Hermana de la Caridad no se aviene bien con exigir por modo de contrato, obligatorio en justicia, casa, cama, ropa interior y exterior, comida, cena y un situado de dinero efectivo, porque, entonces, acaso con más propiedad pudieran llamarse asalariadas que Hermanas de la Caridad, cuya voz parece significar que por caridad se sirve, por caridad se vive y por caridad felizmente se muere, sin duda hubieran omitido la menudencia de alguna onza de alimento, teniéndola subrogada en mayor cantidad en otra especie.

Impresiona esta dureza, dirigida a personas que venían dando su vida entera a la Institución y pedían únicamente un poco de claridad, anunciándose dispuestas a renunciar una vez más a lo estipulado. La ingratitud llegaba a la cima. Y el documento concluía sin aceptar ninguna de las propuestas de las hermanas y señalando la entrada en vigor de las Constituciones para veinte días después, el 1 de agosto de 1812. Duele pensar que la pluma que escribió ese varapalo es la que sólo cuatro meses antes había respondido con una negativa a una conmovedora petición de la Madre María: Hasta entonces la Hermandad de la Sopa había venido sirviendo el desayuno a las hermanas, pero dejó de hacerlo en abril de aquel año. Escribió entonces la Madre María a la dirección de la Sitiada pidiendo que les dieran algo de pan, puesto que las hermanas «no pueden pasar sin desayuno, por levantarse a las cuatro de la mañana y mediar, hasta las doce en que comen, ocho horas». La respuesta es que, «dada la suma escasez», no se les puede aumentar la ración. Esta es la «menudencia de alguna onza de alimento» que la Sitiada echa en cara a las religiosas. Y lo más grave es que, en el mismo documento en que se da el varapalo a las religiosas, se levanta acta de que en los meses de marzo y

tantísimos enfermos iba a sacarle de una vida relativamente cómoda como confesor de Hospital y a lanzarle por los caminos de toda España, para convertirle —según la feliz denominación de Tellechea— en un auténtico Don Quijote de la caridad.

Por aquellos tiempos la catástrofe del Hospital de Zaragoza era inconmensurable: el déficit anual rebasaba ya el medio millón de reales. La Hacienda nacional les debía millón y medio de reales en concepto de estancia de militares, brillaban por su ausencia los pagos por pensiones sobre la Mitra arzobispal; las antiguas rentas de viñas, casas o haciendas habían desaparecido al haber sido arrancadas las unas y destruidas las otras por la guerra. Un informe del Conde de Sástago nos describe la situación del Hospital con negras tintas: Edificio angosto, sin oficinas aparentes, sin habitación para eclesiásticos, para profesores, sin comodidad ni seguridad y, aun en muchas partes, sin decencia. No hay ropa para las camas, no la hay para vendajes y aun los artículos de subsistencia más precisos han de buscarse por préstamo.

A grandes problemas, grandes remedios. El P. Bonal se convertirá en mendigo del Hospital, en embajador de los pobres. Y, a lomos de un caballo que sólo a medias sabía montar (no faltarán caídas y en algún caso dentro de uno de los ríos que había que cruzar a caballo, con grave peligro de ahogarse), el P. Bonal recorrerá pueblo a pueblo todo el norte de la geografía española con el título de Veredero del Hospital.

Un veredero muy especial, porque el P. Juan nunca se limitará a pedir limosna. Él es en los pueblos una mezcla de misionero popular y de recaudador de limosnas, que dedica mucho más tiempo —y será muchas veces reprendido por ello por la gente de la Sitiada— a la pre-

dicación y, sobre todo, al confesonario que a la misma recolección de limosnas. Aun así regresará siempre de sus «veredas» cargado de los donativos más heterogéneos: granos, dinero, sábanas, camisas, estopa, cáñamo, trapos inservibles, incluso. De ahí que la mayor parte de sus escritos sea hoy una colección de papeles abarrotados de números, listas de cosas recogidas, cuentas y más cuentas.

Un trabajo terrible y heroico con veredas que le ocupan a veces meses enteros que pasaba en su mayor parte por los caminos, durmiendo en sótanos y pajares o allí donde la noche le sorprendía. Un trabajo que no será reconocido por la nueva Junta Sitiada, que comenzará a crucificarle con cominerías, burocracias, exigencias que hubieran sido buenas para un ladrón, pero no para un mártir de su trabajo.

Más grave que ese afán de control burocrático será la voluntad decidida de apartarle de las Hermanas que él ha fundado, como si su influjo resultara peligroso para ellas. Es lógico que, si la Sitiada quería recortar todo camino de futuro progreso a las hermanas en su forma congregacional y si quería subrayar su absoluta sumisión a la Junta del Hospital, vieran en el P. Juan un competidor. Contra él irán los tiros.

Tiros que llegan a veces con un juego doblemente doloroso: a él acuden cuando necesitan nuevas hermanas, pero si él señala algunas condiciones para esta venida, se le responde con un seco «aquí no hay más condiciones que las decisiones de la Sitiada». Poco a poco se cuida de alejarle de la comunidad y de recortar sus contactos con las hermanas. Cuando el 23 de noviembre de 1812 el P. Bonal escribe agradeciendo la habitación que le han dado en la parte del antiguo convento de la Encarnación,

pero se permite sugerir que, dado que de esto «se sigue mucha incomodidad para las hermanas de llevar la comida tan lejos, se le franquee la habitación del carpintero», se le responde secamente que «la Sitiada no puede acceder a su solicitud», sin molestarse en dar razón alguna.

A continuación se procura que el P. Bonal esté el mayor tiempo posible fuera del Hospital. Y cuando este solicita un limosnero suplente para no abandonar del todo sus tareas como pasionero o confesor del Hospital, también se le prohíbe.

El golpe más duro llega cuando, dos meses más tarde, el obispo Santander, olvidándose de él, nombra un director y superior inmediato de las hermanas. Vale la pena copiar el principio del documento:

Don Miguel Suárez de Santander, por la gracia de Dios obispo de Huesca, arzobispo electo de Sevilla, Gobernador del arzobispado de Zaragoza, Caballero Gran Banda de la Orden Real de España. A vos, las Hermanas de la Caridad del hospital de Nuestra Señora de Gracia de la presente Ciudad, salud y gracia. Sabeis: que aunque hemos provisto a vuestro espiritual aprovechamiento con las Constituciones formadas para vuestro gobierno, hemos creído necesario una persona que, autorizada legítimamente por Nos, pueda atender a su cumplimiento y a vuestro adelantamiento en el camino de la virtud. Y constándonos de la suficiencia, probidad y demás buenas cualidades de D. Miguel Gil [...]. En cuya virtud esperamos reconozcáis como revestido de nuestra jurisdicción al expresado D. Miguel Gil y como únicamente diputado para vuestro interior aprovechamiento.

Para tal puñalada no hacían falta ni tantos títulos, ni tantas palabras ni era necesario subrayar —el veneno en la cola— ese «únicamente diputado» con el que se quiere marginar definitivamente al P. Juan.

La ironía de la vida hace que cuatro meses más tarde un nuevo documento tenga que decirnos que como «el sacerdote que estaba encargado de la dirección espiritual de las hermanas (no se cita ni su nombre) no acudía a cumplir tal ministerio», se nombra —por segunda vez se humilla al P. Juan— a don Narciso Olivas y los demás directores del Seminario (así, entre muchos, alguno cumplirá), cargo que estos aceptan con gesto de magnificencia, como registra una frase de su aceptación al asegurarnos que «se prestaron al encargo de atender a las hermanas con preferencia aun a otras almas buenas que con más facilidad se pueden proporcionar este auxilio». Y las circunstancias se agravarán aún más al entrar en la Junta el canónigo Fernández de Navarrete que, por lo menos, tenía de bueno el que tomaba sus decisiones con dureza y llamando a las cosas por su nombre: En el acta del 22 de noviembre de 1813, tras informarnos de que se ha nombrado confesor de las hermanas a don Francisco Javier Landa, se añade secamente:

Asimismo expuso el señor Navarrete que entendía desde luego que se debía prevenir a mosén Juan Bonal, que no solamente debe abstenerse, como ya lo hace, de confesar a las hermanas, sino que evite en lo posible hablarles sobre asuntos de la Hermandad, sin que por esto se entienda perjudicarle la Sitiada en el buen concepto que se merece por su virtud, celo y aplicación en la asistencia de los pobres enfermos.

Con esta última mano de mantequilla llega la ingratitud a su más alta cima. Pero ya tiene la Sitiada las manos libres, como deseaba: ha alejado al padre de las hijas, ha marginado a la que podía ser líder en la defensa de su dignidad, ya podrá manejarlas como esclavas y siervas. La planta ha sido encerrada en su tiesto. No

crecerá peligrosamente. El problema está en saber si sobrevivirá.

La Hermandad, en peligro

Y es que, evidentemente, los problemas de fondo no se resolvían con un cambio de superiora. Y los hechos vinieron en seguida a confirmarlo. No habían pasado diez días de la elección de la madre Canti cuando la hermana María Josefa Maciá —que había obtenido cuatro votos en el escrutinio y parecía la capitana del grupo derrotado— comunicó sus deseos de abandonar la Hermandad para entrar en el Convento de la Enseñanza.

Esta decisión fue doblemente dolorosa para la Madre María: porque perdía a una de las compañeras de la primera hora y porque también ella estaba sintiendo grandes tentaciones de buscar ese mismo puerto sereno y seguro que parecía ser el Convento de la Enseñanza, en el que, como ya hemos indicado, había vivido antes de la fundación de la Hermandad. En aquellos momentos todo parecía cerrarse en el horizonte: a su salud quebrantada por los sitios, se añadía ahora esta marginación de su persona y, sobre todo, la impresión de que la Hermandad, que tanto ella como el P. Bonal habían soñado, no pasaría nunca de ser un grupo de criadas a las órdenes de un grupo de personajes caprichosos, muchos de los cuales tomaban la beneficencia como diversión y puntillo de prestigio personal. ¿Valía la pena quemar allí su vida sin dejar surco? ¿No era preferible, entonces, la paz de un claustro en el que al obedecer a una superiora sabías al menos que obedecías a Dios y no al capricho de un caprichoso? Que la Madre atravesó horas oscuras lo sa-

bemos hoy por un documento indiscutiblemente suyo de estas fechas. Lo que no sabemos es qué fuerzas recibió en su alma para agachar una vez más la cabeza y seguir creyendo en lo que no veía y en lo que parecía un imposible absoluto. Mujer de fe lo fue siempre. Pero más que nunca en esta hora.

Sus enemigos, además, no descansaban. Un mes más tarde, la hermana Teresa Ribera por consejo médico ha de «tomar aires más puros». Y, como no quieren causar gastos al hospital, recuerdan que podría ir al Horcajo de Daroca, donde hay una casa de toda satisfacción, «con tal de que vaya con la hermana María Rafols». ¿Qué casa era esta? Dice el documento que era de «hermanos del Hospital». Es verosímil pensar que el párroco de Horcajo hubiera sido hermano del hospital y que fuera conocido de la Madre Rafols. Pero, en todo caso, hay en la historia un afán por alejar a la Madre María. Y ella lo acepta, pensando que, incluso, un corto alejamiento temporal suyo puede ayudar a resolver las dificultades.

Pronto se ve que no es ella la causante de los problemas. En su ausencia tiene que volver la Sitiada a intervenir para resolver las tensiones que se han creado entre la madre Canti y algunas hermanas. Y la crisis concluirá con los abandonos de dos hermanas en abril y de otras dos en mayo, estas de manera violenta y sin comunicarlo siquiera a los señores de la Sitiada.

Si pensamos que —como certifica otro documento— por aquellas fechas habían muerto otras dos hermanas y había otra en Huesca «sin esperanza de vida», tenemos que pensar que prácticamente la Hermandad agonizaba y que en algún momento no debió de tener más allá de cinco miembros.

Afortunadamente, la tensión con la nueva Sitiada iba a concluir pronto: en julio de 1813 se hundía el gobierno francés y con ello el mando de los miembros de la Junta. Y, como la historia suele ser cruel, ahora serán ellos tratados con la misma crueldad con que ellos trataron a las hermanas. He aquí el seco documento con que se les comunica su cese:

Habiéndome informado, a mi arribo a esta ciudad —dice el nuevo jefe político, Salvador Campillo— de que el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia se hallaba gobernado por una Sitiada compuesta de personas nombradas por el gobierno intruso, he dispuesto que inmediatamente cesen en sus funciones y dejen expeditas las que corresponden a los regidores legítimos que la componían antes de la ocupación de esta capital.

Flores en la sacristía

¿Qué hace, mientras tanto, la hermana María? A su regreso de Horcajo ha redescubierto una nueva —aunque en ella ya vieja— vocación: fabricar ramos de flores de trapo y hacer florecillas con un pequeño molde. Aún se encuentran hoy en el pequeño museo que en el Noviciado de Zaragoza acaba de inaugurarse, cuatro ramos —feos hoy con el paso del tiempo, pero con valor emocional inmenso— que la tradición de las religiosas Anas ha ido transmitiendo de generación en generación como hechos por ella. Allí está también el pequeño molde y la plancha con que fabricaba diminutas florecillas. Todo huele a sencillez y buen gusto.

Por debajo de la tormenta la hermana María había decidido esperar a que Dios hiciera luz y en pocos sitios podía esperarse mejor que en la aparente inutilidad de su trabajo como sacristana.

Era —dirá uno de los testigos de su Proceso de Beatificación— muy cuidadosa del decoro y esplendor del culto y su devoción al Santísimo Sacramento era tan grande, que muchas veces se levantaba de noche para visitarle, y sus hijas, siguiendo su ejemplo, se levantaban también, encontrándose por esta causa siempre una u otra al pie del tabernáculo.

Ahora —lejos de la lucha con los señores de la Sitiada, lejos de la dramática labor en las salas de los enfermos— María Rafols está muy cerca del Santísimo Sacramento. Y no añora el mando de superiora. Sabe que ahora le han dado la mejor parte, allí, en la luminosa oscuridad de la sacristía.

Capítulo XI

UN PARAÍSO CON ESPINAS

El alejamiento de la Sitiada afrancesada trajo para la Hermandad una brazada de bendiciones: la primera de ellas el acercamiento entre la hermana Rafols y la madre Canti. Probablemente, para la hermana María lo más duro de su arrinconamiento había sido el hecho de que su antigua compañera y amiga la madre Tecla lo tolerase. Perteneían las dos a la primera hornada de la Hermandad y habían vivido hasta entonces en una profunda unión. Incluso probablemente la madre Canti era la de mayor valía entre sus amigas. ¿Cómo se prestaba ahora al juego de la Sitiada afrancesada en la labor de arrinconar a quien había sido hasta entonces su guía y superiora? Los hechos posteriores van a mostrar que si la madre Tecla lo aceptó no fue sino obligada y tolerándolo como un mal menor. Y lo comprobamos porque, apenas cesa el dominio francés, la madre Tecla se las arregla para encomendar a la hermana María una tarea mucho más delicada y responsable. Y lo hace sin siquiera pedir permiso a la nueva Sitiada, aprovechando la hora del cambio, pero exponiéndose ella misma a problemas con sus superiores. Este gesto de amistad debió de aliviar a la Madre Rafols en su soledad y significó el nacimiento de una nueva amistad, ya que a partir de este momento veremos cómo casi todos los documentos importantes de la comunidad —las mismas cartas a Palafox— las firman las dos juntas como si la madre Canti considerara a la hermana María unida a su función de dirección de la Hermandad.

Comienza así un nuevo período que casi podría calificarse de paraíso si no hubiera sido por las dolorosas espinas que también en él se cruzaron.

Por de pronto, la Madre Rafols parecía haber recuperado un hermoso campo de acción apostólica: los niños. Su celo por las almas encontrará en estos años una dulcísima tarea: los pequeñines de la Inclusa. En ellos volcará toda su ternura, cultivará sus almas inocentes, ejercerá con ellos su vocación maternal y les llevará de la mano hasta caerse materialmente de vieja.

Un paraíso. Un paraíso si no hubiera sido por las terribles condiciones humanas, sanitarias y económicas en que la Inclusa vivía. Por de pronto, el número de expósitos era altísimo en una ciudad no muy grande como era entonces Zaragoza. Según los datos bastante exactos que tenemos, en 1819 eran más de 500; en 1830 eran 819, en el año 1833 pasan ya de los 1.000. Más tarde descienden algo las cifras, pero en 1837 eran 662 al comienzo y 752 al final del año.

Esta misma oscilación de cifras nos hace sospechar ya algo terrible que no acabaríamos de creer si no estuviera perfectamente documentado: me refiero a la altísima mortalidad que había entre ellos. Muchos de ellos eran abandonados en las puertas de la Inclusa sin siquiera atarles bien el cordón umbilical, no pocos llegaban enfermos, con lo que la ya alta mortalidad común de niños en la época se multiplicaba hasta cifras inverosímiles. Así sabemos que en 1837 murieron 368 y en 1838 fueron 139 los fallecidos. Hubo mes en el que entraron 42 y murieron 39 ¿Puede alguien imaginarse lo que significan cerca de treinta años viendo morir un pequeñín cada día o cada dos días? ¿Qué corazón humano puede soportarlo?

Las condiciones higiénicas de la época eran espantosas y la situación de la ciudad después del asedio, con numerosas tropas de paso por la ciudad, había producido una auténtica ola de ilegítimos. Ola que, además, iba a coincidir con el momento de mayor penuria en el Hospital. Ni había locales para recogerles, ni camas o cunas para acostarles, ni dinero para pagar las amas de cría que eran necesarias para ello. De ahí que la mayor parte de los pequeños vivieran fuera del Hospital, cedidos a mujeres que por un poco de dinero se prestaban a alimentarles y cuidarles en sus casas. Este sistema —entonces no había biberones ni pelargones— se prestaba a una especie de comercio de niños, ya que no pocas mujeres aceptaban criaturas para poder cobrar un poco de dinero y había quienes los cuidaban y amamantaban a la vez que los propios, con lo que no pocos morían de mala alimentación.

Para comprender esta angustia en que la religiosa encargada de ellos tenía que vivir, nada mejor que el amplio informe que la propia Madre María elevó a la Sitiada y que copiaré íntegramente, porque se trata de un documento de un valor, a la vez informativo y dramático, insuperable:

La hermana María Rafols, encargada de los niños expósitos de este santo Hospital general de Nuestra Señora de Gracia, penetrada de un vivo sentimiento por los muchos de éstos que fenecen y deseosa de contribuir a su remedio y prosperidad sin pretender prevenir los más acertados proyectos que pueda haber formado Vuestra Señoría Ilustrísima sobre este asunto de tanta consideración, por si pudieran cooperar en algo a su posible perfección, con su mayor atención y veneración le ha parecido hacer presente a V.S.I. lo siguiente:

Que la sala donde están ahora los niños es muy angosta y estrecha y de poca ventilación, especialmente para el verano que se aproxima y que a poca costa se podría hacer bueno en una estancia que hay al lado, que sólo sirve para secar judías a su tiempo, haciendo en un extremo de ella una habitación con varias pequeñas divisiones; y el que ahora ocupan podría servir para enfermería o distrito de niños desvezados (en Aragón se usa «desvezar» en lugar de «destetar») haciendo abundantes camas, y convendría mucho que estuviesen separados, que ahora está todo junto; y aun se podría hacer refectorio para las amas aparte, que estas conviene coman juntas, a una misma hora y en presencia de la hermana, a fin de que coman y no se vendan la ración que se les da, como alguna vez se la venden aún cocida. La hermana debe tener las llaves, para que cada una tenga separada y segura la ropa usual que se les entrega para mudar diariamente a los niños y con lo que se impediría que se la quiten, como sucede frecuentemente por tenerla a mal andar sobre las camas. Que al presente hay falta de cunas.

Que, separados los niños inficionados en su enfermería, convendría alimentarlos con leche de cabra, con azúcar y con el cebito, pues si los crían las amas al pecho, inficionan a éstas, de las cuales algunas han solido perder los pechos y la vista y contraer otros males; y no es fácil que ninguna ama quiera encargarse de criarlos con tanto riesgo, y cuando la haya y no llegue a tanto su daño, regularmente contraen y es bastante para contagiar a los sanos y así suelen perecer unos y otros, a no ser que los saquen luego. Y para suministrar este alimento a los dichos niños enfermos y cuidar de su limpieza, se podría destinar aquellas mujeres que fuera menester, de las que les falta leche y han cumplido bien, dándoles aquel salario y ración que se juzgue conveniente; que nunca sería tanto como el de las amas y se ahorraría más número de estas, pues de más número

de niños, aun enfermos, puede cuidar una mujer, que criar otra a sus pechos.

Que, para precaver más el contagio de los sanos, convendría lavar la ropa separada de la de los enfermos y a este fin que hubiera lavadero dentro del Hospital, donde también lavasen las amas su ropa, para lo cual se les podría dar jabón, aunque se les quite algo del salario, para que así no dijeran ese pretexto de venderse alguna coqueta o ración, como sucede, y salir a acalorarse y para evitar sus frecuentes salidas, que son muy perjudiciales.

Convendría saliesen las amas, cada una con su niño, a pasear fuera de la ciudad algunos días, acompañadas de la Madre encargada, quedándose alternativamente siempre la mitad para cuidar de los demás niños; y que la Madre encargada o alguna de la confianza de la hermana salga a la ciudad a buscarles sedas y las otras menudencias que necesiten; y que sólo se les permita a ellas salir a la ciudad para comprarse alguna ropa o cosa mayor y para su saludable ventilación y robustez que conviene también a los niños que saliesen.

Este retablo de detalles nos muestra bien a las claras cuál debía de ser el tremendo trabajo de la religiosa —una sola durante mucho tiempo— que se encargaba de la Inclusa. La Madre María tenía que cuidar minuciosamente de llevar las listas de las personas que se llevaban niños, investigar su fama moral y cumplir las estrictas normas que la Sitiada señala en uno de sus documentos para estos «préstamos» de niños, señalando que nunca se entreguen dos expósitos a lactar a la misma mujer, que no se entreguen jamás a mendicantes, que se pidan a los párrocos y alcaldes informes minuciosos de todas estas «madres encargadas». No faltaban los problemas en este campo y las actas de la Sitiada nos ofrecen no

pocos ejemplos: el de la niña de siete años que llega a la Inclusa ferozmente golpeada por sus padres, el de la madre que deposita un niño en la Inclusa y vuelve luego, arrepentida, a reclamarlo. O casos consoladores como el de «Nicanor Pucho», primer galán del Teatro Cómico de esta ciudad», que en 1833 pide que se le permita adoptar definitivamente la niña expósita que su mujer ha amantado durante un cierto tiempo.

La Madre María —que en asuntos de caridad era de una terquedad impresionante— conseguirá no sólo que se amplíen las salas dedicadas a la Inclusa, sino además que se dedique a esto el antiguo convento de la Encarnación, adosado al edificio del Hospital y que la Sitiada se gaste una buena cantidad de dinero en adecentarlo para los niños (tanto que cuando más tarde los antiguos dueños del edificio lo reclamen, puedan los señores de la Sitiada decir que han gastado en su adecentamiento más de lo que el edificio valía).

Aquí pasará la hermana María la mayor parte de su vida. Las dificultades económicas no cesarán nunca, pero ella se arreglará para hacerlas más llevaderas: su prestigio en la ciudad era tal que ella recogía las mejores limosnas, tanto que desencadenará los celos de la Sitiada hasta el punto que los regidores darán una norma en 1814 en la que se lee «que las Hermanas de la Caridad, encargadas del gobierno de la Inclusa, que es la única oficina de la casa que se sabe tiene limosnas, recojan estas en la cajeta o cepillo que se fijará en el mismo distrito y den cuenta de su producto e inversión». ¡Siempre habrá junto al caritativo alguien cominero y fiscalizador!

Y no se cuidará la hermana María sólo de los cuerpos de los niños. Son sus almas y sus corazoncitos lo que le preocupa. Por eso se preocupará de enseñarles a rezar y

compondrá para ellos cancioncillas y «letrillas virtuosas». Gozará con sus juegos infantiles e inculcará a las hermanas más jóvenes «que tratasen a los niños con la máxima ternura, pues no teniendo padres debían hacer para con ellos sus veces». En 1835, teniendo que ausentarse escribirá una carta en la que dice: «A la hermana Josefa Codina que cuide bien a los niños de la Inclusa y que, cuando hagan los actos de fe, esperanza y caridad, no se olviden de mí, que todos los días los rezaba con ellos».

Se preocupará igualmente de que «las amas vivan cristianamente, haciéndolas oír misa diariamente, rezar el rosario por lo menos una vez al día, la salutación angélica al dar la hora, algún rato de lectura espiritual y preparándolas para la confesión y comunión por lo menos mensual».

Pero tal vez podrá medirse mejor su tarea en la Inclusa por lo que ocurre cuando ella falta. En 1836 —cuando la Madre Rafols, por hechos que narraremos, está alejada de Zaragoza— todo en la Inclusa comienza a ir manga por hombro y parece regresarse a los peores tiempos. En este momento aparece en las actas de la Sitiada un nuevo administrador, don José María Paniagua, que comienza desde el primer momento a mostrar una gran preocupación por la Inclusa y, como no confía en la hermana que la lleva, propone a sus compañeros la idea de crear una asociación de damas que se encargue de ella. Lo hace con el gracioso lenguaje típico de un burócrata y de ese tipo de ideas. Así sugiere «la formación de una Asociación de Damas de la Inclusa, de unas personas que, uniendo a un natural cariñoso una beneficencia conocida y una fortuna regular que las permitiese vacar por semanas a este cuidado, examinando las comidas, la

limpieza de los niños, las amas, el sistema, en fin, que se halle establecido y procurando sus mejoras, podrá ser utilísimo a los expósitos y a la Sitiada. Cuántos niños se salvarán por los tiernos cuidados de estas personas celosas y realmente serían ángeles tutelares de los expósitos [...] Nada más filantrópico. Nada más propio de la ocupación de las señoras cristianas, porque al fin no todo ha de ser frivolidad y egoísmo. Y tocada la cuerda de la virtud benéfica y solícita por el bien de los expósitos no hay duda responderían los corazones nobles, los espíritus elevados, las almas caritativas, a interpelación tan bella, a excitación tan piadosa».

No se equivocaba el señor Paniagua. Tocada la sentimental cuerda de la beneficencia acudirán nada menos que 95 damas, entre ellas toda la nobleza y títulos de la ciudad.

Noventa y cinco señoras van a tratar de suplir lo que la Madre María hizo sola desde 1813 hasta 1835. Y, a pesar de la indiscutible buena voluntad de estas señoras, nunca fue tan alto el número de muertos entre los pequeños y nunca fueron tantos los líos de la Inclusa. Una tras otra van chocando las señoras con todas las hermanas. Apenas se han hecho cargo de su trabajo, ya en 1836 comienzan por no entenderse con la hermana Josefa Codina, encargada por entonces de este trabajo, y dirigen un memorial a la Sitiada en el que dicen que, «estando cercioradas de la aptitud y conocimientos de la Madre María Rafols», piden se haga lo posible para hacerla regresar. Al no conseguirse siguen su batalla contra la hermana Codina, hasta que consiguen que sea cambiada por la hermana Torrens. No dura esta mucho y tiene que dimitir en 1838. Es ahora la hermana Jerónima Carreras la que lo intenta, pero sólo las soporta un año. En 1839

se encarga la misma madre Tecla Canti, que logra durar tres años. En 1841 —de vuelta ya— se encarga —a petición de las señoras— a la ya anciana Madre Rafols, y dos años después nos encontraremos con asombro con un gran elogio de las señoras de la Junta, que manifiestan estar «muy satisfechas de su celo» y piden una hermana que la ayude, ya que no puede ella sola.

En 1845 la salud de la Madre María es ya muy débil y la Junta pide con dolor su jubilación: «Acordó que la Madre María quede jubilada, desde luego en atención a su avanzada edad, destinándosela a aquellas labores que sean compatibles con sus años, quedando plenamente satisfecha la Junta del celo, esmero e inteligencia que ha desplegado en los muchos años que está prestando sus servicios». Estos elogios en bocas tan descontentadizas nos llenan realmente de asombro. Asombro que crece cuando cuatro años después de su jubilación —y tras haber desfilado varias hermanas, que duran todas poco tiempo— vuelve a pedirse a la hermana María «que continúe en la dirección de la Inclusa», si bien le ponen una subdirectora para que lleve todo el trabajo y peso material.

Esta es, junto a los pequeños, la página más dulce a lo largo de toda la vida de la Madre Rafols. Ella, que, según uno de los testigos de su proceso de beatificación, «tenía un don especial para dirimir las discordias y donde ella estaba no había discusiones de ninguna especie», llevará alegremente lo que las demás no soportan. Y en su larga vida de fe y oscuridad, Dios le dará como único consuelo la alegría gozosa de sus niños.

Capítulo XII

LA LUZ BAJO EL CELEMÍN

Se suele pensar que de los santos lo único o principalmente importante son los momentos de esplendor, los éxtasis, los milagros, las horas de los grandes dolores y las arduas decisiones. Pero normalmente no hay mucho de esto en las vidas de los santos auténticos. ¿Y qué sucede en los años oscuros, en los montones de meses que transcurren entre milagro y milagro, entre proeza y proeza? ¿Dejan los santos de serlo? ¿Bajan a la segunda división de la santidad esperando el siguiente fulgor que les lleve de nuevo al brillo de los candeleros de Dios?

La verdad es que lo decisivo en los santos son las largas horas oscuras, los tiempos en que se diría que Dios les hubiera olvidado, las fidelidades mantenidas cuando no son brillantes. Es la lucha diaria, es el amor que no cesa en los meses en que todo parece cesar. Y esto tanto en los grandes santos que la Iglesia corona como en los pequeños cristianos que aman a Dios sin soñar siquiera en subir a los altares.

También para María Rafols hubo largas, larguísimas horas de oscuridad. Tiempos en los que brillaba sobre todo la fe y toda esa serie de virtudes pasivas —aguante, paciencia, aceptación de la persecución, equilibrio desde la oscuridad de la fe— que se muestran cada vez como lo más característico de su personalidad.

Un ejemplo son estos once años que transcurren entre 1813 —en que es encargada de la Inclusa— y 1824, en que volverá a girar toda su vida. Son como un largo

nuevo noviciado en el que sus obras externas no se diferenciarán en nada visible (sólo en la calidad interior) de la de cualquiera de los millares de religiosas de Santa Ana que vendrían tras ella. Vivía el Evangelio poniendo y quitando pañales, bañando a chiquitines que ni siquiera sabían hablar los más de ellos, «perdiendo su vida», como dirían los listos de este mundo.

Sólo a veces llegaban a ella ráfagas de los grandes problemas. Y llegaban porque, como ya he señalado, la madre Canti quería incorporarla a sus tareas de dirección. Son momentos objetivamente menos importantes que toda esa oculta y dolorida tarea de la que hablamos en el capítulo anterior, pero que no deben quedar ocultos en esta narración de su vida. Porque mientras la Madre María se dedica a sus pequeños, siguen afectando al pequeño grupo de hermanas los grandes problemas políticos nacionales, sigue la Hermandad atravesando la larga crisis de su sobrevivencia y crecimiento, siguen las tensiones con la Sitiada y sigue el común camino de las hermanas hacia la santidad. Diremos algo de estos cuatro apartados.

Las agitaciones de la política

Duros años eran aquellos para la Iglesia española, que parecía caminar a bandazos, que iban de un extremo al otro en lo político y también en lo religioso. La guerra de la Independencia había dejado graves heridas en su carne. Muchos templos habían sido destruidos. La plata y ornamentación de sus catedrales o había sido saqueada por las hordas francesas o había sido víctima de las exacciones de uno de los dos gobiernos, el invasor

o el patriótico. Pero quienes probablemente habían sufrido más eran los conventos. En su vida material y en la espiritual. Verdaderamente la guerra había despoblado los seminarios y vaciado los claustros, y las leyes napoleónicas, empujando a los religiosos a la exclaustación (ofreciendo, incluso, una pensión de 200 ducados anuales a quienes la aceptasen), habían sido terriblemente eficaces: de los 70.000 religiosos que había a principios de siglo nos encontramos en 1814 con sólo 49.365, y de estos quedaban en 1820 ya solamente 33.546 y en sólo los dos años de 1820 a 1822 se secularizarían otros 7.244. En las religiosas esta desbandada había sido muchísimo menor, pero era también visible. Al mismo tiempo existían 21 diócesis vacantes y se contaba en toda España con un número altísimo de parroquias sin pastor y de cargos eclesiásticos en descubierto.

Pero las lacras eran aún mayores en lo que se refiere a moralidad y vida cotidiana de los ciudadanos. Seis años de guerra habían producido una gran crisis moral y un hondo desconcierto ideológico. Pero, lo que es peor, habían desgarrado España en dos, sembrando una cadena tal de odios, que aún no nos hemos terminado de curar de ellos. La división entre tradicionales e innovadores iría cambiando de nombres a lo largo de dos siglos, pero seguiría siendo igualmente divisora, con todo el gran peligro de radicalizar las posturas. A un lado parecía estar la fe española de siempre (y con ella la intransigencia, la inquisición, la falta de cultura, el miedo a la libertad y la monarquía absolutista) y en el otro, donde se colocaban las fuerzas que plantaban cara a los nuevos tiempos, parecían también acumularse el ateísmo, el odio a la Iglesia y al clero, la revolución social.

hermanas salieron del oratorio, se encontraron con los empleados armados con intención de matarlas. Y la Madre Rafols, con su sonrisa y humilde continente, los conuvo y pasaron sin que les hicieran ningún mal».

Por su parte, la hermana Justina Sanz explica que muchas veces oyó contar a la madre Raimunda Oliver, contemporánea de la Madre, «cómo un día los revolucionarios se presentaron en el santo Hospital para conducir prisionera a la Madre Rafols. Cuando las hermanas y los enfermos vieron tal espectáculo, es decir, que los malvados se llevaban a la santa religiosa para encarcelarla, se pusieron a llorar amargamente; pero ella habló a todos con tanta tranquilidad y ternura, que uno de los facinerosos dijo: Dejemos estar a esta señora, porque con su palabra y su dulzura es capaz de ablandar las piedras. Y así desistieron de su propósito».

¿Historia? No podemos responder tajantemente. Lo que sí es cierto es que hechos semejantes a estos no fueron infrecuentes en esta época. El propio Vicens Vives, hablando de la tensión existente entre religiosos y pueblo, certifica que «la burguesía, que poseía el aparato represivo suficiente para evitar los desmanes de la masa, dejaba actuar a ésta con ojos si no complacientes, por lo menos escépticos». Y ciertamente grupos religiosos —cuya utilidad no era tan evidente como el de nuestras hermanas— tuvieron que pasar horas muy amargas en estos años.

Problemas con la Sitiada

Siguieron también en este período algunos problemas con las diversas Juntas directivas del Hospital (aun-

que en grado mucho menor que con la afrancesada). Prosiguió el doble juego de la generosidad y la tacañería. Las actas de este período siguen testificándonos que prosiguen los famosos «despintes» de las religiosas, que periódicamente devuelven parte de las raciones que reciben. Y nos testimonia también la tacañería con que la Junta sigue actuando con ellas, que han de reclamar de vez en cuando sus atrasos o la tela necesaria para sus hábitos. Hay, sin embargo, una mejor atención a la salud y alimentación de las religiosas. En 1814, y ante la insistencia de la madre Canti, reconocen las actas «que no tienen suficiente con la ración de pan con que se les contribuye desde la reducción de las raciones, y persuadida la Sitiada de ello, acordó que se contribuya para todas con tres coquetas o 24 onzas diarias, para que puedan hacer la sopa del desayuno». Por fin, podrán las hermanas evitar los desmayos y desvanecimientos que producía aquel trabajar ocho horas seguidas por la mañana sin haber probado bocado hasta la comida.

En 1815 la misma Sitiada caerá en la cuenta del alto número de hermanas que caen enfermas, y uno de sus miembros informará «que, hallándose tres o cuatro hermanas enfermas inapetentes, convendría que se les echase tocino en el puchero y garbanzos en lugar de judías, haciéndolo presente a la Sitiada para que dispusiese lo que tuviese por conveniente». La respuesta es afirmativa también esta vez.

Más grave es el problema que se plantea con motivo de la flebotomía que practican las hermanas. En 1823 una de las enfermas que había sido sangrada por ellas padeció algunas complicaciones, al parecer porque ella misma procuró dañarse la cisura de la sangría. Y esto fue la ocasión para que el grupo de funcionarios y técnicos

enemigos de las hermanas emprendiera una dura campaña contra ellas, pidiendo que se reservase la flebotomía exclusivamente a los doctores varones. Tienen entonces las religiosas que recordar a la Junta cómo comenzaron a practicarla, cómo pasaron para ello un examen en regla, cómo «en el tiempo de los asedios las hermanas se esmeraron en practicar dicha operación no sólo a mujeres, sino también a las tropas y paisanos enfermos, pues hubo día que apenas pudieron quitarse la lanceta de la mano», cómo «en todo el tiempo que las hermanas han sangrado, a Dios gracias, no ha ocurrido ninguna desgracia». Por lo que, señalan, prohibírsele ahora «resultaría en desdoro de la Hermandad y desestima de los examinadores y Junta antigua». Y nuevamente la Junta reconocerá la razón de las hermanas y dictaminará que «no encuentra razón para que se les prohíba el ejercicio de la sangría, toda vez que se hallan aprobadas en esta parte de la cirugía por los mismos profesores de este establecimiento».

La crisis interna

Mientras tanto, parecía haber disminuido notablemente la crisis interna. La unión entre la madre Canti y la hermana Rafols se ha consolidado y ambas unen sus carismas en la solidez del edificio naciente. «Aunque no era superiora —dirá una de las religiosas de la Madre María— era tal la confianza que inspiraba, que todas las hermanas recurrían a ella en sus dudas y penas, y ella las aconsejaba y consolaba con grandísima sabiduría». Esto, afortunadamente, no crea celos en la superiora, que, por el contrario, asocia con frecuencia la firma de la Madre Rafols a la propia.

El mayor problema es el de la salud. Las actas de este periodo nos muestran con frecuencia frases como esta:

«A la hermana Francisca Rusic se le ha dado licencia para ir a tomar los aires natales». «La hermana Josefa Codina debe trasladarse a su pueblo para el restablecimiento de su salud». Y la misma Madre Rafols tendrá que pedir en abril de 1815 un permiso para trasladarse al pueblo de su naturaleza a descansar.

Afortunadamente las vocaciones no escasean: sólo en 1815 se registran siete ingresos. Pero apenas bastan para llenar los huecos de las enfermas. Y es lástima, porque en este período comienzan a llegar desde los lugares más opuestos peticiones de fundaciones. En 1818 se interesa por un grupo de hermanas el hospital de Burgos. En 1824 hay una interesantísima petición que don Ramón Gregorio Gómez hace en nombre del obispo de Canarias. La respuesta del P. Bonal a esta petición no tiene desperdicio por las muchas noticias que aporta y, sobre todo, porque nos informa de la visión que su fundador tiene de las hermanas con las que cuenta en ese momento. He aquí los párrafos más significativos:

En la actualidad no pueden las hermanas resolverse (a ir) atendiendo a que son pocas y en cierto modo algunas de ellas enfermas. La superiora, hermana Tecla Canti, convalece; la hermana María Rafols está en un pueblo para recobrar la salud; la tercera (hermana Torrellas) ha pasado a la Torre del Gallego de este santo Hospital, con el objeto de ver si puede restablecerse, pues tiene la salud muy perdida; estas tres son las que vinieron a fundar a este santo Hospital; y son las únicas tres que se conservan, pues ocho murieron gloriosamente en los memorables Sitios de esta inmortal ciudad. Otra de las fundadoras fue a fundar en 1807 al santo Hospital de Huesca, la cual murió en olor de

santidad, en el año 1812. Así que veo muy difícil poder complacer al Ilmo. Sr. Obispo y a V. S. I. pues me gustaría que, de ir a fundar a esas Islas, fuese de superiora, a ser posible, una de las tres hermanas anteriormente citadas. Además, considero casi imposible que los señores regidores condesciendan en que salgan estas religiosas a otra parte, pues al crear esta Congregación se propusieron fueran exclusivamente para este santo Hospital y únicamente condescendieron en que fueran al de Huesca, a ruegos del Sr. Obispo, por ser éste Presidente de la Ilma. Sitiada en aquella época, en que pertenecía el Hospital a la parroquia de Santa Engracia.

Seguía, pues, el gran problema: la maceta continuaba asfixiando la planta. Lo cual, sin embargo, no impedía el que las hermanas (y el propio P. Juan) siguieran soñando en una expansión, sin renunciar tampoco al viejo proyecto de unión de todas las Hermandades de España. Testimonio de estos deseos es una carta aparecida en el archivo de Palafox, entre las varias que le dirigieron las hermanas Canti y Rafols, que nos informa sobre los deseos de realizar una fundación en Madrid en un intento nuevo de colaboración con los hermanos Obregones, de los que ya hablamos en páginas anteriores. El texto es de 1817 y dicen así sus párrafos fundamentales:

Como en estos tiempos de turbulencia todos los cuerpos han padecido, esta desgracia ha llegado a nuestra Hermandad. Esta, respetadora de V. E., perdió varias religiosas en los dos más crueles asedios, en los que gloriosamente concluyeron su carrera sacrificadas en aras de la caridad. Deseando renovar y perpetuar esta Congregación, como igualmente desean muchos de los hermanos de los Obregones, tratamos de reunirnos con varias otras Hermandades, y entonces estos dos cuerpos podrían sostenerse más y abrazar los dos ramos de hombres y de mujeres, cuidando los herma-

nos de aquéllos y las hermanas de éstas, con universal consuelo de la afligida humanidad.

Para realizar estos proyectos hemos ya escrito a las Hermandades de Huesca, Valls y Cervera de Cataluña, las que gustosamente entrarán en el objeto, e igualmente el sacerdote don Juan Bonal, que nos condujo desde Cataluña a esta ciudad, como también condujo a las de Huesca, trabajará sobre el particular, siendo útil para gloria de Dios, rey y Patria.

El dador (de esta carta) es hermano de los Obregones, amigo del precitado P. Bonal, e informará a V. E. de todo, como igualmente le dará alguna noticia sobre nosotras; es decir, que se ha hablado alguna cosa y hay quien desea que nos establezcamos en ese Hospital general (de Madrid); y de nuestra parte no nos resistiríamos, siempre que fuese la voluntad del Soberano nuestro Venerado Fernando VII, señores de la Junta y aprobación de V.E., de quien esperamos gustosas las órdenes, estas súbditas de V. E. que ruegan al cielo conserve su persona muchos años para bien de la humanidad, del reino y público consuelo de los afligidos.

Esta carta, de la que era portador el hermano Manuel de la Virgen de los Alvares (lo mismo que otros contactos que la Hermandad pudo tener con la hija de la Caridad sor Manuela Lecina) muestran sobradamente que los viejos sueños del Dr. Cessat y del P. Bonal no habían sido abandonados. Las hermanas eran conscientes de que no podían permanecer encerradas en el Hospital de Zaragoza si querían que su obra tuviera una verdadera solidez y continuidad. Y el mismo espíritu de unión seguía respirándose en las casas de Valls y Cervera, de las que ellas habían probabilísimamente partido. Pero, aunque existe al menos otra segunda carta en la que las dos hermanas vuelven a insistir en el tema, no conocemos la

respuesta de Palafox y el interés que pudo tomarse en el tema. Dios quería sin duda que aún pasaran muchos años antes de que esos sueños de difusión prosperasen.

Pero las hermanas, mientras soñaban crecer en anchura, no se olvidaban de crecer en santidad. Quisiera cerrar la historia de este período recordando una página ejemplar que nos documentan los archivos de la Sitiada el 27 de septiembre de 1821. En esta fecha el cura de la parroquia de San Nicolás pide a la Junta si podría alguna de las hermanas encargarse de las enfermas contagiosas que había en el Lazareto. La Junta, con el respeto que el tema merecía, señala que este servicio «no podía imponerseles a las hermanas, si no accedían por su libre y espontánea voluntad», razón por la cual se comisiona al canónigo Amar para que haga la necesaria investigación. Tras ella informa gustosamente que las hermanas «tanto en común como separadamente se ofrecieron con la mayor generosidad y celo a prestar toda su asistencia a cualquier persona afectada de contagio, tanto en el Lazareto como en la ciudad».

Afortunadamente, la planta, aún encerrada en su tío, estaba viva y floreciente. Los cuerpos estaban heridos por la enfermedad, pero las almas enteras. Y «tanto en común como separadamente» daban estas hermanas primeras el generoso paso que en España, en Venezuela y en tantos países del mundo darían sus sucesoras, demostrando que su caridad no se detenía ni ante las barreras de la muerte.

Capítulo XIII

BRILLA EL SOL

«Lo importante no es estar al sol o bajo la tormenta. Lo importante es servir a Dios allí donde se nos ha colocado». Con esta frase resume Bernanos uno de los ejes de la vida de todo auténtico cristiano. Pero ¿quién no preferiría servir a Dios bajo el dulce sol de sus manos?

Ciertamente, no fue Dios muy pródigo en esta vida a la hora de llenar de sol la existencia de María Rafols. Me refiero, naturalmente, al sol del triunfo, porque el interior de la paz y la alegría no le faltaron jamás. Pero ¡qué pocas veces fue la vida acariciadora para ella! ¡Cuántas más horas conoció de huerto de los Olivos que de monte Tabor!

Pero, tal vez para que no perdiera la fe cuando llegara la gran amargura que se acercaba, quiso que la Madre María subiera al Tabor en 1824 y gustara la miel de las horas felices.

La primera y más alta de todas las alegrías fue la aprobación canónica de las Constituciones. Era esta una vieja herida: las primeras reglas del «cuadernito» eran, sí, un tesoro de espiritualidad, pero debían mantenerlas semiocultas por haberse elaborado al margen de la Sitiada. Las que en 1812 elaborara el P. Santander no habían llegado ni a tener verdadero nacimiento. Y en 1817, a la hora de la gran crisis, los visitantes reales habían señalado su preocupación por la cantidad de religiosas que abandonaban la Hermandad y mostrado la necesidad de «unas reglas u ordenaciones que fijen la estabilidad de

las hermanas en el Hospital de una manera conveniente y determinada».

Esta advertencia y el mismo miedo a que pudieran ser substituidas por religiosas de algún otro grupo o congregación, hizo que varias hermanas fueran a visitar al arzobispo de la ciudad, don Manuel Vicente Martínez, para solicitar de él que resolviera tan vital problema. Efectivamente, el prelado eligió a dos inteligentes sacerdotes, don Pedro Valero, obispo electo de Gerona, y don Benito Fernández Navarrete, deán de la catedral, para que redactaran unas nuevas Constituciones «ajustándolas al espíritu, usos y costumbres de la Hermandad», para lo que tuvo el cuidado de pedir las primitivas Constituciones, el reglamento elaborado por el P. Bonal cuando llegaron a Zaragoza. Esta vez, afortunadamente, se iba a la verdadera raíz y no al capricho de las opiniones personales.

Rápido y eficaz fue el trabajo de ambos sacerdotes, pues ya en noviembre de 1818 pudieron ser aprobadas por la Sitiada, aunque posteriormente los sucesos políticos las devolvieran a la sombra y no llegaran a tener pleno valor y aprobación hasta 1824.

Estamos, evidentemente, ante un acontecimiento decisivo en la historia de la Hermandad, pues estas Constituciones no sólo fueron base decisiva para todas las elaboraciones sucesivas hasta hoy, sino que son objetivamente un resumen perfecto del «carisma» y del espíritu que siempre caracterizará a las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Páginas hay en ellas conmovedoras por el profundo sentido cristocéntrico de sus normas o por la enorme ternura con que tratan el tema de la caridad. Transcribiré solamente una página especialmente curiosa y que nos introduce en la pequeña vida diaria de las hermanas:

Considerando cada día que a la hora menos pensada puede llegar a la sala Jesucristo en la persona de alguna enferma, tendrán siempre dispuesta y prevenida alguna cama de sobra en cada enfermería. Luego que llegue una enferma, la recibirán con afecto y demostraciones de atención y compasión; la sentarán en una silla, que tendrán también preparada, para que tome un poco de aliento; la desnudarán con el mayor cuidado que pida su delicadeza y entre tanto una hermana o criada le calentará la cama en invierno y en cualquier otro tiempo si el estado de la enferma lo requiere, y la acostarán en ella con cuidado, y se informarán si hace mucho tiempo no ha tomado alimento, y, si falta mucho para repartir el que dé la Santa Casa, le proporcionarán una taza de caldo u otro refuerzo que no le pueda dañar; lo mismo harán respecto a medicina, si hubiere de tardar mucho la visita ordinaria del médico o maestro cirujano y la enferma estuviere de riesgo, avisando al velante o teniente para que la visite y disponga los remedios que juzgue oportunos, que le proporcionarán las hermanas con la brevedad posible. En habiendo descansado lo bastante la enferma, le calentarán y le pondrán una camisa del Hospital y recogerán la suya, y liada con toda la demás ropa que haya traído, la llevarán al guardarropa, donde se custodiará con su cédula o número hasta que haya de salir de la sala, que entonces recogerán y se la entregarán para que se vista si ha mejorado.

Copio precisamente este párrafo porque en él se ve con toda claridad que en su redacción han participado otras manos además de las de los dos sacerdotes citados. ¿Cómo descenderían estos a ese detallismo, a ese conocimiento tan preciso de la realidad cotidiana de un hospital? Hay aquí evidentemente la mano de alguien que lleva muchos años haciendo esto, que conoce lo que el enfermo necesita y precisa en ese momento. ¿Es necesario acudir a la imaginación para pensar que los dos

redactores firmantes trabajaron o sobre conversaciones mantenidas con las hermanas o sobre textos preparados por ellas mismas? ¿Y cómo no acudirían a quien había sido siempre el alma del grupo desde su primera hora, la hermana María? Es, efectivamente, su espíritu —de una ternura maternal insuperable— el que queda reflejado en esas páginas y en tantas de estas nuevas Constituciones.

Significativo también el párrafo con que se resume en el primer capítulo el fin y sentido de la Hermandad:

Tales son las hermanas de este santo Hospital general de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza: ellas entran en él a servir a las enfermas sin excepción de enfermedades contagiosas o pestilentes; especialmente en el manejo inmediato de sus personas, limpiándolas, ministrándoles el alimento y medicinas, fregándoles la vajilla y hasta los vasos inmundos, escobándoles las salas o enfermerías, velándolas a todas las horas del día y de la noche y amortajando sus cadáveres después de muertas; acompañando todos estos servicios corporales con aquellos auxilios espirituales que les puedan dar. Este es el fin de su Instituto y a esto se obligan especialmente animadas de la caridad y amor de Dios y de sus prójimos.

Dos datos más quisiera señalar muy rápidamente en estas Constituciones. El primero es su radicalismo en la totalidad de la entrega. No hay aquí nada de medias tintas, nada de planteamientos de buena voluntad. Una de las palabras que más aparecen en este texto es el aumentativo «mayor»: todo ha de hacerse «con el mayor cuidado», «con la mayor limpieza», «con la mayor diligencia», «con la mayor puntualidad» y «por la mayor gloria de Dios y mejor asistencia a los enfermos». El planteamiento es, sin lugar a dudas, el de una vocación al heroísmo, expuesta sin rodeos ni contemplaciones.

El segundo dato es la ausencia de esa clásica tensión entre lo mundano y lo celestial que tantas dicotomías crea en muchas espiritualidades. Jamás se plantea el problema de que hubiera que atender a los cuerpos de los enfermos para salvar sus almas o de que las religiosas debieran atender a lo corporal y material como simple «trampa» para ganar los espíritus. Para estas reglas el enfermo es Cristo, y todo el amor que se le dedica es espiritual y trascendente, tanto si se atienden sus heridas como si se le enseña a rezar. Los planteamientos, de puro sencillos y evangélicos, resultan modernísimos y, diríamos hoy, posconciliares.

Eran, si, reflejo perfecto del espíritu primitivo que el P. Bonal había impreso en la primera hora, el espíritu por el que nueve de las primeras habían muerto y que había centrado la vida de las sobrevivientes. Ahora tendría ya el reconocimiento oficial de la Iglesia (el 10 de julio de 1824 se lo concedería el vicario general de Zaragoza, sede vacante) y lograban también sin grandes problemas la aprobación de la Sitiada cinco días después. Un año más tarde harán ya sobre ellas sus votos oficiales las trece religiosas que en aquel momento había. Consignaré aquí sus históricos nombres, tal y como el acta de la Sitiada los recoge: Tecla Canti, presidenta; María Rafols, Raimunda Torrellas, Teresa Rivera, Cecilia Aparicio, Margarita Bruna, Josefa Codina, Teresa Periu, Jerónima Carreras, Ana María Barbera, Serafina Valls, Nicolasa Jimeno y María de los Dolores Muñoz. ¡Ahora ya eran oficialmente religiosas, reconocidas por la Iglesia como tales! En el cielo lucía el sol.

Algunos meses más tarde, cumpliendo también lo prescrito por las reglas («Renovarán todos los años en manos del Presidente o Director dichos votos en el día

de la Anunciación de Nuestra Señora, que es la Titular de la Casa, hasta que cumplidos los cinco años de vestido el hábito, añadan un juramento de estabilidad o perpetuidad»), las cuatro hermanas que llevaban ya larguísimos años en la Hermandad —tres de ellas desde 1804 y la cuarta desde 1806— pudieron hacer los votos perpetuos y definitivos. Y aquí prefiero dejar la pluma a las actas del director de las hermanas, porque nada hay tan hermoso como la verdad y nada tan caliente como contar lo que se ha visto:

El día 15 de noviembre de 1825, a las once de la mañana, en la misma estancia interior de la habitación de las hermanas que sirve de oratorio para algunos actos, en manos del M. I. Sr. D. Vicente Jiménez, Arcediano Mayor de Santa María, Presidente y Comisionado de la Ilma. Sitiada, del santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia de esta ciudad de Zaragoza, a presencia de las hermanas que pudieron asistir y del infrascripto director espiritual de la Hermandad, después de haberles hecho aquél una breve explicación y exhortación de lo que iban a hacer, prometieron a Dios nuestro Señor y juraron por los cuatro evangelios y un crucifijo, que tenía en las manos dicho señor Comisionado, de permanecer toda la vida en esta Hermandad de Hermanas de la Caridad de dicho santo Hospital, sirviendo en ella según sus Constituciones y votos que tenían hechos, la Madre Tecla Cantí, actual presidenta; la Madre María Rafols, la hermana Raimunda Torrellas y la hermana Teresa Rivera, y firmaron dicho señor comisionado y las cuatro hermanas jurantes conmigo el director y dos de las restantes hermanas que estuvieron presentes a este acto.

Nos parece ahora volver a ver a la Madre Rafols, un poco pálida y emocionada, con la voz ya de una mujer madura, una vela blanca de cera en la mano derecha, de rodillas, diciendo solemnemente:

Yo, hermana María Rafols, prometo guardar Pobreza, Obediencia, Castidad y Hospitalidad, por el tiempo que permaneciére en esta Hermandad, en presencia de Dios nuestro Señor y de sus santos y del señor director y hermanas de esta Santa Casa. Amén Jesús.

Si cerró los ojos, recordaría aquel otro ya tan lejano día de diciembre en el que en un pobre carruaje había llegado a esta ciudad, rodeada de un grupo de palomicas asustadas —¡cuántas muertas ya, Dios santo!— para iniciar este servicio que ahora sellaba con juramento ante Dios. Si no lloró de emoción y de alegría a la vez es porque María Rafols era ya una mujer endurecida por el trabajo y la lucha.

Al frente de la Hermandad

Las nuevas Constituciones, al abrir otro capítulo en la historia de la Hermandad, parecían exigir también un cambio en la dirección. En ellas se señalaba que «el cargo debe durar tres años» y la madre Tecla llevaba ya trece en él. Y, como si Dios quisiera completar la vuelta a las fuentes que suponían las Constituciones con otra vuelta a la raíz en las personas, nuevamente la elección recaerá en la Madre Rafols en la votación realizada con toda la solemnidad y requisitos el 16 de abril de 1826. Con alegría de todos menos de la interesada. Así, al dar el comisionado cuenta del resultado a la Sitiada, informa que «en el acto me pidió ésta con insistencia le admitiese la renuncia, en atención a que en el estado de su salud subsistían las mismas causas y aún mayores que le obligaron a renunciar este destino anteriormente», a lo que

él había contestado que «lo haría patente a la Sitiada al tiempo de darle cuenta».

¿Era una disculpa sugerida por la humildad? Sólo en parte. Efectivamente, la salud de la Madre María debía de estar bastante maltrecha de agotamiento y trabajos. Pero ya hemos dicho que era la suya una de esas «malas saludes de hierro» que terminan por enterrar a cuantos les rodean.

Más curioso es el párrafo con que prosigue el comisionado, que, por lo que se ve, no era excesivamente partidario de esta reelección. En su informe a la Sitiada, y tras aludir a la razón de salud, añade: «Yo encuentro otras causas de consideración. Este empleo es incompatible con el encargo que ahora tiene esta hermana del cuidado de los expósitos y hay serios inconvenientes en separarla de este empleo y perjuicios en los intereses de la Santa Casa». Una vez más se boicotea elogiando: la Madre se ha hecho imprescindible en su atención a los pequeñines, nadie será capaz de suplirla. Sin embargo, ¿no era en ese momento mucho más importante su papel al frente de la comunidad, precisamente ahora que acaban de firmarse las Constituciones y está en juego todo el robustecimiento de la Hermandad? Pero probablemente la madre del cordero esté precisamente en esos «perjuicios a los intereses de la Santa Casa» a los que luego se alude: efectivamente, desde la Inclusa, en su contacto con la población y la vida, la Madre Rafols conseguía abundantes donativos y ayudas para el Hospital. ¿No peligrarían al encerrarla en una labor más interior y oculta?

Lo cierto es que la Sitiada, con mucha cordura, «meditó este punto con la atención que exige su importancia, tomando todos los conocimientos» y, buscando la mane-

ra de que la hermana no abandonase del todo la Inclusa para que «no padeciese detrimento la buena administración y cuidado de los niños expósitos cuyo distrito está a cargo de la expresada hermana María y del que parece no conviene separarla», aprobó y confirmó, sin embargo, su elección como presidenta de la Hermandad durante los tres años que las Constituciones prescribían.

Comienza aquí uno de los períodos más serenos de la vida de la Madre. El signo más visible de esta paz y alegría es el florecimiento vocacional que en este trienio se produce: en 1826 visten el hábito las hermanas María del Pilar Miguela Codina, la hermana Francisca Maya y la hermana Gervasia Domenech. En 1827 lo vestirá una joven, Magdalena Hecho, llamada a ser una figura importante en la Congregación, como superiora desde 1851 a 1877 y como heredera espiritual de la Madre. En 1828 otras cuatro hermanas más. Y la hermana Teresa Torrens en 1829.

Son estos años en los que empiezan a solicitar desde muchos puntos qué condiciones hay que cumplir para ingresar en la Hermandad. La Madre no usa entonces la táctica de la manga ancha. No tiene prisa en crecer. Lo que le importa es la calidad de las personas. Tenemos de esta época dos documentos muy curiosos, especie de «hoja de condiciones» que se envía a las solicitantes y que está redactada con tal dureza que se diría que más trata de espantar que de atraer. He aquí algunos párrafos de una de ellas:

«Este Hospital es general, no sólo para la ciudad, sino para todo el reino y para todo el mundo y se reciben en él todos los enfermos que se presentan, de cualquier sexo que sean y de cualquiera enfermedad, aunque sea contagiosa e incurable.

Las hermanas están encargadas de las mujeres enfermas y con ellas practican cuanto necesitan, desde desnudarlas y ayudarlas a poner en la cama, cuando se presentan, hasta amortajarlas cuando se mueren (que lo hacen solas las hermanas, bien que a esto no va regularmente una sola, sino dos). De consiguiente, les hacen y mudan la cama y la camisa cuando conviene, les dan el alimento y las medicinas (para lo cual conviene que sepan leer), administrándoles por sí mismas las lavativas, reparos al estómago y paños mojados a la que lo necesita; barren las salas todos los días y limpian hasta los vasos inmundos, y esto luego por la mañana todos los días; asisten a la cura de cirugía, llevando a la mano los ungüentos y demás necesario a los curadores; las que saben sangran también a las enfermas; y todas las noches velan dos hermanas dando vueltas por sus salas, una hasta la una de la noche y otra desde entonces hasta que se levantan las demás, a quienes llama a las cuatro de la mañana todo el año. Este es un trabajo bastante pesado y expuesto a resfriados, especialmente en el invierno [...].

Una hermana cuida de los niños expósitos, para que las amas que les lactan no los defrauden en su alimento y limpieza guarden quietud, etc.; pero dicha hermana hace también las velas que le tocan y asiste a la limpieza de los vasos inmundos. Otra hermana cuida de las mujeres que se retiran por estar embarazadas, para que trabajen, recen (bien que para asistir al parto hay una comadre) y también vela y hace la limpia como la otra; y lo mismo la hermana que cuida el planchado y remiendo de la ropa de la sacristía y de las hermanas; y la que cuida del guardarropa, donde entrega y recibe la ropa y dispone y hace la remienden algunas dementes u otras mujeres que le dan para ello.

Todo esto y en una casa pública como esta, donde entran personas de todas clases, sexos y condiciones a visitar las enfermas, por conexión, caridad o curiosi-

dad, y donde hay muchísimos sirvientes por la mayor parte solteros, hace indispensable que las hermanas hayan de ver y tratar con toda clase de gentes, y para no rozarse con ellas ni mancharse en algunos de sus ministerios y practicar con gusto y eficacia los demás, es menester que tengan vocación de Dios, no cualquiera, sino muy particular, y conviene que sepan leer todas y escribir la mayor parte.

La que sea llamada por Dios, tendrá también robustez para llevar esos trabajos; ánimo para exponer su vida a las enfermedades, que fácilmente se pueden contraer; caridad para servir con afabilidad a las enfermas, sin distinción de las contagiosas y desprecio de los intereses, comodidades y atenciones del mundo; pues todo ello es menester y lo dará Dios a la que llame a este destino, y si no se lo da, señal que no la quiere para él.

Impresiona tanto la dureza como el juego limpio de este escrito. Aquí a nadie se engaña. Al contrario, parecen cargarse las tintas negras para espantar vocaciones románticas. Mejor pocas que mediocres, parece ser el estilo de María Rafols.

Una superiora dulce y exigente

¿Cómo era María Rafols como superiora? En las declaraciones de sus hermanas, en el Proceso de Beatificación, encontramos una verdadera montaña de pequeños detalles que están, sin duda, envueltos en el velo del cariño, pero que transmiten una realidad y dibujan un estilo. He aquí una pequeña galería de tales recuerdos:

- Observantísima de las reglas hasta el menor detalle las hacía observar a las demás con la eficacia de su ejemplo.
- Devotísima del Señor sacramentado, lo visitaba todos los días antes y después del trabajo; pero esas visitas eran más frecuentes durante la noche y allí las hermanas la encontraban muchísimas veces.
- Sus confesiones eran breves y sus comuniones tan frecuentes como le permitía la regla: jueves, domingos, Santos Apóstoles y principales festividades, y lo hacía con tal recogimiento, que enfervorizaba a las demás.
- No estaba jamás ociosa y aun en sus enfermedades se levantaba por la noche para ayudar a las hermanas de guardia.
- Sus modales corteses y noble semblante reflejaban un alma pura.
- Aun estando mala comía muy pobremente.

Efectivamente, como señala Sanz Artibucilla, «a su lado se estaba bien y, lejos de asustar con su asombrosa mortificación, inspiraba el ardiente deseo de imitarla». Era realmente una madre. Se volcaba en atender a las enfermas, en defender a las acusadas de algo. Gozaba en regalarles cuando podía con algún dulce o fruta y se recuerda que nunca en sus enfermedades aceptó algún plato más apetitoso sin que tomara parte la hermana que se lo servía.

Especialísimamente cariñosa era para con las hermanas que se veían tentadas en su vocación. No podía sufrir que se las tratase con dureza en esas horas oscuras o que se las reprendiera hiriéndolas. «Una vez —cuenta una religiosa— una hermana trataba con poca caridad a otra que parecía haber perdido la vocación. Al saberlo la Sierva de Dios, reprendió a aquella hermana, diciéndole

que tuviera más caridad con las que sufrían tentación, que pudiera suceder que ella misma fuera tentada y sucumbiera».

Tres años de dulzura y exigencia: ése es el recuerdo que dejó aquel trienio de su superiorato. El 22 de abril de 1829 fue elegida superiora la madre Teresa Perú, a la que la Madre María había confiado tres años antes el cargo de maestra de novicias. Ahora podrá regresar a la tranquila paz de la Inclusa nuestra protagonista, entre sus pequeñuelos tan queridos.

La muerte del P. Juan

El año 1829 reservaba aún un gran dolor para la hermana María y para toda la Hermandad: la muerte del P. Bonal. Nada previo sabemos de su enfermedad. Súbitamente aparece en las actas del 17 de agosto la noticia de su gravedad y la de que las hermanas Tecla y Magdalena habían partido para atenderle. La Sitiada esta vez se muestra generosa: el acta cuenta que se acordó que se le auxiliase en todo lo necesario «por parte del Hospital, asegurándole que la Sitiada está dispuesta a contribuir en todo lo que pueda conducir al logro de su salud y su bienestar».

Pero ya era tarde. El P. Juan no estaba enfermo, estaba simplemente agotado. Quince años por los caminos de toda España —Tellechea certifica que «en un crudo invierno recorrió 747 pueblos»— habían hecho de él un anciano a los sesenta años. Llegaba no la muerte, sino el justo descanso.

Y le llegaba en un maravilloso lugar A treinta kilómetros de Zaragoza y camino de Huesca, en la vega

que riega el río Gallego, se alza súbitamente un repecho montañoso en cuya cima brilla blanca una diminuta ermita pueblerina, no lejos del pueblecito de La Paul, en el término de Zuera. Dedicada a Nuestra Señora del Salz, es un prodigioso mirador sobre toda la vega. Es el lugar ideal para un solitario. En su profundo silencio sólo suena el viento entre los árboles de la vega, maravillosamente verdeante en cuanto llega la primavera. Y es, en su sencilla pobreza, como un retrato vivo del alma del P. Juan. Allí se conserva, hoy minuciosamente restaurado por las Anas, el diminuto cuartito en el que trabajaba, con su pobre cama de hierro, su rústica mesa de trabajo, el ventanuco abierto hacia el presbiterio de la pueblerina iglesia. Se diría que aún vive el padre allí. Que ha salido para una de sus veredas, pero que regresará a este paraíso-desierto cuando haya de preparar la próxima.

Aquí le alcanzó la muerte, aquí dictó sus últimas voluntades, aquí murió en la soledad y la pobreza. Deja en su testamento lo justo para que la parroquia de Zuera diga por él cincuenta misas; lega a su hermano mayor cincuenta duros y ocho más a la madre Tecla Canti, que le acompañó en las últimas horas en nombre de la Hermandad. Añade quince duros más para el hermano Redín que le acompañaba en sus veredas. Y luego libros, muchos libros, al canónigo Marco, presidente de la Sitiada. Libros que —¡ay!— rodarán aún en 1838 y terminarán en un desván para ser consumidos por el polvo y los ratones.

Entre sus últimos deseos figurará el de ser trasladado a Zaragoza, al Hospital al que dedicó su vida entera. Cumplirá este deseo la Sitiada, «atendiendo a los extraordinarios servicios que ha prestado en favor del mismo este celoso eclesiástico», y en el funeral participarán todos los clérigos que en él colaboran «con caridad de

seis reales de vellón». También se harán oraciones por él «en todas las salas de los enfermos» por orden de la Junta.

Y allí, en la pequeña cripta, descansarán sus restos junto a los de la Madre Rafols hasta ser trasladados — también con los de ella— a un precioso sepulcro en la Casa Noviciado de la Congregación. No vio tampoco él en vida realizado su sueño de una gran Hermandad organizada. Pero ante su tumba han ido pasando generaciones y generaciones de hermanas que le reconocen como su fundador y su padre verdadero.

Pero ni la historia ni España han reconocido su talla de gigante a este Quijote de la caridad que fue, sin duda, una de las más altas figuras de la Iglesia española de los últimos siglos. J. I. Tellechea ha dibujado en pocas líneas su más justo panegírico:

Fue un auténtico obrero de la verdadera Iglesia de los pobres. Los pobres, los pequeñuelos del Evangelio, en todas las formas de desvalimiento, fueron el objeto de sus preferencias y el campo invariable de su actividad. El lado menos amable de la sociedad se convierte en escenario de su vida: enfermos, heridos, prisioneros, tiñosos, dementes, expósitos, gentes abandonadas, sin recursos materiales ni protecciones morales, en el Hospital; pueblecillos insignificantes, gentes sencillas y menesterosas, fuera del mismo. Ningún canon de eficacia humana, de influjo social o de prestigio podía dar pie a la menor tentación de vanagloria. La oscuridad, como clima; el dolor, como pan de cada día; fatiga, pobreza, desprecio, como compañeros inseparables, amasan una vida gastada al servicio de los demás. Fue el suyo un cristianismo sin oropeles, difícil, macizo, de hondas raíces evangélicas, de heroicas virtudes cristianas. Imitador de Jesucristo, Bonal pasó haciendo el bien, muchas veces a destinatarios de carne y hueso,

mas, para él, casi sin rostro ni nombre, con escasas posibilidades de ostentosa gratitud. Esparció a boleo en las almas la semilla de la bondad, un lejano trasunto de la de Dios; esa semilla cuyo sembrador olvidamos, pero que nos remite a la fuente de toda bondad. Precisamente por su concretísimo modo de inserción en el mundo, Bonal resulta un palpable testigo de Dios con un estilo inequívoco cuya validez es permanente.

Capítulo XIV

...Y FUE CONTADA ENTRE LOS MALHECHORES

La vida de todo cristiano termina por parecerse a la de Jesús, su Maestro. Y a veces estos parecidos son tan desconcertantes, que no puede menos de pensarse que han sido cuidadosamente buscados por Dios en sus designios sobre cada hombre. Tal vez esta es la razón por la que María Rafols va a vivir ahora un proceso como el de Jesús, confuso y ambiguo como el del Maestro, y a padecer una absurda absolución-condena cuando sus jueces reconozcan, como en el caso del Maestro, que carece de toda culpa, a pesar de lo cual hagan caer sobre ella el peso de la justicia como si de un auténtico malhechor se tratase. La sombra de Pilato girará sobre las páginas que siguen. Y también aquí alguien se lavará las manos.

Desgraciadamente, a pesar de las largas y minuciosas búsquedas que se han hecho en los archivos judiciales de Zaragoza y de Madrid, no han logrado encontrarse los autos de este proceso. Y tenemos que contentarnos con los no muchos datos que las actas de la Sitiada nos ofrecen y que tienen al menos la ventaja de ser exactos y precisos en su frialdad.

Digamos, antes aún de acercarnos a ellos, que este año 1834 es un tiempo triste para España: muerto Fernando VII en septiembre de 1833, la nación comienza a dividirse en dos grupos irreconciliables: isabelinos y carlistas, zanja que, para mayor desgracia, coincide con una cierta frecuencia con la división entre católicos y enemigos de la Iglesia. Las acciones persecutorias se

multiplican en estos años. A veces en forma espantosamente sangrienta, como en la famosa matanza de frailes de Madrid, otras más moderadamente con todo tipo de procesos, exclaustraciones forzosas y desamortizaciones. Todo ello irá empujando a muchos clérigos hacia el carlismo y se llegará a decir que «tomar las armas en favor de don Carlos era un deber absoluto de conciencia».

Y lo que es peor: España se llenará de sospechas. La más pequeña minucia será motivo para encarcelar a una persona y para mantenerla meses y meses en la cárcel dada la larguísima duración de los procesos de la época. El propio Palafox, y en este mismo año de 1834, será detenido el 24 de julio por supuesta conspiración contra la reina, y aunque podrá trasladarse a su casa ocho días más tarde, allí permanecerá muchos meses como prisionero negándose a salir de casa hasta que no se reivindique su honor. Pero sólo en diciembre le tomarán declaración y sólo en julio de 1835 podrá comunicar a sus amigos «el honroso y satisfactorio término de tu inicua persecución», como dice en su carta de respuesta el Duque de Rivas. Algo muy parecido le tocará vivir a su buena amiga la Madre Rafols.

Vivía ella feliz tras su regreso a la Inclusa cuando súbitamente las actas nos informan de un nuevo dolor:

El señor Arias hizo presente que, hallándose haciendo la visita de la tarde de ayer 11 de los corrientes por el señor Conde de Sobradiel, regidor de semana, se presentó en el hospital el celador del distrito de los graneros, don Joaquín Carbonell, de orden o con comisión del Juez fiscal de la Comisión Militar, que vive en la calle de Contamina, nº 65, para trasladar a la Madre María Rafols a las cárceles de la Inquisición: lo que se verificó con la mayor atención por parte del celador comisionado. De que quedó enterada la Sitiada y el se-

ñor presidente encargado que se proporcione a dicha Madre María todo el auxilio posible para hacerle más llevadera su penosa situación.

La frialdad de la noticia y, sobre todo, ese «quedó enterada la Sitiada» nos desconcierta: en bastantes casos anteriores, de los que queda constancia en las actas, los miembros de la Junta defendieron abiertamente a hermanas acusadas, exigieron que por ser religiosas fueran interrogadas en el propio Hospital. Y ahora ¡la Sitiada queda enterada! Sí, se dispone a «hacerle llevadera la situación», pero no vemos una abierta defensa. ¿Debido todo —como sugiere Calasanz Rabaza— a las pequeñas tensiones que parece haber tenido con la Madre el señor Arias? No es muy verosímil, tratándose de una decisión de la Junta. Mucho más habrá que atribuirlo al miedo colectivo que los no muy valientes experimentan en estas horas de tensión históricas en las que cualquier gesto puede envolverle a uno en un problema y llevarle, incluso, a la muerte. Por esos meses habrá en Zaragoza una refriega sangrienta —en la que morirá el canónigo J. A. Marco— al grito de: «Muera el arzobispo y mueran los curas traidores». Y poco después tendrá que huir precipitadamente de la ciudad el propio arzobispo, acusado de carlista. En fechas como éstas los pilatos callan.

¿Y por qué se detiene a la Madre María? Desgraciadamente tenemos que movernos en el terreno de las suposiciones. Que se trataba de un problema de índole política lo prueba evidentemente tanto el hecho de que la que actúa es la fiscalía de la Comisión Militar como el que la llevan a la cárcel que fuera de la Inquisición y que ahora estaba reservada exclusivamente para presos de índole política.

Algo más de claridad nos aporta un segundo dato: por dos veces —el 24 de mayo y el 11 de julio— el juez que lleva el caso cita a cuatro sirvientas de la Inclusa (la lavandera Feliciano Candao, el ama de cría Ignacia Lamarca, la criada Constantina Membrado y otra más) para proceder «a las ratificaciones de las declaraciones que tienen prestadas en la causa que estoy siguiendo contra la Madre Rafols y la señora condesa de Villemur».

Parece que el rompecabezas comienza a cuadrar. Porque este interrogatorio viene a apoyar la declaración de la hermana Mauricia que, en una carta en la que transmite sus recuerdos, asegura que «unos patricios españoles que eran perseguidos para quitarles la vida y ella los ocultó». Si así fue, es muy procedente que el juez interrogara a cuatro de las mujeres que trabajaban con la acusada.

Pero ¿quién es esa condesa de Villemur a cuya suerte parece ligada? Ha sido este durante muchos años un rompecabezas para los historiadores, ya que por lado alguno de la historia aparecía la tal condesa. Sin embargo, una pista de posible respuesta vienen a darnosla muy recientes investigaciones en el archivo municipal de Zaragoza. Por ellas sabemos que, efectivamente, poco antes de esa detención de la Madre Rafols, exactamente el 27 de febrero, «un grupo de paisanos de tendencia carlista, instigados por militares, se manifestaron en los barrios del Arrabal y Tenerías». Sabemos también los nombres de los conspiradores militares: el conde Juan Penne-Villemur, el capitán Martín Navia y el también capitán Pedro Prugent, que fueron juzgados por una comisión militar. Sabemos más: «El conde Penne-Villemur parece que instigó a los vecinos y huyó rápidamente. La reina gobernadora, al saber que se había pasado a los rebel-

des, mandó separarlo del ejército; pero el capitán Pedro Prugent fue condenado y después se acogió al decreto de amnistía de 30 de marzo de 1840». Todos estos datos los recogemos de la Tesis doctoral de María Rosa Jiménez titulada *El municipio de Zaragoza 1833-1840*.

¿Tenemos aquí la clave del enigma? Esa famosa condesa de Villemur es la esposa de este conde de Penne-Villemur que huyó tras su rebelión. ¿Y tal vez él o cualquiera otro de los procesados se escondería tras su rebelión en el Hospital, en la sección dirigida por la Madre María? Y, si esto fuera así, ¿se haría, como un acto de caridad, sabiéndolo la propia Madre María... o sin siquiera saberlo ella?

Personalmente creo que esta última hipótesis es la más probable. Y me inclina a pensarlo el hecho de que esto no era infrecuente. Hay un dato que lo prueba con evidencia: No mucho antes —el 8 de agosto de 1833— las actas de la Sitiada nos transmiten una queja del subdelegado de Policía de Zaragoza, conde de Ezpeleta, en la que señala que «algunos criminales abusan de la caridad del establecimiento, refugiándose en él como enfermos», por lo que ordena que «se lleven con rigor las entradas».

No es, ciertamente, inverosímil pensar que alguno de estos revoltosos procarlistas —quizá incluso conocido de la Madre— acudiera a ella pidiendo ayuda como enfermo o tal vez como herido en los mismos disturbios del 27 de febrero. Y que la Madre le recibiera o por caridad, conociendo la verdad de su persecución, o por simple ignorancia, tratándole como a un herido más. En este último caso se explicaría mejor el que posteriormente los tribunales reconocieran tan abiertamente la inocencia de la Madre María. En esta hipótesis encajaría también

la afirmación de la hermana Mauricia que afirma haber oído contar en el convento que hubo en este asunto también un Judas, «una hermana que quería ser Madre general» y que fue la que «contó a unos señores que eran como diputados el acto de caridad de la Madre, con el fin de que la sacaran de Zaragoza».

Fueran las que fueran las causas, lo cierto es que ese tremendo 11 de mayo de 1834 la Madre María conoció la vergüenza de salir entre guardias de aquel Hospital en el que había volcado sus desvelos a todo lo largo de treinta años. Es fácil imaginarse la escena de los enfermos y las hermanas llorando en la despedida. Pero ella —como ha recordado en su testimonio la hermana Casiana Berdonces—, «sonriente y con calma, consoló a las hermanas diciéndoles que tuvieran mucha caridad con los enfermos, que a ella le costaba mucho el dejarlos, que la encomendasen al Señor como ella lo hacía por su parte, y que se conformaran con la voluntad del Señor, que así lo había permitido». Palabras muy parecidas repetiría después a las dos hermanas que, llorando, la acompañaron hasta la cárcel y allí la dejaron tras las rejas.

Durante dos meses conoció las tristezas de la cárcel. Dos meses que debieron de hacersele interminables, pues no hay nada más largo que una pena injusta. Afortunadamente pudo recibir diariamente la visita de sus hermanas de hábito y conversar con ellas. Su corazón generoso —han contado después— perdonó desde el primer momento, «sin que se la oyera nunca hablar mal ni quejarse de nadie».

Y a mediados de julio pudo disfrutar ya la libertad provisional que se le concedía antes de la sentencia definitiva, «porque el fiscal siempre fue de esa opinión porque nada resultaba de las averiguaciones».

Difícil momento para salir este del mes de julio: por aquellos días llegaba a Zaragoza el terrible cólera que, tras infestar Andalucía, había subido a Madrid, donde, con su disculpa, se habían producido las terribles matanzas de frailes el día 17 del mes. Ahora en Zaragoza iba a dar ocasión a las hermanas de demostrar que su voto de asistencia a contagiosos era mucho más que una frase retórica. Efectivamente, la crónica de la comunidad nos señala que durante aquellos días «trabajaron con mucho celo y caridad, dentro y fuera del Hospital, con encomio de la ciudad y autoridades».

Otro curioso testimonio guardamos de este período: la acumulación de enfermos fue tal en aquellos días, que los médicos no daban abasto para atenderlos y hubo de recurrirse a un grupo de estudiantes de Medicina que se ofrecieron para ello. Concluida la epidemia, la Diputación decidió darles a todos una gratificación. Pero ellos, que habían presenciado vivamente durante aquellos días las angustias de la Madre María por no poder dar camas a todos los enfermos, decidieron reunir el importe de la gratificación de todos e invertirlo en camas que regalaron a la Madre María con destino a los enfermos. Esta historia, que ha sido contada por Antonia Belzunce, hija de uno de aquellos universitarios, muestra sobradamente cómo, aun sin ser la superiora del Hospital, seguía siendo la Madre María el líder espiritual de las religiosas y su representante visible ante los extraños.

Diez meses tendrá que pasar la Madre en angustiada espera de la sentencia de su proceso. Tranquila en su conciencia, «resignada y dotada de una admirable paciencia» —como dirá un testigo—, pero preocupada como buena conocedora de lo torcido de la condición humana. La sentencia, a pesar de su inocencia, podía sa-

lir por cualquier parte. Al fin y al cabo, ¿hay algo más torcido que la política?

Y, efectivamente, así fue. En el acta de la Sitiada del 10 de abril de 1835 informa el doctor Arias que, «habiéndose visto por la Real Sala del Crimen la causa en que se inculpó a la Madre María Rafols, aunque no se la ha hallado complicidad alguna, se la destierra al pueblo de su naturaleza, bien que trata de recurrir al Tribunal en razón de hallarse enferma».

Se diría que Pilato hubiera regresado a la tierra. No hallaba causa en Jesús y, sin embargo, le entregaba primero a la flagelación y después a la muerte. En el caso de nuestra hermana sólo el destierro, a pesar de no haber hallado complicidad alguna. ¿Hay quien lo entienda?

El desconcierto debió de descender sobre el alma de la Madre María. ¿Tendría que dejar ahora su vida de religiosa y volver a su pueblo natal? Probablemente ya nadie de su familia vivía allí. Pero, sobre todo, ¿por qué alejarla de su trabajo, de su vida, de su pequeño mundo religioso? Apoyándose en su salud quebrantada, pedirá que la trasladen a Huesca, donde por lo menos podrá vivir entre hermanas y continuar su vida en su mundo espiritual. Su apelación es escuchada. De lo que se trataba era de alejarla de Zaragoza, porque, como señala un documento de la época, «el juicio de la Real Sala estimó que su presencia podía no convenir en esta ciudad, en aquellas circunstancias de efervescencia, confinándola a la ciudad de Huesca, más por una providencia política que por una decisión de justicia».

Ahora empezamos a entender algo: se trata de pura política. Alguien que ahora tiene el poder lo aprovecha para vengarse de algo que desconocemos o para eliminar a una religiosa que no piensa como él o que tiene más in-

flujo del que alguien puede soportar. ¿Alguien? ¿Quién? No sé. Caifás, Anás, Herodes, cualquiera.

El refugio de Huesca

Habrà que contar ahora —si bien muy rápidamente— el origen e historia de esta fundación oscense que, providencialmente, servirá de refugio a la Madre María.

La epidemia que en el ya lejano año 1804 azotó toda España tuvo muy especial gravedad en la ciudad de Huesca, en la que el Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza no lograba dar abasto a los enfermos, especialmente por el gran desorden organizativo que padecía. El hecho preocupó grandemente al obispo de la ciudad, don Joaquín Sánchez de Cutanda. Y habiendo conocido la experiencia de las recién llegadas hermanas del Hospital general de Zaragoza (que en su primera ubicación estaba enclavado en la parroquia de Santa Engracia, que pertenecía a la diócesis de Huesca, con lo que formaba parte de algún modo de la feligresía del obispo), pidió a la Junta de Sitiada del hospital zaragozano que «le enviase alguna hermana capaz de encargarle el gobierno de la Hermandad que quería establecer dentro del hospital de Huesca para la asistencia de los enfermos de ambos sexos y el cuidado de los niños expósitos situados en la Casa de Misericordia de la misma».

La Sitiada zaragozana, que se había negado a todo tipo de expansión de la Hermandad, no pudo negarse en este caso y cedió al obispo a la hermana Teresa Calvet, «mujer de mucha virtud, de mucho desembarazo, de mucha caridad y de un genio el más a propósito para su desempeño». Al mismo tiempo encargaban al propio

P. Bonal de buscar en Cataluña esa pequeña comunidad que desde Huesca pedían.

Nacidas del mismo padre y regidas por una religiosa salida del primer grupo, lo lógico es que ambas comunidades hubieran permanecido unidas e interdependientes. Pero los órganos directivos de ambos hospitales tuvieron buen cuidado de separarlas y mantenerlas independientes y autónomas.

Así vivieron, unidas solamente por la figura de don Juan Bonal y usándose alguna vez el uno al otro como hospedería para las hermanas enfermas, sin otro intercambio que el de los pequeños regalos. Sin embargo, ambas comunidades mantenían viva la semilla del deseo de unidad. Religiosas de las dos comunidades se encontrarán en el Santuario de Nuestra Señora del Salz, acompañando al P. Juan en sus últimas horas. Y conocida es la famosa carta que la madre Pabla Vives escribió a la Madre Joaquina Vedruna, proponiéndole la federación de Hermandades en el mismo tono que aparece en la carta de las Madres Rafols y Canti a Palafox. Pero este reencuentro y abrazo de las Hermandades de Zaragoza y de Huesca se retrasará hasta 1868, cuando, muerta ya la Madre Rafols, la Providencia rompa el tiesto en el que hasta entonces la de Zaragoza ha estado encerrada y comiencen las primeras fundaciones en Calatayud, Tarazona, Tudela, Caspe y Estella.

Ahora, providencialmente, este palomar separado servirá de cobijo a la Madre María. Y por largo tiempo, ya que su confinamiento durará nada menos que seis años.

Inicialmente también la recibió bien la Sitiada oscense, porque la Junta de Zaragoza esta vez no se había limitado a «levantar acta», sino que se había portado con

dignidad. Reconociendo la inocencia de la Madre María y los muchísimos servicios que durante tantos años había prestado a su Hospital, acordaron que «se le contribuya con 400 reales de vellón para gastos de viaje y con seis reales diarios durante su ausencia de este santo Hospital». No eran precisamente dietas de millonario (siete reales diarios era por entonces el sueldo más bajo de un obrero sin especializar), pero, al menos, podría estar en Huesca sin ser gravosa para- sus hermanas.

El problema fue que su enfermedad pronto comenzó a ocasionar mayores gastos y, sobre todo, que la generosidad de los zaragozanos tuvo poca cuerda: pocos meses más tarde —en enero del 36— la Junta, sin molestar-se en dar razones para ello, decide «que se suspenda el pago del señalamiento que se hizo».

También el Hospital de Huesca vivía entonces en la miseria. Y la situación de la Madre comenzó a hacerse difícil. Se armó de paciencia, aguantó. Pero ya en el mes de julio escribió una humilde carta en la que, tras recordar sus muchísimos años de servicio al Hospital de Zaragoza y explicar que «el Hospital de Huesca es una casa pobrísima y que no está en disposición de administrarle los auxilios necesarios a sus enfermedades habituales, que la han tenido postrada en cama por el espacio de muchos meses..., suplica que, mientras dura su confinamiento, se le contribuya con los alimentos correspondientes».

Para nuestro asombro la Sitiada zaragozana responde en agosto ¡pidiendo informes a la de Huesca sobre la solicitud de la Madre! ¿Es que no conocían a quien había sido su alma durante más de treinta años? La respuesta se retrasará así hasta agosto y llegará con una peregrina decisión: Acuerdan dar por una sola vez 500 reales (con los

que no tenía ni para pagar los ocho meses de atrasos) y señalar esta vez una pensión de tres reales diarios, «pues los apuros y necesidades en que se hallan para sostener este Hospital no le permiten extenderse a mayor gracia». ¡Aún consideraban gracia y generosidad aquel salario de hambre al que la condenaban! La Madre María se calló esta vez. Se calló una vez más.

Mientras tanto, efectivamente, su salud iba de mal en peor. Durante muchos meses no pudo salir de su habitación más que para oír misa y comulgar. Y no pocos se los pasó enteros en su cama. «Languidecía —han contado las hermanas de Huesca— de puro agotamiento y debilidad y su gran corazón, olvidándose de sus propios pesares, seguía interesándose por propios y extraños».

Este calvario silencioso se prolongará seis años. Y en 1841, «temiendo su próxima muerte», suplica que «la traigan a morir en su querido Hospital de Gracia». En el escrito que se dirige a la Sitiada se subraya que, «habiendo cesado ya el motivo por el cual se le hizo salir de Zaragoza, suplica a la Junta tenga a bien concederle aquella licencia para regresar a esta casa de caridad y emplearla en aquella ocupación que crea conveniente». ¿Qué motivo es este que en 1841 ha cesado? En 1840 había renunciado a su cargo de gobernadora la reina Regente y se habían celebrado las Cortes moderadas en marzo de 1841. La situación política había cambiado. ¿Tal vez había cesado en Zaragoza algún gerifalte a quien María Rafols debiera temer como la Sagrada Familia a Herodes el Grande?

El 19 de junio de 1841 puede regresar al fin. Y parece que lo hace en mejor estado de salud por el modo como cuenta este regreso el acta de la Sitiada: «Previo recado de atención entró en la sala la Madre María Rafols, e

hizo presente a la Sección lo agradecida que se hallaba por los beneficios que le ha dispensado durante su larga permanencia en Huesca, y que sólo le restaba ofrecer de nuevo sus servicios en aquello que la Junta la considerase útil y pudiese desempeñar. A lo que contestó el señor don Manuel Cantín en nombre de la Sección lo persuadida que se halla esta de los buenos y largos servicios que tenía contraídos en el establecimiento, no dudando seguiría de nuevo en estos como anteriormente».

Si la Madre María hubiera sido capaz de ironía, ¡cuántas cosas habría dicho a estos tan generosos señores! Pero no era capaz. Sonrió. Agachó la cabeza. Ya empezaban a quedar lejos las calumnias, la cárcel, el destierro. Apenas se acordaba ya de ellos. Desde la altura de los sesenta años seguía estando, como el primer día, en las manos de Dios.

Capítulo XV

«VEO MUCHA GENTE DE BLANCO»

«La juventud —ha dicho Anne Bradstreet— es la edad de conseguir; la madurez la de mejorar, y la vejez la de dar». Tal vez esta sea la razón por la que —según dice la canción popular—

*La madera vieja es la mejor para quemar,
el vino añejo el mejor para beber,
los viejos amigos los mejores para confiar
y los viejos autores los mejores para leer.*

Y es cierto: nada mejor que un viejo que se mantiene vivo. Los malos vinos se avinagran con el paso del tiempo. Los buenos adquieren su mejor calidad. El hombre pierde con los años el fuego de la juventud. Pero carecer de fuego no es carecer de luz. El crepúsculo de la vida trae consigo su propia luz. Y es ciertamente la más dulce y tierna de la vida.

Pienso todo esto al acercarme a la ancianidad de la Madre María, que fue, efectivamente, una multiplicación de su dulzura.

Sabemos ya que a su regreso de Huesca en 1841 volvió a hacerse cargo de la Inclusa a petición de la famosa Junta de Señoras con la que todas las demás hermanas se habían estrellado y que —¡asombro!— no tuvieron otra cosa que elogios para la Madre María. Su salud no era ya la misma, necesitó pronto una ayudanta para las tareas materiales, pero su corazón no había envejecido y durante cuatro años volvió a ser la madre que siempre

había sido para aquel millar de chiquillos abandonados por la vida. La alegría de volver a estar en su casa, reivindicado su honor, dio probablemente nuevas fuerzas a su cuerpo agotado.

Pero no podía esto prolongarse demasiado: en 1845 es necesario concederle la jubilación y llevarla a un lugar de aires más sanos. El registro de la Sitiada nos cuenta que el 28 de junio de este año se dispuso que pasase a Bellver de Cinca, en la provincia de Huesca, «para restablecer su quebrantada salud, por el tiempo que fuera necesario».

Sabemos afortunadamente la casa en que allí se hospedó: la de don Joaquín Ruiz, cirujano del pueblo (y que muy probablemente había trabajado con ella en el Hospital), y doña Juana Castell, su esposa. Un hijo de ambos, Manuel Ruiz (que sería más tarde párroco de Fraga por cuarenta y seis años y que era entonces estudiante de leyes), nos ha contado la vida de silencio y recogimiento que la Madre vivió en su casa. «Era de muy pocas palabras, pero cuando hablaba se mostraba muy expresiva: una frase suya valía por un sermón. Era también de muy grande corazón, muy decidida e intrépida; en fin, una verdadera santa». Imposible hacer un retrato mejor con menos palabras.

Los cuidados que aquí recibió no debieron de resultar muy eficaces: su enfermedad era ya sólo el agotamiento de una vida que camina hacia su ocaso. Vivía ya sólo para Dios. Pero todos los testimonios de esta época nos certifican que esto no la alejaba de la realidad ni de los demás. Tiempos difíciles eran aquellos para un creyente. Por ello «se afligía grandemente —cuenta una de sus compañeras— de los males de la Iglesia, atribuyéndolos a sus propias infidelidades y rogaba a

Dios sin cesar por el papa y por la Iglesia». «Haciendo penitencias extraordinarias —contará otra hermana—, ofrecía todos sus sufrimientos y trabajos por la conversión de los pecadores». «Soportaba sus graves enfermedades —dirá una tercera— no sólo con resignación, sino también con alegría, sin que ello le sirviera para dispensarse de la regla, que observó hasta el fin». «Iba —dirá un cuarto testigo— arrastrándose enferma y casi paralítica hasta las salas de los enfermos y así la encontraban las hermanas con gran edificación».

La lámpara se extingue, pero arde aún. En los períodos de mejoría la vemos volviéndose a encargar —así en 1848— de la Inclusa, de la que teóricamente la habían jubilado tres años antes. Y sigue siendo la guía y consejera de las nuevas hermanas, que, para alegría suya, no faltan ahora. «Un día una hermana se lamentaba de no haber podido hacer oración por acudir a una enferma. Quédese tranquila —le respondió la Madre—, porque oración es prestar asistencia a un enfermo, si esto se hace por amor de Dios». Y en los momentos en que su cuerpo no podía otra cosa, regresaba a su viejo trabajo en la sacristía: sus manos aún podían hacer flores para el altar.

En 1849 llegó para ella una gran alegría: la construcción de un oratorio en la habitación de hermanas. Hasta entonces no habían tenido nunca una capilla propia y tenían que contentarse con la hermosa iglesia del Hospital, si bien a muchos de los cultos asistían desde las celosías que se abrían sobre las arcadas del presbiterio. Pero aún llegar a ellas era ya demasiado costoso para la Madre María. Y ahora le llevaban la presencia eucarística de Jesús a su lado. El acto de inauguración fue solemne, con asistencia de todos los regidores de la Junta y solemnísima «misa de terno».

dos comprendieron en seguida que se acercaba su fin. La circunstancia de celebrarse aquel día la fiesta onomástica del P. Agustín Oliver, confesor de la comunidad, motivo de especial alegría para las hermanas, vino a aumentar la tristeza de éstas, que veían el fin de su Fundadora queridísima, a la que se administró ese día el santo viático, que acompañaron las hermanas sumidas en el mayor desconsuelo y derramando lágrimas abundantes; pero su pena era mitigada con el fervor con que recibió al Señor Sacramentado la enferma, y por la alegría y gozo inefable que se reflejaba en su rostro; parecía un serafín. Pasó el día 28 y al siguiente agravóse todavía más, y en medio de sus sufrimientos no perdió la serenidad ni tranquilidad de su espíritu, y animada y movida por amor a sus hijas queridísimas, les habló algunas cosas, encargándoles mucho y animándolas a la mutua caridad y dándoles buenos consejos: así se despedía de sus hijas su buena madre, la santa Fundadora, a la que rodeaban aquellas hermanas, estando entre ellas la madre Manuela Manzano, la hermana Teresa y la hermana Juliana. Llegado el día 30, entró en agonía la sierva de Dios; esta agonía era tranquila, sin convulsiones ni estertores; estaba la Madre Rafols con los ojos cerrados, que sólo los abría alguna vez para mirar dulcemente a sus hijas. Allí junto al lecho de la enferma pasaba muchos ratos el P. Agustín Oliver, que en este día no se marchó del Hospital, donde hasta comió, a fin de no alejarse de la moribunda en sus últimos momentos; y tal era la tristeza del presentimiento que lo que se acercaba causaba a todos, que el mismo P. Agustín Oliver lloraba amargamente.

Sobre las once de la mañana entró a ver y despedirse de la Madre Rafols una sirvienta de toda la confianza de las hermanas (a la que yo traté mucho después) llamada

la Teresica; y, aunque la Madre Rafols estaba muy postrada, se reanimó y le dijo con mucha dulzura: «No llores, Teresica, no llores; me voy al cielo, ya pediré por ti. Dios te pague lo bien que me has servido». Y tanto era lo que lloraba la Teresica, que las hermanas se vieron precisadas a sacarla fuera de la habitación. Esta Teresica me hablaba muchas veces de la santidad de la Madre María y me refirió que ella la acompañó a Huesca cuando la desterraron y que desterraron a la Madre no por nada malo, sino por su mucha caridad para con el prójimo.

A la mitad de la tarde del día 30, en una ocasión en que había entrado de nuevo el P. Agustín en el aposento de la moribunda, esta, incorporándose un poco y mirándole, le dijo: «Ay, Padre, ¿le dirá al señor arzobispo que me encomiende a Dios?». Y él, que era tan cariñoso, le dijo muy amable que sí. Inmediatamente, en un silencio solemne, no interrumpido sino por los sollozos y lágrimas de las hermanas que rodeaban la cama, quedó la Madre Rafols sumida en una especie de letargo; pero muy pronto, como saliendo de él, con cara muy alegre y hermosa, retrato de la tranquilidad y felicidad de que ya gozaba en su interior, abriendo de nuevo los ojos y mirando al P. Agustín, exclamó toda transformada y como fuera de sí: «¡Ay, Padre mío! ¡Veo mucha gente de blanco!» Estas fueron sus últimas palabras. Vieron las hermanas en aquel momento que la sierva de Dios expiraba y exclamaron: «Padre, Padre, que se muere». Y al tiempo que el P. Agustín le daba la última absolución y bendición, la Madre Rafols dio unas cortas boqueadas y expiró: era el día de Santa Rosa de Lima y las cinco de la tarde.

Cerciorados de la muerte de la sierva de Dios, el P. Agustín dijo a las hermanas: «Esta alma ya va camino

del cielo», y salieron todas las religiosas llorando como hijas desconsoladas que acaban de perder a su madre, quedando la madre Oliver y la madre Raimunda, que la amortajaron con el hábito de ésta, que era más nuevo que el pobre hábito de la Madre difunta.

En tanto que se cumplía tal obra de caridad con los restos de aquella santa religiosa, subió el P. Agustín a la sala en que estaban las madres y las hermanas y les hizo una sentidísima exhortación para que imitaran siempre todas las virtudes de su Madre Fundadora, pues tan grandes ejemplos les había dado a todas, en especial de la humildad y de la caridad. Y tan grabadas quedaron en la mente del P. Agustín las altas virtudes de la Madre Fundadora, que eran tema obligado de sus conversaciones y pláticas, sobre todo cuando se dirigía a las hermanas y aún más cuando llegaba el momento de vestir el santo hábito a las novicias; la Madre Rafols era el espejo en que todas se habían de mirar, ángel de humildad y serafín de caridad, debía ser el modelo de todas sus hijas; la que no tuviera valor de mirarse en tan santa Madre y para procurar parecerse a ella, no era digna de entrar en su familia.

La Madre Rafols murió en el noviciado, en la sala de dos alcobas, junto al Convento de la Encarnación. Había abajo un salón grande en el que había un crucifijo de grandes proporciones, que es de la época de la Fundadora; allí debía oír alguna vez misa. En mis tiempos todo estaba como lo dejó la Fundadora, pues las hermanas no querían tocar ni variar nada.

Mientras las madres dichas amortajaban a la sierva de Dios y el P. Agustín consolaba a sus hijas presentándola desde el primer momento como modelo en que mirarse, los empleados del Hospital trajeron una caja blanca con

listas azules, muy pobrecita, pintada. Pusieron el cadáver en la caja y lo trasladaron a la iglesia del Hospital, colocándola en el centro de la iglesia sobre una mesa grande, cubierta con un paño de damasco encarnado que trajeron de la casa del conde de Sástago, cuya familia estimaba mucho a la Madre Rafols.

La Madre María, ya cadáver, parecía aún viva; tal era la hermosura y apacibilidad con que había quedado su rostro; quedó muy hermosa, muy blanca, parecía que dormía.

Abiertas de par en par las puertas de la iglesia, las gentes venían sin cesar a ver el cadáver de la Madre y a rezar ante él. Sus hijas, que sin cesar subían y bajaban para renovarse y poder cumplir sus otros deberes de caridad, velaban el cadáver rezando ante él; el público cambiaba continuamente, viéndose de todas las clases sociales: ricos, pobres, sirvientes, militares de alta graduación, sacerdotes, seglares. Todos ensalzaban sus virtudes y recordaban los hechos heroicos de la difunta en los días trágicos de los Sitios y en las calamidades públicas; muchos lloraban. Y fue tal el concurso de gentes para ver el cadáver de la Madre Rafols, que hubo necesidad de retrasar un día más el entierro de la sierva de Dios para satisfacer la piadosa curiosidad del pueblo, que de tal manera demostraba su devoción a aquella santa religiosa, que en aras de la caridad, tantas veces había desafiado la muerte entre balas enemigas y peligros de todo género.

Cuando años después la madre Raimunda contaba a las novicias y hermanas jóvenes estos detalles de la muerte edificante y del entierro de la sierva de Dios y el tributo de gratitud que le ofreció Zaragoza en aquella ocasión, se llenaban de lágrimas sus ojos. Y no es ex-

traño que así sucediera, pues ella vio siempre y muy de cerca las virtudes de la Madre María: ella la asistió en su enfermedad, la amortajó vistiéndola como he dicho su propio hábito y veló continuamente su cadáver día y noche, los dos días que estuvo expuesto en la iglesia del Hospital, pues aunque las demás hermanas turnaban para poder atender a otras obligaciones, ella no se separó del cadáver de su amadísima Madre María.

El día 2 de septiembre tuvo lugar el entierro de la sierva de Dios. Vinieron a las exequias y misa todos los directores del seminario de San Carlos. Don Agustín Oliver cantó la misa y se revistieron don Mariano Bayo y don Mariano de Barta, y terminado el oficio fue bajado el cadáver al panteón, donde fue enterrado al lado de la derecha.

Cuando se acercaba este acto, fue preciso a las hermanas despedirse de su Madre, que estaba en la caja hermosa y blanca y parecía dormida. Todas desconsoladas y con los ojos bañados en lágrimas se despidieron de ella, y tan grabado quedó en la memoria de todas la imagen de la difunta, que después de algunos años, cuando las hermanas antiguas contaban a las modernas todo lo sucedido en aquellos días tan tristes y describían la figura de la Fundadora, lo hacían con tal viveza que las hermanas modernas creían contemplarlo. Y como algunas se lamentaban que no la hubieran retratado, exclamaban las antiguas: «Hijas, en aquellos tiempos no había ni retratistas».

¿Es necesario comentar este texto? Su sencillez dice mucho más que cualquier comentario. No se sabe qué admirar más: si esa pobreza que obliga a cambiar el hábito de la Fundadora por el de otra hermana que parece más presentable para exhibir el cadáver ante la gente;

si la profunda ternura de la moribunda con Teresica; si esa hondísima paz de los que mueren en las manos del Señor.

Ahora el mundo queda lejos; lejos quedan el dolor y tanta enfermedad y tanta muerte. Ahora ya no volverá a morderla el beso de la ingratitud. Ahora ya sólo queda abajo el amor de las hijas y arriba el encuentro con Jesús. Alegría. Mucha alegría. ¿Quién dijo que la muerte es oscuridad? La muerte para el creyente es luz, mucha luz. Es comenzar a sentirse entre mucha gente vestida de blanco.

Capítulo XVI

BUEN OLOR DE CRISTO

Si alguna vez vas, lector, a Zaragoza, desciende a la pequeña cripta que reposa bajo la iglesia del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Baja y deja que allí tu corazón y tus sentidos sean conquistados por la dulce humedad del silencio. Y cuando tus ojos logren abrirse paso entre la caliente oscuridad de la catacumba, hazlos desfilas sobre las hileras de diminutas lápidas y lee —si es posible en voz alta— esos nombres antiguos y, sobre todo, las jóvenes edades en las que casi todas perecieron a manos del hambre y la fatiga. Son mujeres de nuestra raza, pero no eran gentes como nosotros. Eran gentes que creían en lo que creían y sabían que valía la pena dar la vida por ello. Y la daban sin retóricas, sin himnos gloriosos, simplemente muriendo en plena juventud como una vela expuesta al viento. Intenta también leer los nombres de las lápidas anónimas, las que cubren cuerpos que ni su nombre dejaron a la historia. De ocho de las doce primeras sólo ese silencio queda. Y el resto no aparecen en las listas que los sabios del mundo confeccionan. Nadie nunca les dedicará una calle. Sólo supieron amar. Sólo supieron ir dejando su vida a jirones en manos de otros, de gentes desconocidas para ellas, pero que ostentaban el título glorioso de «enfermos». Baja y arrodíllate. Baja y trata de descubrir hasta qué punto el amor es más fuerte que la muerte, puesto que hay quienes dan su vida por ese amor. Trata también de descubrir si el amor es eso que dicen allá arriba, en el tráfigo de las calles y el ritmo

de las discotecas. Baja y avergüénzate de tu vida. Baja y descubre que ellas estaban locas o lo estamos nosotros, que tan habilidosamente malgastamos nuestro corazón.

Entra después en el segundo ambiente de la cripta: aquí reposaron durante casi un siglo los dos grandes capitanes de esta fantástica locura. Aún huele a ellos, a sencillez, a pureza, a ese oscuro heroísmo de la muerte diaria. Se llamaban Juan y María. Vivieron hace dos siglos y aún siguen viviendo a través de tres millares de mujeres que prolongan su amor. Soñaron mucho en vida, pero ni ellos sospechaban tan larga progenie. Pero, si es necesario que el fogón esté ardiendo para que una habitación esté templada, ¿cuánto no debió de arder este fogón para que nos siga llegando hasta hoy su calentura? En este silencio catacumbal puede oírse aún su crepitar. Porque sólo se mueren los que nunca han vivido. Los que han vivido una vez y del todo siguen ya viviendo siempre al otro lado de la muerte.

Como siguió viviendo María Rafols en sus hijas. Dejemos que lo cuente —con su sabrosa ingenuidad— una de ellas:

Ingresé en la Congregación de Santa Ana —es Josefa Bádenas quien habla— en el año 1862, o sea nueve después de haber fallecido la Reverenda Madre Rafols, viviendo y tratando a muchas hermanas que la habían conocido, siendo testigos de sus virtudes, santidad y hechos heroicos; y seguía siendo confesor de la comunidad don Agustín Oliver, sacerdote meritísimo que ya ejercía dicho cargo en tiempos de la Madre Rafols, a la que, por tanto, conocía íntimamente y a la que asistió también en la última enfermedad. Era tal el fervor y entusiasmo con que las hermanas antiguas y don Agustín Oliver hablaban de la sierva de Dios María Rafols, y tan fresca estaba su memoria y tan extraordinarios eran

los hechos que nos referían de ella, que de tal manera se grabaron en mi memoria que ya nunca se me han olvidado [...].

Ya desde los primeros tiempos que sucedieron al entierro de la Madre María, hermanas y novicias encontraban un gran consuelo en rezar ante la tumba de la Madre Rafols y besar la lápida que cubría sus restos [...].

En los recreos tampoco se hablaba de otra cosa que de las virtudes de la sierva de Dios. A ello contribuía la vida de familia y pobreza en que vivíamos entonces en el santo Hospital. Todas las que la habían conocido hablaban con veneración de la Madre María Rafols y la tenían en opinión de santidad.

La reverenda madre Magdalena Hecho, entonces presidenta del Hospital, nos la ponía como modelo a todas y decía era el ángel de la Caridad, el ángel del Hospital, ejemplar y modelo de pobreza...

Con motivo de algunas defunciones bajé algunas veces al panteón, y la madre Dolores Marín nos decía a las novicias: «Hijas mías, dadle muchos besos a la lápida de la Madre Fundadora, que era muy santa; pedidle la caridad y la humildad que ella tenía». Pasamos por la lápida un pañuelo en señal de veneración.

Este pañuelo sobre su tumba prolongaba tantos como ella pasó por frentes enfermas y heridas. Y así es cómo María Rafols —como todos los creyentes auténticos— siguió ganando batallas después de muerta. Todo amor es fecundo. Y ni la muerte detiene esa fecundidad.

Sería imposible recoger ahora aquí los testimonios de cuantas la conocieron. Pero algo muy esencial falta a este intento de dibujo de su verdadero rostro si no resumiese aquí, al menos, algunas de estas impresiones que tienen la verdad absoluta del testigo directo y que,

precisamente por estar formuladas con tan humilde ingenuidad, son aún mucho más verdaderas. Permítame el lector esta breve antología.

La madre Pabla Vives y Martí, que era superiora del Hospital de Huesca durante los seis años que allí permaneció la Madre María, se complacía en explicar a sus hermanas la perfecta conformidad con la voluntad de Dios que ella demostró siempre en la gran tribulación del destierro que, inocente, sufrió. Pues no sólo no se le escapó jamás una sola palabra de queja, sino que no se le percibió siquiera el menor dejo de amargura.

Y, no obstante —continuaba—, estoy cierta que su alma padeció muchísimo en aquella época. Frecuentemente se la encontraba llorando y de rodillas con los brazos en cruz ante el crucifijo que tenía en su celda; pero jamás contestó más que con una sonrisa a nuestras preguntas caritativas o con su acostumbrada frase: «La cruz es muy hermosa y la mejor medicina para santificar a las almas».

Era muy mortificada —prosigue la misma Madre—, siendo notable en ella la sobriedad en su comida y su espíritu de pobreza en todo. Varias veces por semana tomaba las verduras sin aceite ni aderezo alguno. Y aún recordaba la misma Madre, conmovida, otro detalle de su mortificación: «a pesar de sus numerosos achaques, con frecuencia hacía el ejercicio del Viacrucis, caminando de rodillas de una estación a otra.

El testimonio de la madre Dolores Marín, compañera de María Rafols durante muchos años, nos llega a través de la narración de la hermana Amalia Jorcano:

Era nuestra venerada Madre de un corazón tierno y afectuoso. Estando junto a ella, no se podía por menos de sentir en el fondo del alma que era, en efecto, nues-

tra verdadera Madre. Nunca tomó ninguna cosa delicada de las que yo le servía por exigencia de su enfermedad sin obsequiarme primero con el mejor bocadito; y, por complacerla, no había más remedio que tomarlo.

La hermana Justina Sanz contaba lo siguiente:

Era muy notable el cariño que la Madre sentía hacia las jóvenes. Por la noche, ya que no podía a otra hora, las agrupaba en torno suyo y les hacía pláticas muy provechosas, excitándolas al fervor, recomendándoles mucho el amor de Dios y del prójimo, señalándoles prudentemente los peligros que podían encontrar en sus ministerios de caridad. Pero las mejores ternuras de su corazón las guardaba para las pobres hermanas tentadas en su vocación: no escatimaba sacrificio alguno para ganarlas.

También la hermana Josefa Gómez recordaba la gran devoción que la Madre Rafols tenía al crucifijo que se trajo de Barcelona, cuando vino a fundar, pues con él consultaba todas sus dudas, aumentando su estima de él por tener en su pedestal a la Virgen del Pilar, de quien era devotísima por haber nacido a sus plantas su Congregación. Aseguraba que, durante su vida, llevó siempre consigo este crucifijo y de él recibió siempre mucha fortaleza.

Aunque comedida y muy circunspecta en sus palabras, era, por lo demás, afable, bondadosa, de muy clara inteligencia y dulcísima para todos, dejando edificados y consolados a cuantos recurrían a ella. Alta, majestuosa en su porte, el andar grave, mesurado y lleno de gracia, sus modales corteses y su cara noble y hermosa, revelaban un interior en que todo era paz.

La hermana Teresa Domenech recordaba especialmente su espíritu de pobreza:

Cuando alguna hermana rompía algún vaso o plato del santo Hospital, Madre María se privaba de su propia alimentación para con su importe comprar dicho objeto y no perjudicar al Hospital. Era tan desprendida nuestra Madre, que nos decía muchas veces: «Hijas mías, no seamos ambiciosas, vivamos para hoy, que mañana Dios nuestro Señor cuidará de nosotras. Vivamos en brazos de la Providencia como los israelitas en el desierto, que se mantenían del maná; y uno que ambicioso recogió más del que necesitaba para el día, fue castigado por Dios, encontrándolo al día siguiente lleno de gusanos. Para que el Señor no tenga que castigarnos, vivamos bien desprendidas, incluso de nosotras mismas, y no duden que, mientras seamos humildes y confiemos sólo en la protección de Dios, el Señor cuidará de nosotras y derramará copiosas bendiciones sobre esta Congregación».

En los recuerdos de la hermana María Clavero lo que las contemporáneas más recordaban de la Madre María era su preocupación por la caridad entre ellas mismas:

Solía decir muchas veces: Sería una cosa muy lamentable que, llamándonos hermanas de la Caridad y practicando lo más heroico de esta virtud con los enfermos, no la tuviéramos con nosotras mismas; porque la mutua caridad y unión entre nosotras hace llevaderos y aun gustosos los mayores trabajos y fatigas; como nos sucedía a nosotras durante los Sitios. Y, al contrario, si no hay unión, todo fastidia y se hace pesado y aun insostenible en el estado religioso; y más en esta Hermandad donde las más de las ocupaciones son tan pesadas y naturalmente repugnantes.

También resulta emocionante el testimonio de la madre Raimunda Oliver, que llega hasta nosotros a través de la hermana Justina Sanz:

Estando aún bien de salud, salía a altas horas de la noche de su celda, y después de ir al oratorio a hacer un rato de oración, visitaba las enfermerías, haciendo en ellas todos los oficios más humildes y bajos, a fin de que por la mañana sus hijas los encontrasen ya hechos. Este espíritu de caridad quedó tan arraigado entre las primeras hermanas, que se dio el caso de encontrarse por la noche varias de ellas, que se levantaban con el mismo piadoso fin. Estos excesos de caridad hubieron de refrenarse en el Instituto por la santa obediencia, por miedo de no comprometer la salud. Después, ya muy enferma y achacosa, no se resignó a abandonar la visita de sus amados enfermos, y aun arrastrándose iba a ellos, ejercitándose continuamente en los ministerios más penosos». «Su celo por la salvación de las almas era extraordinario, habiéndole dotado el Señor de una gracia extraordinaria para mover los corazones, siendo muchísimos los convertidos en la guerra, tanto franceses como españoles. A las pocas palabras de la Madre se conmovían los corazones más endurecidos.

El testimonio de la madre Antonia Pinén nos llega a través de la hermana Casiana Berdonces:

En los trabajos era siempre la primera, sobre todo en los más humildes y repugnantes, procurando hacerlo cuando nadie la veía. A las hermanas jóvenes procuraba llevarlas siempre consigo, enseñándoles cómo habían de tratar a los enfermos y encargándoles mucho que todo lo hiciesen solamente por Dios, y que los tratarasen con mucha caridad, viendo siempre a Jesucristo en la persona de los pobres enfermos. También recuerdo que nos decía la misma madre Antonia que la Madre Rafols era todo caridad.

Estos recuerdos los guardaban no sólo las religiosas, sino también los seglares que trabajaban cerca de ellas.

Don Florencio Jardiel recordaba haber recibido de labios de su padre los mejores elogios de la Madre María:

Hablaban sus ojos el lenguaje de la modestia y todo en ella infundía reverencia y respeto. A su lado sentía uno, a la vez, encogimiento y confianza. Era dulce en su trato y de fácil acceso a su persona, pronta a responder a toda manifestación elevada y a todo deseo sano y plausible, y efusiva también en ocasiones cuando lo pedía la caridad. Con el amor de Dios, y por Él sostenido, ardían en su corazón dos intensos amores: el amor a los enfermos del santo Hospital y el amor a sus hijas, de las cuales aumentaba el número cada día, según Dios iba bendiciendo a la nueva Congregación [...] Amó la paz, y no se sabe que mantuviera diferencia, ni con la Sitaída prepotente, ni con médicos y practicantes y menos con sus hijas amadósimas. En todas las salas del santo Hospital, en los pasillos y dependencias, se percibía el aliento de sus virtudes.

Podría alargarse infinitamente este rosario de recuerdos, impregnados todos por ese «buen olor de Cristo» que dejan tras de sí todos los fieles servidores de Dios. Y no podían faltar todos esos pequeños hechos —¿inexplicables?, ¿prodigiosos?, ¿extraordinarios?, ¿milagrosos?— que rodean también con frecuencia a los seguidores fieles de Jesús. Historias diminutas y tiernas que muestran hasta qué punto seguía latiendo viva su presencia entre sus hijas:

Una noche, la madre Raimunda Oliver estaba de vela en el Hospital; rendida de fatiga, se adormeció un tanto cuando sintió unos golpes en la espalda que la despertaron. Miró a su alrededor: no había nadie. Y quedóse de nuevo medio dormitando. Los golpes se repitieron sin ver tampoco a nadie esta segunda vez. Quedóse traspuesta por vez tercera, y golpes más fuertes aún que los anteriores le hicieron pensar que quizá

se tratase de un aviso sobrenatural y, despreciando la fatiga, se puso a recorrer la sala y encontró que una de las enfermas estaba con angustias de muerte y pedía un sacerdote para reconciliarse. Mandólo llamar apresuradamente la madre Raimunda y aún llegó a tiempo para asistir a la enferma, que en seguida murió. Este hecho siempre lo consideró la hermana Raimunda como un aviso de la sierva de Dios, la cual, después de muerta, seguía recomendando, como tanto lo había hecho en vida, el cuidado y vigilancia de los enfermos, a fin de que no murieran sin sacramentos.

No es menos tierno el segundo recuerdo:

A la misma hermana Raimunda y a otras hermanas acaeció que, habiéndose retrasado en dar el caldo o las medicinas a los enfermos, al ir a prestarles estos servicios, después de su hora, encontrarse con que ya se les había adelantado otra hermana. Y, como esto se repitiera en varias circunstancias, vieron las hermanas en este hecho algo extraordinario, y preguntando a los enfermos por las señas de la referida hermana, que se adelantaba a dar las medicinas o el caldo, todos coincidieron, dando señas que convenían a la Madre Rafols, interpretándolo las hermanas como un aviso de su Fundadora, que por permisión de Dios, aun después de su muerte, continuaba predicando la caridad y el cuidado que sus hijas debían tener con los pobres enfermos».

Más tarde vino el fervor popular que, especialmente desde 1908 a 1940, ha rodeado a la Madre Rafols con un apasionamiento sin límites. Las peregrinaciones se acercaban a visitar su tumba. En cientos de hospitales se acudía a su intercesión para conseguir de Dios la curación de tantas enfermedades. Si tuviéramos que reseñar aquí únicamente la lista de hechos extraordinarios que a ella se atribuyen, llenaríamos páginas y páginas. No son pocas, de hecho, las que a ello se dedican en las biografías

escritas por el P. Calasanz Babaza y por Sanz Artibucilla. Pero todo eso está hoy en manos de la Iglesia y es ella la que juzgará.

A nosotros nos basta constatar que el buen olor de Cristo de su figura no se ha extinguido, un buen olor que no se centra en lo maravilloso, sino en esa profundidad de la entrega silenciosa que renuncia a todo brillo. En cierto modo —sin duda por providencia de Dios— hasta el más santo brillo, por ahora. Porque conmovedor es recordar en este momento aquella tan sencilla, verdadera y dramática confesión de la madre Pabla Bescós, cuando el 16 de marzo de 1926 trataba de responder a esa pregunta de por qué habiendo muerto en tan alto olor de santidad habían transcurrido tres cuartos de siglo sin que se iniciase su camino hacia los altares:

No se trató de introducir el Proceso de Beatificación, a pesar de la fama de santidad en que siempre la hemos tenido, porque, habiéndose quemado el Hospital primitivo, se quemaron todos los documentos y datos de la fundación, y, además, la Congregación estaba en un estado de pobreza que no le permitía atender a tal cosa.

¿Hay algo a la vez más triste y a la vez más hermoso que esta última frase? Bernanos aseguraba que «la Virgen santa no tuvo triunfos en su vida porque su Hijo no permitió que la gloria humana la rozara siquiera». Se diría que a María Rafols los oscuros caminos de la Providencia hubieran querido mantenerla en su dulce penumbra, precisamente a causa de su altísima pobreza.

Capítulo XVII

...Y EL ÁRBOL SE LLENÓ DE PÁJAROS

Creo haber dicho varias veces en las páginas de este libro que a pocos cristianos pidió el Señor un tan radical sacrificio de fe como a María Rafols. He de repetirlo al llegar a este capítulo. Porque el Dios que permitió a Moisés ver, cuando menos, de lejos, la Tierra prometida y el que concedió a Simeón comprobar la llegada del Salvador con sus ojos ancianos, dejó morir a esta viejecilla de setenta y un años, después de cuarenta y ocho de religiosa, sin ese mínimo placer de saber si su obra permanecería o si acabaría muriendo de asfixia encerrada en el estrecho cerco que la Junta de la Sitiada imponía.

Y esto para que luego, de repente y como si con la muerte de la Fundadora hubiera concluido la prueba de la fe, surja un crecimiento, si no vertiginoso, sí firme y constante, de modo que aquel pequeño grano de mostaza que se plantó en 1804 terminara convirtiéndose en la Iglesia en un frondoso árbol en cuyas ramas han ido a cobijarse en menos de dos siglos muchos miles de pájaros.

Un árbol hermoso que es hoy como un «retrato en vivo» de María Rafols. Si es cierto aquello que el Evangelio dice de que al hombre se le conoce por sus frutos, buenas debieron de ser las raíces de tan ancha cosecha.

Pero se diría que hasta en su crecimiento quiso Dios que quedara impreso el estilo de la Madre Rafols. Porque la Congregación que en 1865 comenzó a llamarse de «Hermanas de la Caridad de Santa Ana» sólo creció

por los caminos del heroísmo y la entrega más radical. Es cierto que en la Iglesia nada crece por los caminos del aplatanamiento. Pero a nuestras hermanas se les pedirá, más que la senda estrecha, un avanzar casi de alpinistas por las montañas rocosas de la santidad.

Fue en 1855, con motivo de la epidemia de cólera que asoló Zaragoza y su provincia. Las veintidós hermanas que había en aquel momento en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia hicieron tales milagros de amor, que nadie se explicaba cómo sólo veintidós mujeres podían haber atendido tan celosamente nada menos que dieciocho pueblos de la provincia aparte de la capital y su Hospital.

Dejemos la palabra al anónimo autor de la primitiva historia del Hospital:

¿Quién debía prestar sus auxilios a la población apastada? En las enfermedades ordinarias tal vez lo hicieran los parientes, los amigos y los vecinos; pero en las enfermedades contagiosas que, como el cólera morbo, llevan en pocas horas al sepulcro a los más fuertes y robustos, poquísimos son los que tienen tanta generosidad y desprendimiento. Esto hicieron, sin embargo, con un valor que admira, las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Sin aumentar su escaso número tuvieron que prestar sus caritativos servicios, a más del Hospital que les estaba confiado, a otro nuevo que fue preciso abrir a causa del extraordinario número de invadidos. Con todo, a nadie le faltó la debida asistencia, porque las hermanas suplían su número con la multiplicación del trabajo. De día y de noche, sin darse apenas un momento de reposo, y en medio de una atmósfera asfixiante y mortífera, se les veía siempre a la cabecera de los coléricos, y no sólo para facilitarles las medicinas que prescribía la ciencia, sino también para ejercer con ellos los oficios más bajos y repugnantes. Quien en

tales circunstancias visita, aunque sea por breve rato, los hospitales, prodigando palabras de consuelo u otros útiles recursos, merece los aplausos y la admiración de todo el mundo. ¿Qué es, pues, lo que debería hacerse con esas mujeres extraordinarias, quizá tiernas y delicadas doncellas, que, con su cariño que nunca mengua, y con una sonrisa que nunca se apaga, y sin salir un solo instante a respirar un aire más puro, están de continuo consolando y sirviendo inmediatamente a los coléricos, recogiendo bondadosas aquel aliento y aquellos residuos que traen consigo el asco y la muerte? Y ellas, que derraman sentidas lágrimas ante el cadáver del que, después de haber pagado sus buenos servicios con palabras de insulto, sucumbe impenitente, permanecen tranquilas ante el cadáver de la hermana querida que ha muerto víctima de su deber, porque la caridad es a la vez inagotable, tratándose de salvar la vida eterna de las almas. Tal fue el proceder, tan admirables los ejemplos de heroica caridad que dieron las Hermanas de Santa Ana en las citadas epidemias.

No se piense —; por favor!— que todo esto es retórica. A no ser que se considere retórica el que, durante el tifus de 1868, en el plazo de un mes, se contagiaron trece y murieran siete de ellas. A no ser que se considere retórico el que, cuando la Junta provincial de Beneficencia escribe felicitando a las hermanas por su heroísmo, éstas respondan con una inalterada sencillez que no han hecho más que cumplir con su deber «atribuyéndolo todo al Señor, por quien estaban dispuestas a sacrificarse, viéndole siempre en la persona de los enfermos».

Que al gobernador de la provincia le impresionase este heroísmo es bastante comprensible. Como lo es el que se diera cuenta de que «no había derecho a que los pueblos se viesan privados de unas religiosas que tanto bien hacían a la humanidad» y por ello, dado que «las

hermanas carecían de las necesarias facultades para otras fundaciones», pedirá y conseguirá una Real Orden de 8 de julio de 1857 en la que se dispone que la Congregación «pueda extenderse y dirigir nuevos establecimientos, siempre que estén dentro de los límites de la provincia». En algún rincón de los cielos debió de temblarle el alma de emoción a la Madre María. La plantita salía de los límites del tiesto y comenzaba a adquirir solidez.

Así surgirían en 1857 las dos pequeñas fundaciones de Calatayud. En el 58 otras dos en Tarazona. Y otras ocho más en los años inmediatamente siguientes. Todas ellas, menos el Hogar Pignatelli, en pueblos.

Dos notas aparecen ya en estas fundaciones primeras y se irán ampliando en las siguientes. La primera es el «olfato», la sensibilidad con la que las superiores generales van adaptándose a las necesidades del mundo en que se mueven. Surgidas las hermanas con proyección directa sobre los enfermos, pronto verán que hay enfermedades del alma —como la incultura— que son también parte de su tarea: de ahí que en la Inclusa no sólo se cuidara de la salud, sino también de la educación de los abandonados.

Así hemos visto a las primitivas hermanas ensanchando su tarea desde los enfermos propiamente tales a los prisioneros, de estos a los condenados a muerte, a los niños abandonados. Veremos hacia 1857 a la Congregación descubriendo esa gran enfermedad de los pueblos pequeños que es la falta de escuelas. En 1883 fundarán por primera vez un pensionado de señoras pensando en la soledad de tantos aparentemente bien situados y realmente tan abandonados. En 1890 se dará el gran salto heroico y se encargarán en América de la primera leprosería. En 1891 se adelantarán bastante más de medio

siglo a las modernas guarderías creando una para permitir ir al trabajo a los padres que habían de abandonar a los pequeños. En 1892 será la primera residencia de ancianos. En 1893 el primer asilo para muchachas de servicio, en el que se recoge gratuitamente a las que estén sin colocación. En 1925 se encargan de las primeras colonias infantiles. En 1938 se hacen cargo de la prisión provincial de Vitoria. En 1947 descubren otra gran soledad al encargarse de la primera residencia de sacerdotes. Se adaptan de nuevo a las formas del día al encargarse en 1952 de la primera residencia de la Seguridad Social y en 1956 de la primera escuela-hogar del Patronato para la Protección de la Mujer. En 1964 comienzan a trabajar en su primera casa para subnormales. Un camino que se va ensanchando al mismo ritmo que las necesidades del mundo.

Pero hay una segunda característica en este caminar: y es que la exigencia de Dios no cesa sobre esta Congregación, a la que sigue pidiendo ese radicalismo de sus primeras horas. Impresiona leer hoy la lista de vocaciones en las que —en pestes, en guerras— Dios vuelve a recordar esa entrega total que formulan en sus votos, lista en la que no pocas veces se lee: se contagiaron tantas, de las que tantas murieron. Podría asegurarse que ninguna otra obra de la Iglesia tiene más clavada en su carne aquella frase evangélica según la cual el grano no da fruto si no muere en la tierra.

Pero esas muertes no impedirán —¡al contrario!— el crecimiento de la Congregación. En 1889 Roma emitirá el *Decretum laudis*. Y en 1898 llegará la aprobación oficial del Instituto. En 1904 —a los cien años exactos de la Fundación— firmará Pío X la aprobación definitiva de las Constituciones. Y en todos esos años y los sucesivos

asistiremos a un incesante crecimiento de las fundaciones y del número de hermanas. A la hora en que se cierra este libro son 250 las fundaciones y se acerca a 2.800 el número de hermanas extendidas por cuatro continentes.

Ya ves, Madre María, la planta no se ha muerto. Crece. No deja de crecer. Ni en extensión ni en profundidad. Porque afortunadamente tus hijas siguen, Madre María, pareciéndose a ti. Están tan locas como tú, tan cristianamente locas como tú. No te han ablandado tu obra, no te la han suavizado volviéndola mediocre. Siguen tomándose en serio eso de que cada enfermo es Jesucristo y tratándole como si de El verdaderamente se tratara. Ellas no tienen una vida tan vertiginosa como la tuya, porque a las más Dios no les exige un tan hondo pozo de fe. Pero siguen sabiendo que la cruz es hermosa y la única garantía de permanencia.

Y ahora se sienten felices al saber que ya cumples doscientos años, los doscientos primeros años de tu vida. Y están como orgullosas de que seas tan madre y hayas sido, por ello, tan fecunda: 2.800 hijas hoy, tantos miles a lo largo de estos dos siglos. Y ahora entienden mejor los extraños vericuetos que te hizo vivir la Providencia en tu vida y después: ¡tanta maternidad hay que pagarla con muchos esfuerzos y un poco de confusión! Pero lo que sobrenada es siempre la alegría. Y ellas se sienten orgullosas de aquella chavalita que, hace ahora dos siglos, nació en Villafranca del Panadés. Aquella muchacha que veintitrés años más tarde se pondría en las manos de Dios para que la condujera. Sin sospechar ella misma la estupenda aventura en la que aquel día de 1804 se embarcaba. Esa estupenda aventura que 2.800 hijas tuyas siguen viviendo hoy.

Nota bibliográfica

Para hacer más fácil la lectura de este libro se ha prescindido completamente en él de las notas al pie de página. Para responder, no obstante, al interés del lector más curioso, señalo aquí las fuentes de este libro, en las que no será difícil encontrar los textos y documentos aquí citados.

- La ambientación socio-político-económica de la España de la época se ha basado en los estudios de:
- R. CARR, *España 1808-1939*, ed. corr. y aum. (Ariel, Barcelona 1979).
 - F. CASAMAYOR, *Los sitios de Zaragoza. Diario de Casamayor*, con prólogo y notas de J. Valenzuela La Rosa (Cecilio Gasca Librero, Zaragoza 1908).
 - F. DÍAZ PLAJA, *La historia de España en sus documentos*, 3 vols. (G.P., Esplugas de Llobregat 1971)
 - J. M.^a GARCÍA ESCUDERO, *Historia política de las dos Españas*, 4 vols. (Editora Nacional, Madrid 1976).
 - T. LA ROSA, *España contemporánea. Siglo XIX* (Destino, Barcelona 1972).
 - V. PALACIO ATARD, *La España del siglo XIX (1808-1898)* (Espasa-Calpe, Madrid 1981).
 - L. PERICOT GARCÍA, *Historia de España, V: La Casa de Borbón (siglos XVIII al XX)* (Instituto Gallach, Barcelona 1978).
 - M. TUÑÓN DE LARA, *La España del siglo XIX*, 2 vols. (Laia, Barcelona 1975).
 - J. VICENS VIVES, *Historia social y económica de España y América*, 5 vols. (Vicens Vives, Barcelona 1979).

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
«EL VERDADERO ROSTRO DE MARÍA RAFOLS»,
DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS,
EL DÍA 7 DE MARZO DE 2015, VÍSPERA DE LA
FESTIVIDAD DE SAN JUAN DE DIOS, RELIGIOSO,
EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA CLM

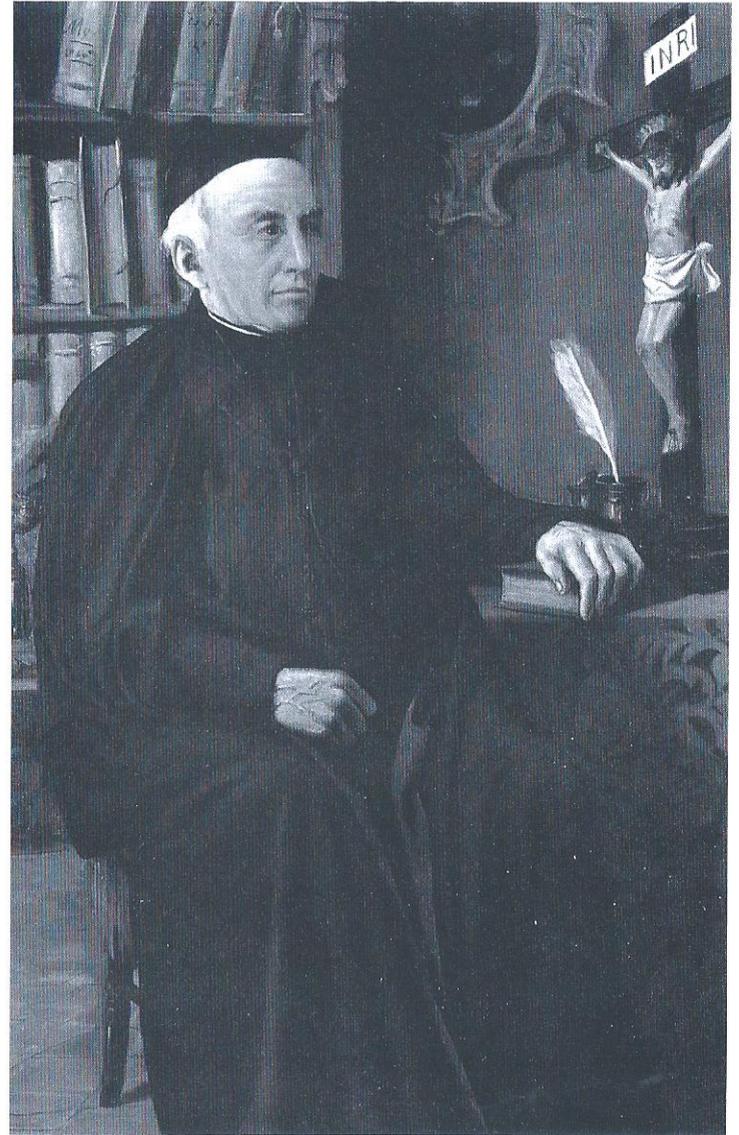
Laus Deo Virginiq̄e Matri



Casa natal de M. Maria Rafols, Vilafranca del Penedès (Barcelona - España)



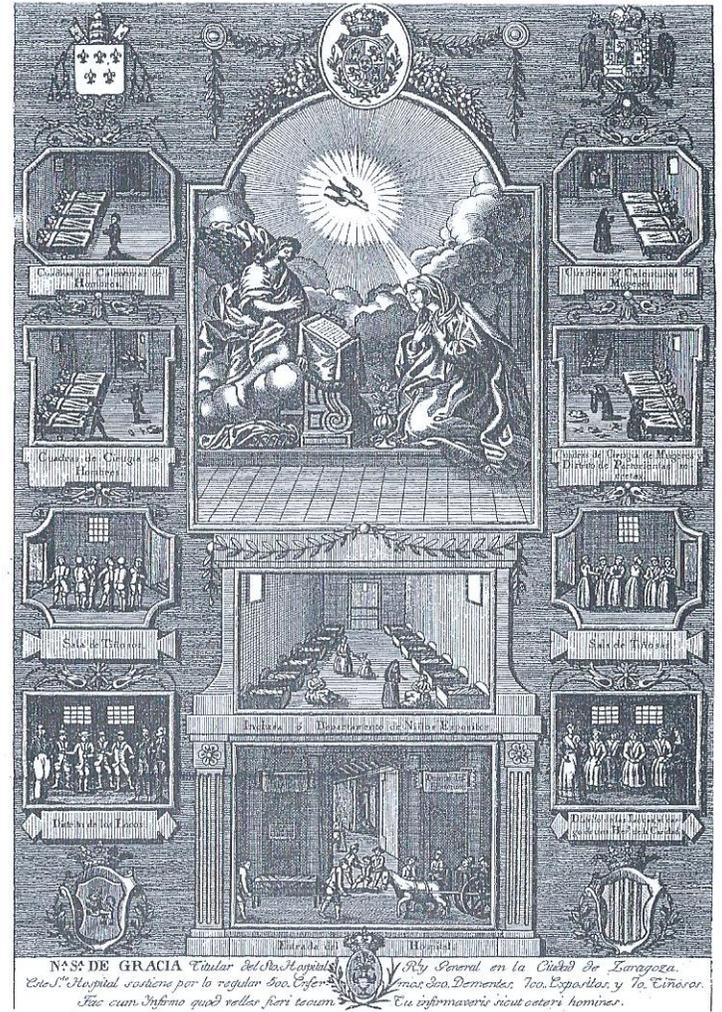
Retrato de M. María Rafols (1904), C. Cabañas (Casa General).



Retrato de Padre Juan Bonal (1904), C. Cabañas (Casa General).



Grupo escultórico de San Joaquín, Santa Ana y la Virgen María, traído desde Barcelona (España), por las Primeras Hermanas, Casa General



Grabado de la época del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, mostrando diversas salas de dicho Hospital. En la parte superior central aparece la imagen de Nuestra Señora de Gracia.



Cuadro que representa la llegada de M. María Rafols y las primeras Hermanas a la Basílica del Pilar (1924, Casa General).



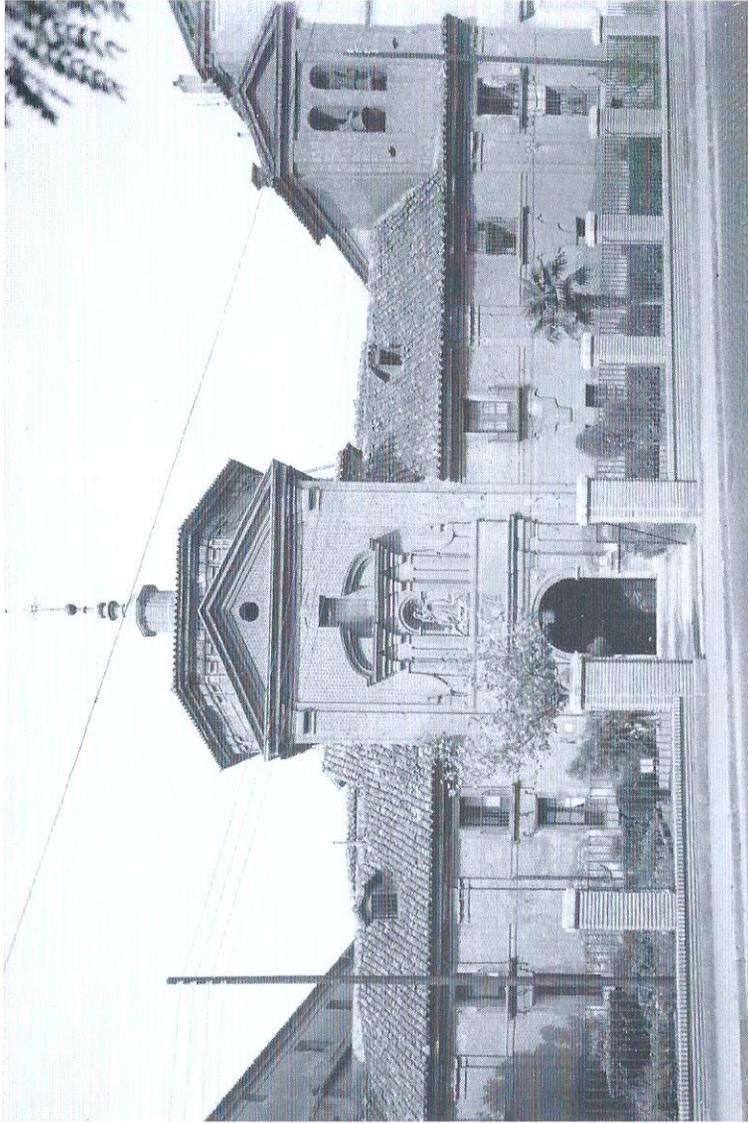
Tapiz que representa la visita de M. María Rafols al campamento francés suplicando comida para los enfermos (1927, Casa General).



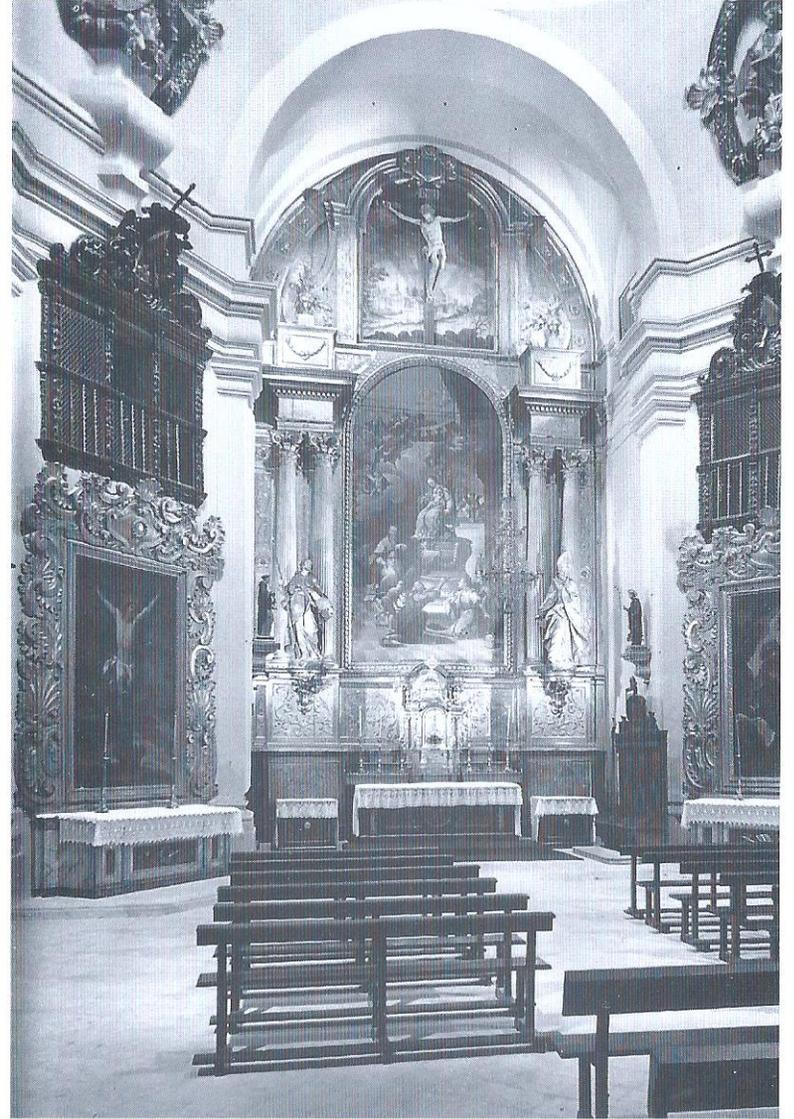
Cuadro que representa una escena de los Sitios de Zaragoza con las ruinas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia (1924, Casa General).



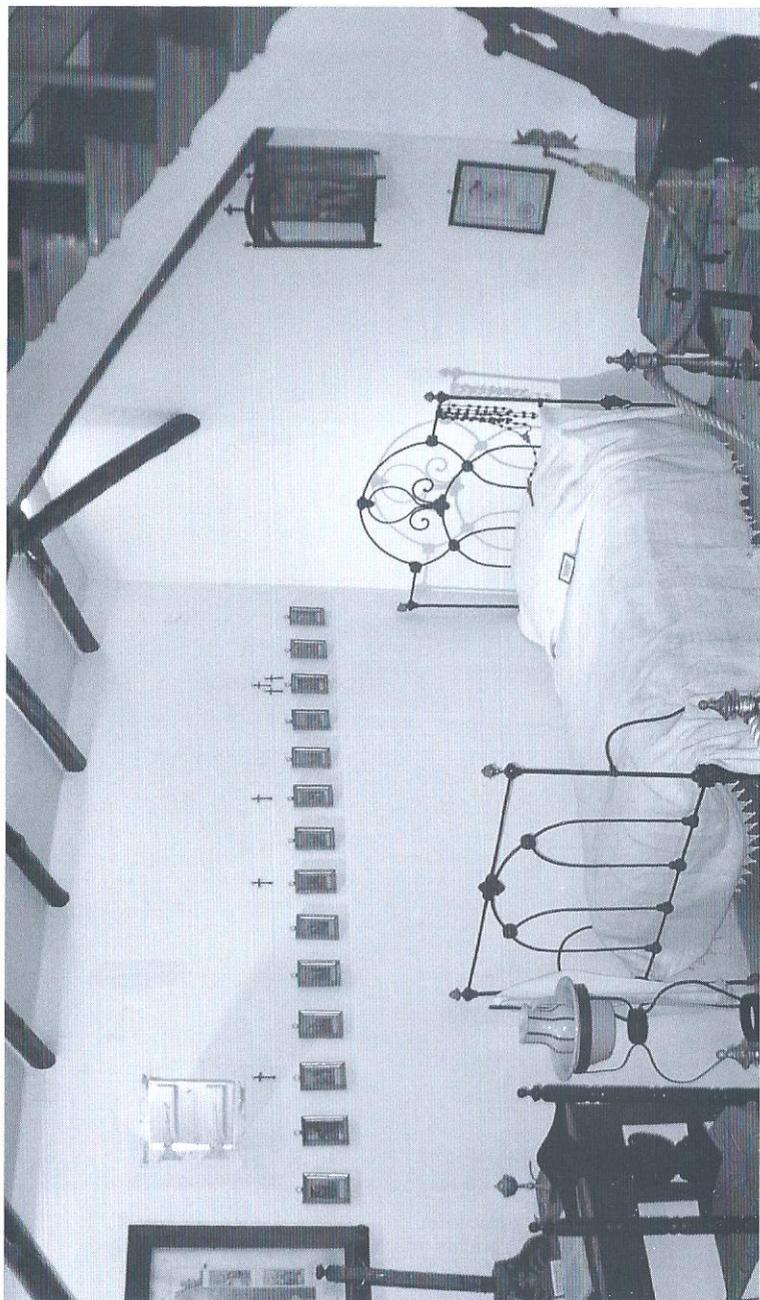
Tapiz que representa la visita de M. María Rafols al campamento francés suplicando clemencia (1927, Casa General).



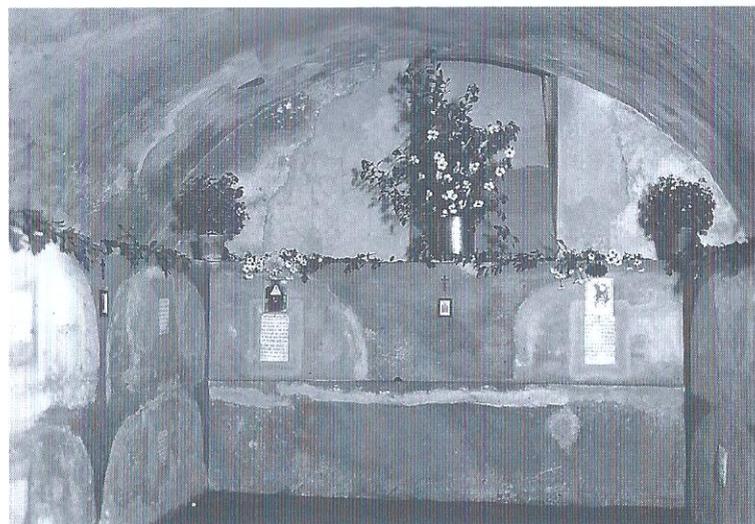
Fachada del Hospital de Nuestra Señora de Gracia.



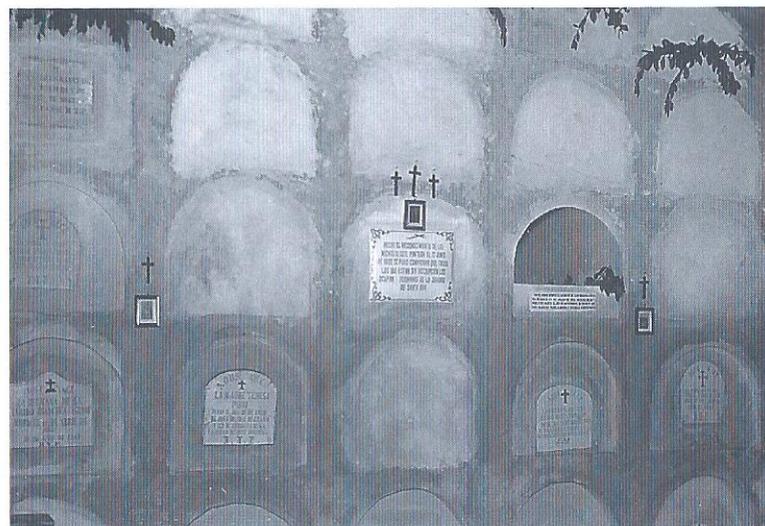
Interior de la Iglesia del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Tras las celosías en la parte superior, a derecha e izquierda, M. María Rafols y las Hermanas participaban de la Liturgia y permanecían en oración.



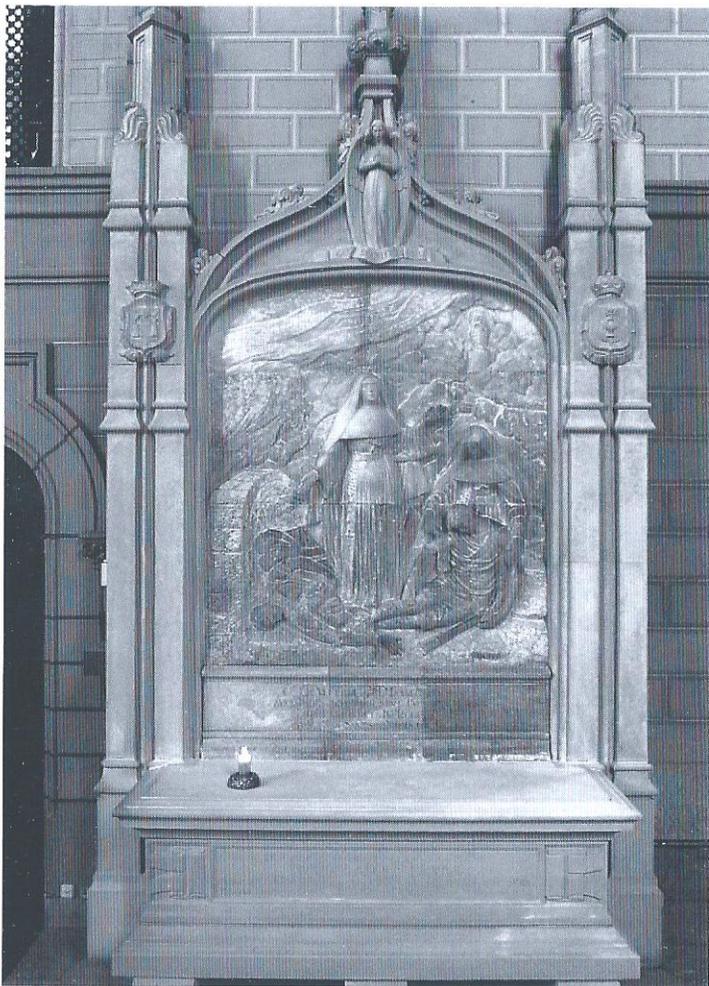
Habitación (celda) donde murió Madre María Rafols. (Casa General).



Antigua Cripta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, donde reposaron los restos de M. María Rafols y P. Juan Bonal hasta su traslado a la Casa General en 1925.



Antigua Cripta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, donde reposan los restos de las primeras Hermanas fallecidas, algunas de ellas enterradas en el anonimato.



Sepulcro donde descansan los restos de M. María Rafols (1925),
José Bueno Gimeno (Casa General).



Retrato de M. María Rafols (1993), Sor Isabel Guerra (Casa General).



Vista de la Plaza de San Pedro (Roma) el día de la Beatificación de M. María Rafols, 16 de octubre de 1994.



Monolito con la imagen de M. María Rafols (2004), Joaquín Hernández (Montserrat, Barcelona).